

1945  
**LIBÉRATION**  
TRAS LAS HUELLAS DE LA NUEVE

Catálogo de exposición:

1945

*LIBÉRATION*

*TRAS LAS HUELLAS DE LA NUEVE*



# 1945. LIBÉRATION

## TRAS LAS HUELLAS DE LA NUEVE

### ORGANIZA

Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática

### Ministro

Ángel Víctor Torres Pérez

### Secretario de Estado de Memoria Democrática

Fernando Martínez López

### Subsecretaría de Política Territorial y Memoria Democrática

Berta Pérez Hernández

### Comisionada para la celebración de 'España En Libertad. 50 Años'

Carmina Gustrán Loscos

### Subdirectora General de la Divulgación de la Memoria

Almudena Cruz Yábar

### EDITA

Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática

### COLABORA

Patrimonio Nacional

Embajada de España en Francia. Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación

Musée de la Libération de Paris – Musée du Général Leclerc – Musée Jean Moulin, Paris Musées

Établissement de communication et de production audiovisuelle de la défense (ECPAD)

### COMISARIADO

Diego Gaspar Celaya

### TEXTOS DEL CATÁLOGO

Diego Gaspar Celaya

Julián Casanova

Javier Rodrigo

Xosé M. Núñez Seixas

Rocío Negrete Peña

Genevieve Dreyfus-Armand

Marina Hurtado Morán

Gutmaro Gómez Bravo

Séan F Scullion

Miguel Alonso Ibarra

Marine Garnier

Robert S. Coale

Carmen Góngora Expert

Paco Roca

### CORRECCIÓN DE TEXTOS

Diego Gaspar Celaya

Rocío Negrete Peña

### DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Estudio GD Gestión de Diseño. Paloma Mas Serrano.

### IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Izquierdo Artes Gráficas

### DISEÑO EXPOSITIVO Y DISEÑO GRÁFICO

Estudio GD Gestión de Diseño. Desirée González García

### COORDINACIÓN

María del Carmen García Baena

### PRODUCCIÓN AUDIOVISUAL

Víbor Audiovisual

### EQUIPAMIENTO AUDIOVISUAL

EMCO – Integración Audiovisual

### MONTAJE EXPOSITIVO

Intega S. L.

### REHABILITACIÓN PARCIAL DEL CHALET DE LA REINA

Proiescón

Certitec

### TRANSPORTE

Ministerio de Defensa / Ejército de Tierra

### PRESTADORES

Ministère des Armées de la République Française.

Asociación Histórico-Cultural Los Cosacos de “La Nueve” (AHCC La Nueve)

Archivo Histórico del PCE

Museo del Exilio - Museu Memorial de l'Exili / Agencia Trampus. Colección Xavier Andreu.

Museo del Exilio - Museu Memorial de l'Exili / Col. Josep Dorca.

Archivo personal Eric Forcada.

Arxiu Nacional de Catalunya / Col. August Chauvin.

Établissement de Communication et de Production Audiovisuelle de la Défense (ECPAD/Défense).

Archives Départementales Pyrénées-Orientales / Col. Documents iconographiques numérisés sur la Retirada et les camps d'internement / Fond Auguste Chauvin.

Archives Départementales Pyrénées-Orientales / Iconographie de la Retirada et des camps d'internement (1939-1948).

United States Holocaust Memorial Museum / Col. Hans Landesberg.

Paris Musées / Musée Carnavalet, Histoire de Paris.

Archivo personal de Peter Gaida.

Archivo personal familia Alfonsina Bueno (Helenne Lussan).

Paris Musées / Musée de la Libération de Paris – Musée du Général Leclerc – Musée Jean Moulin.

Service Historique de la Défense / Service International Photographique / Fond Comité d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale.

US National Archives (NARA) / US Army Signal Corps.

Utah Beach D-Day Museum / Archivo personal José Cortés.

Roger-Viollet / Fonds Jean Roubier.

Roger-Viollet / Col. Roger Viollet.

Paco Roca, *Los surcos del azar* (Astiberri, 2013).



© De esta edición: Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus propietarios

Dep. legal edición impresa: M-20602-2025

NIPO edición digital: 127250105

NIPO edición impresa: 127250092

Impreso en España

La Nueve fue la compañía del ejército francés integrada mayoritariamente por exiliados republicanos españoles que participó de forma decisiva en la liberación de París y continuó combatiendo hasta la derrota del nazismo. Pero su historia constituye un ejemplo particularmente elocuente de las dinámicas de silencio.

Durante décadas, la contribución de estos combatientes españoles a la libertad en Europa quedó fuera de los relatos nacionales dominantes. En España, la imposición del olvido fue una consecuencia directa de la larga dictadura franquista. Un régimen que persiguió físicamente a los vencidos en la Guerra de España y que también los expulsó del espacio de la memoria legítima.

Simplemente, hablar de la existencia de La Nueve hubiera supuesto admitir que la España derrotada en 1939 no abandonó nunca el combate. Hubiera supuesto reconocer que miles de personas que defendieron la libertad en nuestro país prolongaron su lucha en el resto de Europa hasta 1945.

En Francia, el olvido adoptó otras formas. La posguerra estuvo marcada por una interpretación político-cultural del pasado centrada en la idea de una Francia unida en la desobediencia frente al ocupante nazi. Un relato que exaltaba la cohesión nacional y la acción de los franceses “desde dentro”, y que relegó a un segundo plano el papel desempeñado por combatientes extranjeros, soldados coloniales y mujeres.

En ese contexto, la presencia de republicanos españoles en las columnas que entraron en París el 24 de agosto de 1944 no formó parte de la narrativa francesa, que aspiraba a reforzar la centralidad del Estado-nación en su propia liberación.

A partir de la década de 1970, con el avance de nuevas corrientes historiográficas y el cuestionamiento de los grandes relatos homogéneos de la posguerra, la historia de La Nueve empezó a ser recuperada y situada en su verdadera dimensión. No como una anécdota, sino como parte integrante del esfuerzo aliado y, de manera específica, de la contribución española a la derrota del fascismo en el continente.

La recuperación de esta historia se inscribe, por tanto, en un proceso memorial que avanza a ambos lados de los Pirineos.

La exposición *1945. Libération. Tras las huellas de La Nueve*, comisariada por Diego Gaspar Celaya, forma parte de ese esfuerzo colectivo y se integra plenamente en las iniciativas impulsadas por el Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática para situar la experiencia del exilio republicano y su combate antifascista en el lugar que le corresponde dentro de la historia europea del siglo XX.

La exposición lo hace magistralmente, subrayando una idea fundamental: la continuidad entre la experiencia republicana española y la lucha posterior contra el nazismo en Francia, el norte de África y el corazón de Europa.

Quienes combatieron en La Nueve no fueron figuras aisladas, sino parte de un amplio contingente de españoles y españolas que, tras la derrota de 1939, mantuvieron su compromiso político y militar frente al fascismo en un escenario internacional.

Su participación no puede entenderse sin esa trayectoria previa ni obviando el contexto del exilio.

Al mismo tiempo, la muestra invita a una aproximación crítica a las memorias que mantuvieron viva esta historia cuando fue silenciada. Reconoce su valor, pero también advierte contra las mitificaciones y los usos instrumentales del pasado. La creciente popularización de La Nueve en las últimas décadas ha ido acompañada, en ocasiones, de simplificaciones y distorsiones que, alimentadas por el predominio de la estética sobre el análisis, han terminado por construir un relato tan atractivo como históricamente empobrecido. Un relato que, paradójicamente, acaba desdibujando la complejidad y la profundidad del compromiso que pretende reivindicar.

Frente a ello, esta exposición apuesta por devolver densidad histórica a La Nueve y, a través de ella, a los españoles y españolas que continuaron la lucha antifascista fuera de nuestras fronteras. Pone en valor el esfuerzo individual y colectivo de quienes, tras sufrir una derrota en su país, volvieron a dar un paso al frente para combatir al mismo enemigo en el resto de Europa, contribuyendo de manera decisiva a su derrota en 1945.

Esta exposición, coordinada desde la Secretaría de Estado de Memoria Democrática, forma parte del compromiso que mantiene el Gobierno de España y, particularmente, el ministerio que tengo el honor de dirigir, con la transmisión rigurosa de nuestra historia a las generaciones actuales y futuras. Una verdad que tiene que estar al alcance de toda la ciudadanía y que debe ser contada de una forma didáctica y amena, pero con honestidad y fomentando el sentido crítico.

Esa es nuestra responsabilidad como representantes de las instituciones públicas y como demócratas.

**Ángel Víctor Torres Pérez**

*Ministro de Política Territorial y Memoria Democrática*

## CONTENIDOS

<b>0</b>	<b>PRÓLOGO</b>	DIEGO GASPAR CELAYA	<u>11</u>
<b>1</b>	<b>EUROPA EN GUERRA</b>	JULIÁN CASANOVA <i>EUROPA EN GUERRA, 1914-1945</i>	<u>21</u>
		JAVIER RODRIGO <i>REFUGIADOS (Y REFUGIADAS) EN LA GUERRA TOTAL</i>	<u>33</u>
		XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS <i>ESPAÑOLES EN LA SEGUNDA TORMENTA MUNDIAL</i>	<u>47</u>
<b>2</b>	<b>EXILIO, RESISTENCIA Y DEPORTACIÓN</b>	ROCÍO NEGRETE PEÑA <i>"EL MAYOR ÉXODO DEL SIGLO XX". EL EXILIO REPUBLICANO EN FRANCIA</i>	<u>61</u>
		GENEVIEVE DREYFUS-ARMAND <i>EXILIO Y RESISTENCIA DE LOS Y LAS ESPAÑOLES/AS EN FRANCIA</i>	<u>75</u>
		MARINA HURTADO MORÁN <i>MUJERES ESPAÑOLAS EN LA RESISTENCIA</i>	<u>89</u>
		GUTMARO GÓMEZ BRAVO <i>LA DEPORTACIÓN ESPAÑOLA A LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y DE EXTERMINIO NAZIS</i>	<u>101</u>
		SÉAN F SCULLION <i>ESPAÑOLES EN EL BRITISH ARMY. 1939-1946</i>	<u>113</u>
<b>3</b>	<b>LA NUEVE</b>	MIGUEL ALONSO IBARRA <i>UNA LARGA GUERRA. MILITANCIAS TRANSNACIONALES Y EXPERIENCIAS COMBATIENTES EN LA GUERRA CIVIL EUROPEA</i>	<u>125</u>
		MARINE GARNIER <i>JOSEPH PUTZ: EL ENLACE</i>	<u>135</u>
		ROBERT S. COALE <i>FEDERICO MORENO Y SUS HOMBRES</i>	<u>147</u>
		CARMEN GÓNGORA EXPERT <i>MIGUEL CAMPOS DELGADO: DEL HOMBRE AL MITO</i>	<u>159</u>
		PACO ROCA <i>LA NUEVE, UN RELATO PARA EL PRESENTE</i>	<u>169</u>

# PRÓLOGO

*Diego Gaspar Celaya  
Universidad de Zaragoza*



*Diego Gaspar Celaya*  
*Universidad de Zaragoza*

Entre 1939 y 1945 miles de españoles y españolas, en su mayoría refugiadas en territorio francés a consecuencia de la Guerra de España, pero también emigradas a Francia durante los años veinte y treinta del siglo pasado, lucharon, con y sin las armas en la mano, contra la Alemania de Hitler y sus socios. Lo hicieron, tanto en la Francia metropolitana como en los territorios que esta controlaba en el norte de África. No estaban solas. Compartieron compromiso y combate con miles de franceses y otros colectivos extranjeros incorporados a las filas de la Legión extranjera, los Regimientos de marcha de voluntarios extranjeros (RMVE) y las compañías de trabajadores extranjeros (CTE) antes de la *debaçle* francesa de junio de 1940. Y en las filas de la Resistencia interior, del Cuerpo franco de África (CFA), de las Fuerzas francesas Libres (FFL) y del Ejército francés de liberación tras el armisticio.

Encerrados en campos de internamiento desde 1939, miles de ellos, hombres en su mayoría, tomaron conciencia en estos recintos y decidieron seguir combatiendo al fascismo, ahora bajo bandera francesa. Más de 9.000 lo hicieron alistándose entre febrero de 1939 y junio de 1940 en el cuerpo legionario francés y los RMVE. Contribución que estuvo supeditada, desde un primer momento, por el rechazo explícito del Estado mayor francés a crear unidades autónomas españolas que sirviesen integradas en el ejército regular francés. Aunque dicha prohibición no aplicó de igual manera sobre otros colectivos extranjeros presentes en territorio francés, tal y como lo confirma la creación de regimientos nacionales polacos y checoslovacos que combatieron, bajo bandera de sus respectivos países, integrados en el ejército francés.

*Imagen: Refugiados custodiados por tropas coloniales francesas en la frontera. Febrero de 1939.*

Anónimo. Museo del Exilio - Museu Memorial de l'Exili.  
 Agencia Trampus. Colección Xavier Andreu

Estas dos decisiones condicionaron, más si cabe, un alistamiento español que distaba mucho de ser masivo, tal y como deseaban unas autoridades francesas decididas a vaciar los campos de internamiento, bien fuese repatriando a sus huéspedes a España o sumándolos al esfuerzo de guerra galo. Para ello crearon, tras el inicio de las hostilidades, los 21º, 22º y 23º RMVE, tres unidades concebidas para incorporar a quienes rehusaban unirse a la Legión, esta vez bajo una fórmula diferente: un alistamiento voluntario por la duración de la guerra. Un compromiso que aseguraba a sus titulares el hecho de ser liberados de toda obligación militar al término del conflicto, esto es, tras la firma del armisticio. Mientras que, quienes se habían alistado en la Legión lo hicieron, por norma general, firmando en 1939 un contrato de cinco años que los mantuvo en armas y bajo control de las autoridades de Vichy tras la derrota francesa de junio de 1940.

La guerra imponía su ritmo, modificando incluso la recluta francesa de trabajadores extranjeros, convirtiendo en obligatoria la incorporación de miles de prestatarios españoles a las compañías de trabajadores. No en vano, a las setenta y seis que se constituyeron antes del inicio del conflicto en septiembre se sumaron, en los tres meses siguientes, cuarenta compañías de recluta forzosa. En total, aproximadamente 55.000 españoles sirvieron en más de doscientas de estas unidades antes de que fueran disueltas tras el armisticio contribuyendo con su trabajo “redentor” a “reembolsar” a la Tercera República francesa los gastos ocasionados por su alojamiento y manutención, agradeciendo así también el derecho de asilo que les fuera ofrecido a quienes huían presos del miedo de la represión rebelde en España.

Dependientes de la autoridad militar, las CTE estaban constituidas por unos 250 españoles liderados por un oficial y un suboficial franceses, normalmente

vigilados por efectivos militares también franceses. Inicialmente puestas a disposición del ejército, buena parte de estas compañías fueron empleadas en tareas defensivas en zonas próximas a la Línea Maginot o a la frontera francesa con Bélgica, Alemania e Italia. Sin embargo, el paso del tiempo y la creación de nuevas unidades hicieron posible que decenas de ellas fueran empleadas por ministerios, regiones, instituciones locales, fábricas de armamento, explotaciones agrícolas o sociedades nacionales. Mientras que en Argelia, Marruecos y Túnez, doce de ellas fueron integradas en el 8º Regimiento de trabajadores extranjeros y empleadas en el reacondicionamiento de carreteras, la explotación de minas y la construcción de la línea férrea del ferrocarril transahariano.

Un rápido estudio de los lugares en los que fueron emplazadas estas formaciones revela que la mayoría fueron empleadas en los sectores fronterizos; hecho que convirtió a sus integrantes, de forma súbita e involuntaria, en improvisados resistentes de primera hora frente a las tropas alemanas a finales de mayo de 1940. A ellas se enfrentaron los prestatarios españoles y sus compañeros internacionales con armamento de la Gran Guerra. Miles de ellos perdieron la vida. Otros fueron hechos prisioneros e internados en campos. Encerrados junto a franceses y británicos, en un primer momento todos pudieron acogerse a los acuerdos internacionales que regulaban el tratamiento de prisioneros de guerra. Pero meses más tarde, los españoles fueron separados, interrogados y deportados.

Combinadas, estas tres medidas confirman el inicio de la primera fase de la deportación de españoles a campos nazis en agosto de 1940, sin que el gobierno de Franco, ni el de Vichy —pese haber sido capturados con uniforme francés— se responsabilizaran de ellos. De dicha fase fueron protagonistas: el campo de Mauthausen (Austria) y sus internos, los prestatarios y soldados españoles

—hombres— apresados. Mientras que, a partir de 1942, la segunda fase la deportación española se inscribe dentro de las medidas de represión aplicadas por las autoridades alemanas contra los hombres y mujeres que participaron en actividades contra el ocupante y/o que integraban las filas de la Resistencia, esto es: resistentes, pasadores/as de fronteras, colaboradores/as de redes de acción, información y evasión, editores/as y difusores/as de publicaciones clandestinas.

Relacionados en esta segunda fase, y pese a su naturaleza multiforme e intermitente, los primeros compromisos resistentes protagonizados por españoles y españolas en Francia tuvieron lugar, en colaboración con voluntarios franceses, belgas, holandeses, británicos y estadounidenses, en el seno de diferentes redes de evasión clandestinas con implantación en la cordillera pirenaica. Un espacio que transitaban —en sus últimas etapas— muchos de los itinerarios de fugas explorados por estas estructuras de naturaleza transnacional. Y cuya actividad se enmarca en un fenómeno colectivo más amplio: rescatar y proporcionar una salida “segura” de la Europa ocupada —vía Madrid, Barcelona, Lisboa y Gibraltar— a miles de pilotos y tripulaciones aliadas caídas en territorio enemigo, soldados comprometidos, resistentes “quemados” o jóvenes voluntarios dispuestos a incorporarse a la lucha contra la Alemania de Hitler en el norte de África. Aunque la mayoría de estas redes diversificaron su actividad atendiendo a objetivos secundarios tales como transportar información militar aliada y poner a salvo a miles de judíos y otros civiles en fuga. No en vano, así lo confirma el concurso de decenas de mujeres españolas que fueron parte fundamental de estas redes de evasión, pero también de otras de información, acción y resistencia. Organizaciones en las que la actividad resistente de la mayoría de estas mujeres responde a un modelo: prácticas de resistencia civil, esto es, de enlace,

transporte, inteligencia, alojamiento, logística y/o falsificación documental. Tareas que confirmar que resistir tuvo diferentes implicaciones para un hombre y una mujer, y evidencian la existencia de formas sexuadas de resistencia condicionadas por los roles de género.

La derrota francesa de junio de 1940 dio paso a cuatro largos años de ocupación, un periodo en el que la comunidad refugiada española inició un lento y complejo proceso de reorganización marcado por la persecución y represión que acusaron las estructuras políticas y organizativas que articulaban el exilio español y sus miembros al norte de los Pirineos, especialmente hasta 1943. Un accidentado periodo en el que se hicieron realidad los primeros compromisos individuales y colectivos que articularon la lucha resistente española en Francia. Y en los que influyeron notablemente dos factores: un nuevo internamiento en campos, y el encuadramiento de españoles y otros extranjeros en Grupos de trabajadores extranjeros, una extensión de las antiguas compañías ahora sometidas a la autoridad de Vichy. No en vano, ambos fomentaron el reagrupamiento y el contacto de una comunidad masculina española muy dispersa antes del armisticio, favoreciendo la toma de conciencia y el salto a la clandestinidad de cientos de españoles que acabaron integrando las filas de la Resistencia interior meses más tarde. Y es que, los duros comienzos marcados por la reorganización y los primeros compromisos con la lucha armada de 1941 y 1942, dieron paso durante 1943 y 1944 a la unificación de la Resistencia interior española en torno al Partido Comunista Español (PCE) y la Unión Nacional Española (UNE); finalizando en la segunda mitad de 1944 con los combates por la liberación del territorio metropolitano francés y el intento de continuar la lucha en España, especialmente en octubre de ese mismo año, con la operación “Reconquista de España”.

Sin embargo, al volver sobre el proceso de estructuración de la lucha militar desarrollado por el PCE en Francia, es necesario destacar el compromiso temprano de cientos de militantes organizados en torno al XIV Cuerpo de guerrilleros españoles (XIV CGE), brazo armado de la UNE. De hecho, tal fue su capacidad de movilización que, ya a finales de 1942, cientos de sus miembros participaron en la recepción y almacenamiento de material enviado desde Londres, el sabotaje de infraestructuras o acciones armadas contra el ocupante en los departamentos de Aude, Ariège, Haute-Garonne, Tarn-et-Garonne, Gard, Pyrenées Orientales, Basses-Pyrenées, Hautes-Pyrenées, Gers, Puy-de-Dôme, Cantal, Corrèze y Haute-Loire. Estas se llevaron a cabo tanto individualmente como en colaboración con diferentes grupos de resistencia franceses, hecho que dio como resultado la integración del XIV CGE en los *Franco-tireurs et partisans* (FTP) de la *Main d'oeuvre immigrée* (MOI) en otoño de ese mismo año. Una adscripción que continuaría en vigor hasta que, tras la creación de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI) en febrero de 1944, el XIV CGE fue integrado en ellas tras adoptar el nombre de Agrupación de Guerrilleros Españoles (AGE), separando orgánicamente así a la UNE de las FTP-MOI, conectando a la organización española directamente con el Estado Mayor de las FFI, aumentando su nivel de autonomía, confirmando su total independencia del Partido comunista francés y convirtiéndose en el referente español de la lucha resistente en Francia.

Tal y como lo han demostrado diferentes autores, la participación española en la Resistencia interior fue especialmente relevante en la liberación de varios departamentos (Ariège, Basses-Pyrenées, Gers, Gard, Hérault, Tarn, Aveyron, y Pyrenées Orientales), y en operaciones que se saldaron con la interceptación de tropas alemanas, el sabotaje

de diferentes infraestructuras enemigas y la liberación de cientos de presos políticos de varias cárceles metropolitanas francesas. Mientras que formando parte de los ejércitos franceses los españoles combatieron las tropas del Eje desde Bir Hakeim hasta Berchtesgaden, pasando por el Alamein, Túnez, Normandía, Roma, París o Estrasburgo.

Sin embargo, a su importancia, la contribución española no logró llamar la atención de los historiadores, franceses y españoles, hasta finales de los años ochenta y comienzos de los noventa. Hasta ese momento diferentes obras, en su mayoría de carácter memorial, escritas por los protagonistas del periodo, contribuyeron a mantener viva la memoria del exilio combatiente español. Entre los factores responsables de este olvido destacan. La manera en que Francia escribió su propia historia tras el conflicto. La forma en que cuarenta años de dictadura en España, su evolución, consolidación y proyección internacional, condicionaron el desarrollo de iniciativas destinadas a recuperar la memoria y analizar la historia de los resistentes españoles. Y el modo en que diferentes construcciones positivas y negativas han condicionado el estudio del concurso español en la liberación de Francia durante décadas a ambos lados de los Pirineos.

Cabía pensar, no obstante, que la vuelta de España a la senda democrática en 1978 traería consigo un cambio de tendencia. No fue así. De hecho, en los últimos cincuenta años han sido minoría los y las historiadores/as que han reflexionado sobre el atraso de la historiografía que se ocupa de la participación española en la Resistencia y la liberación de Francia analizando las construcciones positivas y negativas que esta acusa. Sin embargo, ello no significa que su historia, y particularmente su memoria,

no haya logrado llamar la atención de asociaciones, medios de comunicación, editoriales, productoras e instituciones. La acción conjunta de todos estos agentes ha dado como resultado una prolífica industria cultural que ha multiplicado los formatos y productos que presentan la resistencia española en Francia mediante versiones simplificadas influenciadas por la preeminencia del testimonio y los mitos. Un relato de fácil lectura, cómodo y, en cierto modo, reconfortante, para aquellos individuos y colectivos que habían denunciado el olvido francés y la censura franquista durante años. Pero que oculta la identidad de parte de los y las resistentes españoles tras un halo de heroicidad militar masculina, cuyo paradigma reside en el mito de la liberación de París a cargo de los republicanos españoles de la Nueve. Relato que esta exposición desafía y pone en cuestión. Lo hace ofreciendo una visión de conjunto, más compleja pero rica en matices, de la contribución española junto a franceses y otros colectivos extranjeros en la liberación de Francia, siguiendo, en particular, las huellas de la Nueve y sus hombres desde Argelia hasta los Alpes bávaros.

\*\*\*

Al pensar en la derrota de la Alemania de Hitler y la liberación de Europa en 1945 invaden nuestra mente diferentes imágenes tales como la rendición del VI ejército alemán en Stalingrado en febrero de 1943, la liberación de París a finales de agosto de 1944; la lucha de los partisanos yugoslavos en las montañas de Belgrado meses más tarde y/o la ejecución de Mussolini en Giulino di Mezzegra en abril de 1945. Muchas de estas instantáneas han sido base de una serie de relatos y construcciones positivas que, en clave nacional, masculina y militar, contribuyeron a reescribir, en la posguerra mundial, la historia

de buena parte de los Estados-nación europeos que fueron ocupados por la Alemania nazi o estuvieron a punto de desaparecer a consecuencia de la guerra total.

Fueron pocos los españoles, menos aún las españolas, que participaron de los fastos y desfiles de la victoria aliada al finalizar la guerra en Europa. Y es que su contribución a la lucha resistente, alejada del plano nacional, se enmarca dentro de un esfuerzo colectivo y voluntario de combate transnacional. No en vano, la mayor parte de su actividad se llevó a cabo fuera de su país de origen, en una Europa dividida por la guerra y la ocupación, pero conectada por redes de resistencia desarrolladas en clandestinidad. En la mente de muchos de estos voluntarios y voluntarias, el objetivo último de su lucha era intentar regresar a sus respectivos países de origen y contribuir a la liberación de estos. Liberar Francia para liberar España. Sin embargo, la mayoría habría de esperar para lograrlo, ya que por el momento estaban en movimiento, resistiendo lejos de casa.

Protagonista en la liberación de la capital francesa, la Nueve y sus hombres —de catorce nacionalidades diferentes— fueron el componente principal de la columna de tropas francesas que alcanzaron el París ocupado la noche del 24 de agosto de 1944. Meses más tarde, mermada ya por las bajas y teniendo ya mayoría francesa entre su personal, la Nueve tomó parte en la liberación de Alsacia antes de penetrar en territorio alemán tras atravesar el Rin e internarse en Baviera. Allí, tras recorrer el desfiladero del Inzell y alcanzar el reducto nazi de Berchtesgaden, asistió al final de una guerra que para la mayoría de los españoles que formaban en ella había dado comienzo en 1936. La Segunda Guerra Mundial había muerto, pero el mito de la Nueve estaba a punto de nacer.

# 1. EUROPA EN GUERRA

1. EUROPA EN GUERRA

# **EUROPA EN GUERRA, 1914-1945**

*Julián Casanova  
Universidad de Zaragoza*

## EUROPA EN GUERRA, 1914-1945

*Julián Casanova*

*Universitat Autònoma de Barcelona*

En la mañana del 1 de septiembre de 1939 el ejército alemán invadió Polonia y el 3 de septiembre Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania. Veinte años después de la firma de los tratados de paz que dieron por concluida la Primera Guerra Mundial, comenzó otra guerra destinada a resolver todas las tensiones que el comunismo, los fascismos y las democracias habían generado en los años anteriores. El estallido de la guerra en 1939 puso fin a lo que el historiador Edward H. Carr llamó “la crisis de veinte años” e hizo realidad los peores augurios. En 1941, la guerra europea se convirtió en mundial con la invasión alemana de Rusia y el ataque japonés a la armada estadounidense en Pearl Harbor. El catálogo de destrucción humana que resultó de ese largo conflicto de seis años nunca se había visto en la historia.

Aunque algunas explicaciones sobre sus causas se centran exclusivamente en Hitler y en la Alemania nazi, en el período que transcurrió entre 1933 y 1939, para obtener una fotografía completa debe rastrearse en los trastornos producidos por la Primera Guerra Mundial.

Cuando comenzó esa contienda en agosto de 1914, Europa estaba dominada por vastos imperios, gobernados, excepto Francia, donde había surgido una República de la derrota en la guerra con Prusia en 1870, por monarquías hereditarias. La nobleza ejercía todavía una notable poder económico y político. En Gran Bretaña, Francia o Alemania, por citar a las naciones más poderosas, una oligarquía de ricos y poderosos, de buenas familias, de nobles y burgueses conectados a través de matrimonios y consejos de administración de empresas y bancos, mantenía su poder social a través del acceso a la educación y a las instituciones culturales.

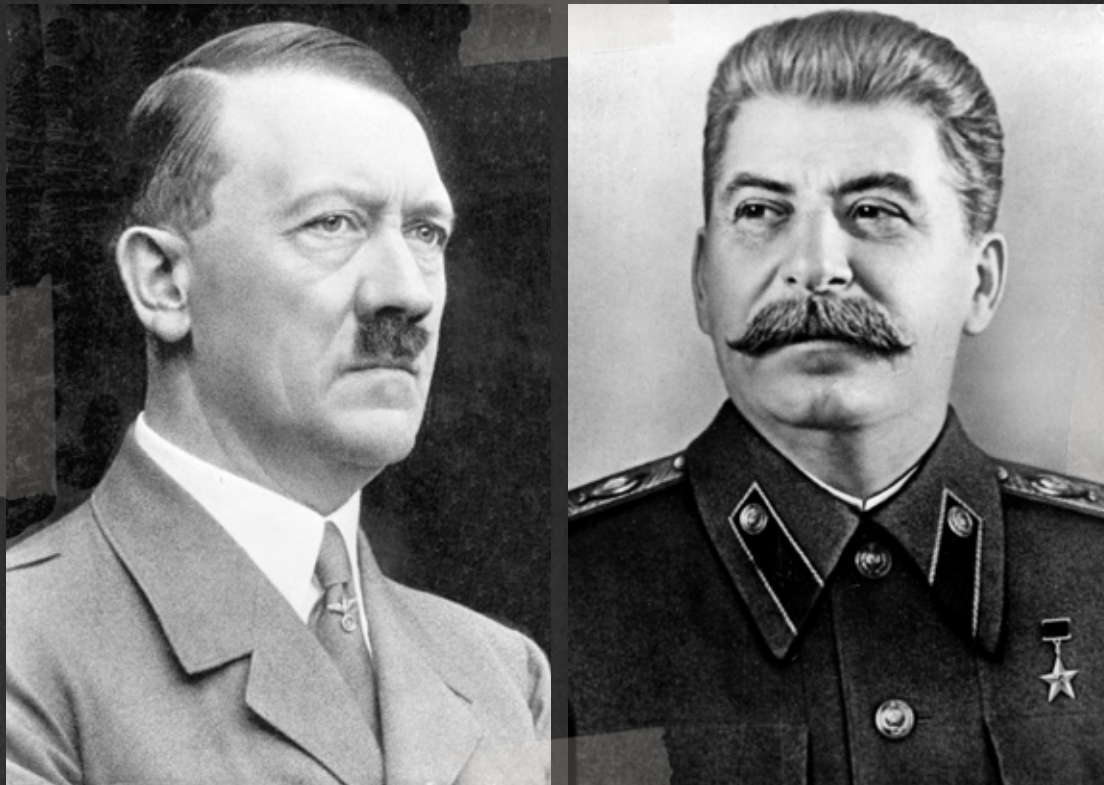


Imagen de la izquierda: *Retrato de Adolf Hitler*. 20 de abril de 1937. Autor desconocido. Bundesarchiv (Bild 183-S33882).

Imagen de la derecha: *Retrato oficial del primer ministro soviético Josef Stalin para conmemorar su 70º cumpleaños el 21 de diciembre de 1949*. Autor: Ivan Shagin. TASS Mediabank (ID 32389768).

Muchos ciudadanos europeos tenían restringida la libertad para hablar su idioma o practicar su religión y sufrían notables discriminaciones por el género, la raza o la clase a la que pertenecían. Las mujeres no votaban, con excepciones como la de Finlandia donde se había concedido el voto en 1906, y en raras ocasiones se les permitía poseer propiedades o llevar sus propios negocios. Antes de 1914, la democracia y la presencia de una cultura popular cívica, de respeto por la ley y de defensa de los derechos civiles, eran bienes escasos, presentes en algunos países como Francia y Gran Bretaña y ausentes en la mayor parte del resto de Europa.

Fue ese orden el que comenzó a desmoronarse cuando Austria declaró la guerra a Serbia el 28 de julio de 1914, un mes después del asesinato en Sarajevo del heredero al trono austriaco, el archiduque Francisco Fernando. A partir de ahí, las tensiones y rivalidades entre los diferentes Estados la convirtieron en una guerra general, primero europea y, tras la entrada de Estados Unidos el 6 de octubre de 1917, mundial. Y aunque los gobiernos de los principales poderes, desde Rusia a Gran Bretaña, pasando por Alemania y Austria-Hungría, contribuyeron a poner en riesgo la paz con sus movilizaciones militares, ninguno de ellos había hecho planes militares o económicos para un prolongado combate.

Esperaban que la guerra fuera corta porque sabían que, si entraban en guerra todos a la vez, algo que posibilitaba el sistema de alianzas pactado unos años antes, el dinero y las energías gastadas podrían conducir a la bancarrota de la industria y del crédito en Europa. Guillermo, el príncipe heredero de la corona alemana, ansiaba que la guerra fuera “radiante y gozosa”. El ministro ruso de la Guerra, el general V.A. Sukhomlinov, se preparaba para una batalla de dos a seis meses y las expectativas británicas eran que sus fuerzas expedicionarias estuvieran en casa para Navidad.

La guerra, sin embargo, duró cuatro años y tres meses y el entusiasmo que exhibieron a favor de ella la mayor parte de las poblaciones de los países beligerantes, incluidas las clases trabajadoras, se evaporó relativamente pronto, especialmente en Europa central y del este. La escasez de comida y de materias primas y los numerosos conflictos que se derivaron de las duras condiciones en las que se desarrolló la guerra formaron el telón de fondo de las revoluciones de 1917 en Rusia que sucesivamente derribaron al régimen zarista y llevaron a los bolcheviques al poder, el cambio revolucionario más súbito y amenazante que conoció la historia del siglo XX. En 1919, sólo quedaban los imperios británico y francés. Todos los demás habían desaparecido y con ellos, un amplio ejército de oficiales, soldados, burócratas y terratenientes que los habían sostenido.

En el siglo que transcurrió entre el Congreso de Viena en 1815, que puso fin a la era de Napoleón, y el estallido de la Primera Guerra Mundial, Europa fue el escenario de dos grandes guerras que destacaron sobre otros conflictos más localizados: la guerra de Crimea, de 1854-56, dejó unos 400.000 muertos; la que enfrentó a Francia y a Prusia, en 1870-71, causó 184.000 víctimas. Más de ocho millones de personas murieron en la Gran Guerra de 1914-1918, una cifra a la que habría que añadir las víctimas de la pandemia de gripe de 1918-19, que golpeó con severidad a una población debilitada por los efectos de la contienda.

Antes de 1914, los civiles muertos en las guerras eran pocos comparados con quienes las combatían. En la Primera Guerra Mundial, las víctimas civiles mortales ya representaron un tercio del total; en la Segunda, superaron los dos tercios. El “embrutecimiento” causado por la primera de esas guerras, con terribles consecuencias, dio paso a que las poblaciones civiles se convirtieran en objeto de acoso y destrucción.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, el destino de Europa comenzó a decidirse por la fuerza de las armas. Fue un conflicto de una escala sin precedentes, con dos frentes principales, uno occidental y otro oriental, con la aparición, por primera vez en la historia, de los bombardeos aéreos, después de que las batallas por tierra y por mar hubieran sido durante mucho tiempo las principales manifestaciones de la guerra. Ya a comienzos de 1915 hubo ataques con bombas desde el aire, ejecutados por británicos y alemanes. Y las atrocidades cometidas sobre la población civil demuestran que esa guerra inauguró una nueva época en la violencia entre estados, que alcanzó su cenit en la Segunda Guerra Mundial. El ejemplo más claro de esas atrocidades, un claro precedente del genocidio nazi, fue el asesinato a sangre fría de al menos 800.000 armenios, entre 1915 y 1916, por las fuerzas armadas otomanas, una acción deliberadamente planeada y llevada a cabo por las elites del Estado turco.

La Primera Guerra Mundial, que decidió el destino de Europa por la fuerza, tras décadas de primacía de la política y de la diplomacia, ha sido considerada por muchos autores la auténtica línea divisoria de la historia europea del siglo XX, la ruptura traumática con las políticas entonces dominantes. Marcó el comienzo de la escalada de la violencia en esa era que se extendió hasta 1945, porque borró la línea entre el enemigo interno y externo, la frontera entre población civil y militar, fue el escenario de los primeros ejemplos de exterminio masivo de la historia y de ella salieron el comunismo y el fascismo, los movimientos paramilitares y la militarización de la política.

La mayoría de los dirigentes de los grandes poderes en el momento del estallido de la Primera Guerra Mundial pertenecían a ese mundo exclusivo y elitista, estrechamente vinculado a la cultura aristocrática del Antiguo Régimen, con escasos conocimientos sobre la sociedad industrial y

los cambios sociales que estaba provocando. Tras ella, ya nada fue igual. A los intelectuales y artistas les resultó casi imposible quedarse al margen de los grandes debates públicos. El comunismo y el fascismo se convirtieron en alternativas a la democracia liberal, vehículos para la política de masas, viveros de nuevos líderes que, subiendo de la nada, arrancando desde fuera del *establishment* y del viejo orden monárquico e imperial, propusieron rupturas radicales con el pasado. Como declaró Sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, las luces se estaban apagando en Europa.

La caída de los viejos imperios continentales fue seguida de la creación de media docena de nuevos Estados en el centro y este de Europa, basados supuestamente en los principios de la nacionalidad, pero con el problema heredado e irresuelto de minorías nacionales dentro y fuera de sus fronteras. Todos ellos, salvo Checoslovaquia, se enfrentaron a grandes dificultades para encontrar una alternativa estable al derrumbe de ese orden social representado por las monarquías. Esa construcción de nuevos Estados llegó además en un momento de amenaza revolucionaria y disturbios sociales.

La toma del poder por los bolcheviques en Rusia en octubre de 1917 tuvo, en efecto, importantes repercusiones en el resto de Europa. En 1918 hubo revoluciones abortadas en Austria y Alemania, a las que siguieron varios intentos de insurrecciones obreras. Un antiguo socialdemócrata, Béla Kun, estableció durante seis meses de 1919 una República soviética en Hungría, echada abajo por los terratenientes y por el ejército rumano. Italia, en esos dos primeros años de posguerra, presentó numerosas ocupaciones de tierras y de fábricas. Esa oleada de revueltas e insurrecciones acabó en todos los casos en derrota, aplastadas por las fuerzas del orden, pero asustó a la burguesía y contribuyó a generar un potente sentimiento

contrarrevolucionario que movilizó a las clases conservadoras en defensa de la propiedad, el orden y la religión.

El movimiento contrarrevolucionario, antiliberal y antisocialista se manifestó muy pronto en Italia, durante la profunda crisis posbélica que sacudió a ese país entre 1919 y 1922, se consolidó a través de dictaduras derechistas y militares en varios países europeos y culminó con la subida al poder de Hitler en Alemania en 1933. Los datos que muestran el retroceso democrático y el camino hacia la dictadura resultan concluyentes. En 1920, todos los Estados europeos, excepto dos, la Rusia bolchevique y la Hungría del dictador derechista Horthy, podían definirse como democracias o sistemas parlamentarios restringidos. A comienzos de 1939, más de la mitad, incluida España, habían sucumbido ante dictaduras con poderes absolutos.

Durante un tiempo, sobre todo en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, analistas e historiadores echaron la culpa de todos esos males, y del estallido de la guerra, a la fragilidad de la paz sellada en Versalles y a los dirigentes de las democracias que intentaron “apaciguar” a Hitler, en vez de parar su insaciable apetito. El problema empezaba en Alemania, donde amplios e importantes sectores de la población no aceptaron la derrota ni el tratado de paz que la sancionó, y continuaba en otros países como Polonia o Checoslovaquia, que albergaban millones de hablantes de alemán que, con la desintegración del Imperio Habsburgo, habían perdido poder político y económico. Como les recordaban los grupos ultranacionalistas, que los movilizaban para conseguir la revisión territorial mediante la negociación o por la fuerza, ahora eran minorías en nuevos Estados dominados por grupos o razas inferiores.

Francia fue la única potencia victoriosa que trató de contener a Alemania en el marco de la paz de

Versalles. Estados Unidos rechazó esos acuerdos y cualquier tipo de compromiso político con las luchas por el poder en Europa. Italia, sobre todo después de la llegada al poder de Mussolini y los fascistas, quería cambiar también esos acuerdos que no le habían otorgado colonias en África, y marcaba su propia agenda de expansión en el Mediterráneo. En cuanto a Gran Bretaña, su interés primordial no estaba en el continente sino en el fortalecimiento de su vasto imperio colonial y en la recuperación del comercio. Francia, por lo tanto, trabajaba para que Alemania cumpliera con los términos del tratado y Gran Bretaña buscaba la conciliación y la revisión de lo que consideraba un acuerdo demasiado injusto para los países vencidos. Esa diferente posición dejó a Gran Bretaña y Francia en constante disputa y a Alemania dispuesta a sacar partido de la división.

Pese a todas esas dificultades, a las tensiones sociales y a las divisiones ideológicas, el orden internacional creado por la paz de Versalles sobrevivió una década sin serios incidentes. Todo cambió, sin embargo, con la crisis económica de 1929, el surgimiento de la Unión Soviética como un poder militar e industrial bajo Stalin y la designación de Hitler como canciller alemán en enero de 1933. La incapacidad del orden capitalista liberal para evitar el desastre económico hizo crecer el extremismo político, el nacionalismo violento y la hostilidad al sistema parlamentario. Alemania, Japón e Italia compartían ese rechazo de la democracia liberal y del comunismo y ambicionaban un nuevo orden internacional que pusiera el mundo a sus pies.

Las políticas de rearme emprendidas por los principales países europeos desde comienzos de esa década crearon un clima de incertidumbre y crisis que redujo la seguridad internacional. La Unión Soviética inició un programa masivo de modernización militar e industrial que la colocaría a la cabeza del poder militar durante las

siguientes décadas. Por las mismas fechas, los nazis, con Hitler al frente, se comprometieron a echar abajo los acuerdos de Versalles y devolver a Alemania su dominio. La Italia de Mussolini siguió el mismo camino y su economía estuvo supeditada cada vez más a la preparación de la guerra. Francia y Gran Bretaña comenzaron el rearme en 1934 y lo aceleraron desde 1936. El comercio mundial de armas se duplicó desde 1932 a 1937. Las estadísticas alemanas revelaban que el gasto en armas en 1934 se había disparado y que el porcentaje del presupuesto alemán dedicado al ejército pasó, en los dos primeros años de Hitler en el poder, del diez al veintiuno por ciento.

Importantes eslabones en esa escalada a una nueva guerra mundial fueron la conquista japonesa de Manchuria en septiembre de 1931, la invasión italiana de Abisinia en octubre de 1935 y la intervención de las potencias fascistas y de la Unión Soviética en la guerra civil española. En apenas tres años, de 1935 a 1938, Hitler subvirtió el orden internacional que, pactado por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, había intentado prevenir que Alemania se convirtiera de nuevo en una amenaza para la paz en Europa. El Tratado de Versalles impuso notables restricciones al poderío militar y naval alemán y prohibió a Alemania tener una fuerza aérea, algo que Hitler empezó a desafiar públicamente desde 1935. En ese mismo año, la región del Sarre volvió a ser alemana después de que una mayoría de la población así lo decidiera en un plebiscito. En marzo de 1936, Hitler ordenó a las tropas alemanas recuperar Renania, una zona desmilitarizada desde 1919, y exactamente dos años después, el ejército nazi entraba en Viena, inaugurando el *Anschluss*, la unión de Austria y Alemania.

La Sociedad de Naciones, la organización internacional creada en París en 1919 para vigilar la seguridad colectiva, la resolución de las disputas y el desarme, fue incapaz de prevenir y castigar

esas agresiones, mientras que los gobernantes británicos y franceses, hombres como Neville Chamberlain o Pierre Laval, pusieron en marcha la llamada “política de apaciguamiento”, consistente en evitar una nueva guerra a costa de aceptar las demandas revisionistas de las dictaduras fascistas, siempre y cuando no se pusieran en peligro los intereses de Francia y Gran Bretaña. Hitler percibió esa actitud como un claro signo de debilidad y, así las cosas, siempre prefirió lograr sus objetivos con acciones militares antes que enzarzarse en discusiones diplomáticas multilaterales.

Esa debilidad llegó a su punto más alto el 29 de septiembre de 1938, en Munich, cuando Neville Chamberlain y Edouard Daladier aceptaron la entrega de los territorios de los Sudetes a Alemania, creyendo además las promesas de Hitler de no atacar el resto del Estado checo y mantener la paz en el futuro. El sacrificio de Checoslovaquia, sin embargo, tampoco frenó las ambiciones expansionistas nazis y Hitler interpretó que Gran Bretaña y Francia le habían dado luz verde para extender su conquista por el este.

Cuando no había pasado ni un mes desde el acuerdo de Munich, Hitler ordenó a sus fuerzas armadas que se prepararan para la “liquidación pacífica” de lo que quedaba de Checoslovaquia. A mediados de marzo de 1939, las tropas alemanas entraban en Praga y Hitler planeó lanzar una guerra de castigo contra Polonia por no querer negociar el retorno a Alemania del puerto báltico de Danzig. Sólo la Unión Soviética, con fuertes intereses en esa zona, podía oponerse y para que eso no ocurriera, Hitler firmó con Stalin el 23 de agosto un pacto de no agresión, de absoluta conveniencia, entre enemigos ideológicos. Unos días después, la invasión de Polonia convenció a las potencias democráticas que la colisión era preferible al derrumbe definitivo de la seguridad europea.



De izquierda a derecha:  
Joseph Stalin, Franklin D. Roosevelt y  
Winston Churchill en el pórtico de la  
embajada soviética durante la Conferencia  
de Teherán el 28 de noviembre de 1943.  
Autor: U.S. Signal Corps photo.  
Library of Congress (cph 3a33351).

La crisis del orden social, de la economía, moderna, del sistema internacional, se iba a resolver mediante las armas, en una guerra total combatida por poblaciones enteras, sin barreras entre soldados y civiles, que puso la ciencia y la industria al servicio de la eliminación del contrario. Un grupo de criminales que consideraba la guerra como una opción aceptable en política exterior se hizo con el poder y puso contra las cuerdas a políticos parlamentarios educados en el diálogo y la negociación. Y la brutal realidad que salió de sus decisiones fueron los asesinatos, la tortura y los campos de concentración. Hitler provocó la guerra, pero ésta fue también posible por la incapacidad de los gobernantes demócratas para comprender la violencia desatada por el nacionalismo moderno y el conflicto ideológico.

Millones de personas fueron desplazadas forzosamente en los años que siguieron a esas dos guerras mundiales, entre 1918 y 1922 y 1945 y 1950. La frontera entre población civil y militar se difuminó y también la línea entre enemigo interno y externo. Términos como represión, terror, limpieza étnica y genocidio van inextricablemente unidos a esa “guerra de treinta años”, como la llamó Arno J. Mayer. La violencia marcó esa época, sin duda, y los historiadores han buscado adjetivos para calificarla. Fue una “Era de Catástrofe”, según Eric J. Hobsbawm. Una época de “atrocidad moral”, dice Charles Maier.

Atrás quedaban más de treinta años de guerras, genocidios, violencias de Estado y revolucionarias. La Guerra Fría, el reparto de Europa entre las dos principales superpotencias victoriosas, Estados Unidos y la URSS, el inicio de una época de estabilidad y prosperidad sin precedentes, y la ausencia o contención de los conflictos étnicos y disputas territoriales que habían caracterizado los años veinte y treinta, cambiaron el rumbo de Europa. Tras la destrucción, llegó la paz. A la “Era de las Catástrofes”, dice Eric J. Hobsbawm, le si-

guió una “Edad de Oro”. En eso consistió la “Era de los Extremos” acuñada por el historiador británico en su visión global del siglo XX.

La violenta derrota del militarismo y de los fascismos allanó el camino para una alternativa que había aparecido en el horizonte de Europa Occidental antes de 1914, pero que no se había podido estabilizar después de 1918. Era el modelo de una sociedad democrática, basada en una combinación de representación con sufragio universal, estado de bienestar, con amplias prestaciones sociales, libre mercado, progreso y consumismo.

La democracia consolidada por primera vez en la historia de los países de la Europa Occidental y del Norte no se extendió, sin embargo, a la Península Ibérica ni a Grecia hasta mediados de los años setenta. Las dictaduras derechistas, que habían sido dominantes desde los años veinte, desaparecieron de Europa, salvo en Portugal y España. Francisco Franco y António Oliveira de Salazar fueron, por lo tanto, los únicos dictadores que, como no intervinieron oficialmente en la Segunda Guerra Mundial, pudieron seguir en el poder tras ella.

Desde el punto de vista de la democracia y de las libertades, España, Portugal y Grecia y la Europa Central y del Este, desde la frontera austriaca hasta los montes Urales, desde Tallin hasta Tirana, quedaron fuera de esa complaciente descripción del continente que procedía de Gran Bretaña, Francia y Alemana Occidental. La paz en el este de Europa fue impuesta por el Ejército Rojo, “la paz de las prisiones, impuesta por los tanques”. Durante varias décadas hubo al menos tres Europas y no solo dos bloques.

Un siglo de violencia indómita, con cicatrices visibles u ocultas de masacres y destrucción. Un pasado hecho presente, recordado, olvidado, confrontado, reprimido.

Los recuerdos y conmemoraciones de pasados difíciles y violentos plantean enormes desafíos a los historiadores que intentamos diferenciar entre historia y memoria, entre conocimiento documentado y subjetividad. Al contrario que las luchas heroicas, los triunfos militares o las celebraciones de la grandeza nacional, los pasados traumáticos o infames no se prestan a relatos fáciles o de autobombo.

Los intentos por mostrar una historia compartida europea, necesaria para legitimar la integración,

contrastan con las memorias de cada Estado en particular en ese pasado común. La “memoria colectiva” de las diferentes sociedades está muy conectada a las perspectivas nacionales expresadas en tradiciones y transmitidas con la ayuda de legados culturales. Y el legado cultural de cada nación europea está lleno de objetos simbólicos que transmiten conocimiento a las nuevas generaciones sobre conflictos pasados con otros Estados. Por eso es tan importante estudiar las formas e instrumentos de sus recuerdos y construcciones de las memorias.

## Bibliografía

CASANOVA, J., *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*, Barcelona: Crítica, 2020.

GERWARTH, R., *LOS VENCIDOS: Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo, 1917-1923*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017.

KERSHAW, I., *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, Barcelona: Crítica, 2016.

MACMILLAN, M., *PARÍS, 1919: seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona: Tusquets, 2017.

TRAVERSO, ENZO, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Publicaciones de la Universitat de València, Valencia, 2009.

**REFUGIADOS (Y REFUGIADAS)  
EN LA GUERRA TOTAL**

*Javier Rodrigo  
Universitat Autònoma de Barcelona*



## REFUGIADOS (Y REFUGIADAS) EN LA GUERRA TOTAL

### Desplazamientos forzosos y exilios en Europa desde 1914

*Javier Rodrigo*

*Universitat Autònoma de Barcelona*

#### I

Las guerras, todas las guerras, generan desplazamientos forzosos, exilios, huidas en masa de población, muchas veces fuera de las fronteras de sus propios países, pero mayoritariamente, dentro de ellas. De lo que posiblemente se tenga menos conciencia es de las dimensiones del fenómeno. Actualmente, esta cifra se sitúa en unos 110 millones de personas: de Siria, Libia o Afganistán, de Etiopía o el Sahel, de Irak o Myanmar, de República Democrática del Congo, Sudán del Sur, Burundi o República Centroafricana, de Venezuela, Colombia o El Salvador, de Ucrania o de Gaza. El fenómeno del desplazamiento y la migración forzosa es, posiblemente, el problema humanitario más grave de nuestro tiempo. Huir se ha convertido en la experiencia vital más importante para millones de personas en nuestro presente. También lo fue en el pasado.

El presente demuestra, de hecho, que esta es una historia que no se ha detenido. El siglo XX fue el siglo de las personas refugiadas, desplazadas forzadas, migrantes, exiliadas, deportadas: los verdaderos perdedores de todas las guerras. Gentes que escaparon de los bombardeos, la violencia, la persecución política y/o de los efectos del cambio climático. Que atravesaron fronteras con lo puesto, que en ocasiones encontraron protección internacional y refugio, pero también rechazo e insolidaridad. Mayoritariamente civiles, no combatientes, aunque también hubiese muchos combatientes entre quienes engrosaron —y engrosan— las filas del transterro, fueron más de 70 millones en la primera mitad del siglo XX. Al menos 60 millones más en la segunda. Y cerca de 110 millones en el presente. Los guarismos desbordan cualquier imaginación.

Imagen: *Evacuación de civiles en diversas ciudades.*

Autores: Campañá Bandranas, Robert Capa, Foto Mayo, Foto Walter y otros. Biblioteca Nacional de España (CC-CARP/209).

Así como la experiencia que debe atravesar una gran mayoría de los refugiados y desplazados forzosos no ha sufrido apenas modificaciones, tampoco ha cambiado el rol sistémico de los desplazamientos, que han formado siempre parte del orden global. En el siglo XX, las deportaciones y desplazamientos forzosos alcanzaron rango de actos genocidas, de crímenes de guerra, convirtiéndose en ejercicios para la limpieza política, racial o etnonacional, siempre o casi siempre insertos en contextos de guerra total, o mejor dicho, integral: de hecho, sin la totalización de los conflictos bélicos en el siglo XX y la extensión de la consideración de la población no combatiente como objeto (y objetivo) bélico, la cuestión de los refugiados y desplazados forzosos nunca habría adquirido la importancia histórica y de presente que le atribuimos hoy. Y es importante recordarlo: la participación republicana española en la Resistencia antifascista y contra la ocupación y el colaboracionismo, objeto de este catálogo y esta exposición, tuvo como precedente necesario el exilio masivo que, a su vez, no se entiende sin la larga historia de los desplazamientos forzosos y huidas en masa de población civil y combatiente entre 1936 y 1939. Los combatientes transnacionales del verano francés de 1944 llevaban, en su mayoría, en liza desde 1936. La mayoría fueron exiliados, o lo que es lo mismo, desplazados forzosos.

Bien es cierto que la historiografía distingue de manera neta al civil del no combatiente en la categorización del desplazado, de igual manera que el refugiado lo es solo cuando obtiene tal estatus legal. Sucede, sin embargo, que la realidad es más compleja que sus construcciones conceptuales y sus narrativas a posteriori. Por mucho que cuando miramos al exilio de 1939 queramos ver de manera nítida a los soldados (hombres) por un lado y a los civiles (mujeres, niños, ancianos) por otro. Lo cierto es

que la realidad del desplazamiento, el exilio y el refugio desborda los límites impuestos desde el presente. Sin ir más lejos, los soldados al rendirse, atravesar la frontera o ser desarmados pasaban a ser no combatientes, y por tanto sujeto potencial de protección jurídica bajo el manto del estatus de refugiado. Sucede, además, que, visto en perspectiva internacional, esas mismas problemáticas estuvieron presentes en todos los grandes conflictos del siglo XX, también en los coetáneos a la Guerra Civil española.

El período de Entreguerras supuso, de hecho, un salto cualitativo y cuantitativo sin precedentes en este sentido. La Primera Guerra Mundial generó unos 10-13 millones de personas refugiadas, combatientes, no combatientes, excombatientes: rusos, belgas, franceses, polacos, ucranianos, alemanes... Solo una cuarta parte lograría volver a sus lugares de origen, dentro de un contexto de reconfiguración de las fronteras europeas que dio lugar a la creación de minorías etnonacionales dentro de los nuevos estados: grupos nacionales completos (potencialmente grupos de refugiados) quedaron atrapados en las grietas de la Europa de las naciones, muchos de los cuales habrían adquirido la condición de apátridas. Un tercio de la población serbia huyó del país. La deportación, además, de las poblaciones armenias —entre 600.000 y un millón— y asirias —entre 250.000 y 275.000— de Anatolia Oriental supusieron un punto de no retorno: la identificación entre desplazamiento y genocidio. En la URSS, las deportaciones de tártaros, calmuco, chechenos o ingusetios vincularon los desplazamientos forzosos a procesos de depuración política, social y nacional, en un tiempo en el que Europa se acostumbraba a recibir con políticas xenóforas a los desplazados. Entre ellos, los 300.000 judíos que huían de las persecuciones y los procesos de segregación a los que se vieron sometidos en los territorios del Tercer Reich.

Con todo, la Segunda Guerra mundial dejaría en mantillas cualquier experiencia previa. La mayor guerra de la historia de la humanidad supuso la ocupación de buena parte de Europa y la huida en masa de parte de la población belga (en torno a 2 millones) o francesa (hasta 12 millones), así como las deportaciones de los polacos de la Posnania anexionada al Reich o de los eslovenos de la ocupación italiana. También, el desplazamiento forzoso y homicida de cientos de miles de partisanos, judíos, eslavos, gitanos u homosexuales. Solo en Europa se calcula que el número de personas desplazadas o refugiadas al final de la Segunda Guerra Mundial alcanzó los 60 millones, incluyendo los éxodos de millones de personas de Europa Oriental y los Balcanes huyendo aterrizadas frente al avance del Ejército Rojo. 12-15 millones de alemanes étnicos, 2 millones de ucranianos, calmuco, tártaros, unos 5 millones de polacos... los números son tan gigantescos que solo podemos estimarlos.

## II

Algo similar, aunque a diferente escala, sucede con el caso español. La Guerra Civil generó ciclos de migraciones forzadas que tuvieron lugar en el marco del conflicto, vinculadas a la huida frente a la violencia directa (asesinatos, encarcelamientos) e indirecta (bombardeos sobre población civil), la persecución política, la ocupación territorial o la conscripción militar, entre otros factores. Y también hablamos de la enormidad de desplazamientos forzosos de soldados, evacuados, civiles o refugiados, en edad militar o no, que en su conjunto nos muestran una guerra marcada por movimientos coercitivos e involuntarios de personas en unas dimensiones cuyos guarismos solamente pueden baremarse mediante estimaciones. Existe un cierto acuerdo, a partir de las palabras del ministro de Estado Julio Álvarez del

Vayo frente a la Sociedad de Naciones, en torno a la cifra de los tres millones de personas desplazadas (en especial a Murcia, Alicante, Valencia, Tarragona, Barcelona y Girona), de las cuales cerca de 1.800.000 habrían recibido asistencia institucional. De igual modo, la cifra aceptada para el exilio a Francia de enero y, sobre todo, febrero de 1939 habla de unas 440.000 personas. Vilar evalúa en 724.000 el total del "éxodo de 1936-1939", sumando los 15.000 de la campaña de Guipúzcoa, los 160.000 de la del Norte, los 24.000 del Alto Aragón, los 470.000 de la Retirada y los 15.000 de la ofensiva final, además de unos 40.000 asilados y canjeados en el transcurso de la guerra. Con todo, la cifra es matizable, puesto que no hay que descartar que evacuados del Norte reingresados a España fueran a su vez desplazados en la retirada del 39.

En términos generales, puede afirmarse que se trató de un fenómeno que afectaría al 12% de la población de 1936, pero se trata de estimaciones condicionadas por la propia definición dada por el gobierno republicano a la condición de refugiado. En ese contexto, podemos estimar hasta cinco grandes fenómenos de desplazamiento forzoso durante la Guerra Civil: el inicial de 1936, como resultado del éxito o fracaso del golpe de Estado; el de 1937, en la zona Norte; los de 1938, con las ocupaciones franquistas de Aragón Oriental y Cataluña; la gran retirada de 1939, origen mayoritariamente de lo que conocemos como exilio republicano; y por fin, las oleadas migratorias del final de la guerra, tanto de regreso a España desde el extranjero o a las localidades de origen tras la derrota, como de salida del territorio nacional con la ofensiva de la victoria. El primero de ellos corresponde a las primeras semanas y meses de guerra la huida frente al avance de las tropas sublevadas sobre Madrid, en aplicación de un plan de ocupación y una guerra de columnas que, a todos los efectos, no hacía prisioneros y empujaba a huir a



*Evacuación de civiles en diversas ciudades.*

Autores: Campaña Bandranas, Robert Capa, Foto Mayo, Foto Walter y otros. Biblioteca Nacional de España (CC-CARP/209).

cuantos civiles o militares pudieran oponer resistencia armada. Esa forma de hacer la guerra produjo de inmediato oleadas migratorias que, de hecho, en muchos casos se adelantaban a las tropas a la hora de alcanzar su objetivo final: Madrid. Como territorio de refugio, la capital republicana, por aquel entonces cercana al millón de habitantes, fue el primer gran punto de confluencia de los flujos de desplazados, de los que no conocemos números (se estiman entre 300.000 y medio millón) por la ausencia de una investigación específica al respecto. Y en tanto que punto de confluencia, también lo fue rápidamente de evacuación, lo que llevó rápidamente a la creación de administraciones como el Comité (primer de Madrid, después Nacional) de Refugiados, o como las de la Generalitat catalana, con sus propios Comitès d'Ajut als Refugiats. Instalado ya en Valencia, en febrero de 1937 el gobierno republicano creó la Oficina Central de Evacuación y Asistencia al Refugiado (OCEAR), que sustituía al Comité Nacional y quedaba bajo la dependencia del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Y pasado el verano sería el *Comissariat d'Assistència als Refugiats* el organismo encargado de gestionar lo que era un problema creciente en Cataluña.

Las autoridades republicanas instaron a que dejasen la capital cuantas personas no pudiesen contribuir al esfuerzo bélico. La cifra de evacuados aportada por la disuelta Consejería de Evacuación estuvo en unas 700.000 para el periodo que iba de noviembre de 1936 a abril de 1937, es decir, la del grueso de las evacuaciones obligatorias desde la capital. En enero de 1937 habían llegado a la provincia de Alicante cerca de 60.000 refugiados, el equivalente a casi el 12% de su población. Contingentes enteros de niñas y niños, muchos huérfanos, salieron de la capital para recalar en Levante de la mano de la Dirección de Asistencia Social del Ministerio de Sanidad, pasando a ser conocidos como "los madrileños". Las

colonias infantiles se convertirían en el símbolo de la acogida de las poblaciones vulnerables en retaguardia, y a su vez en un espacio privativo de la infancia amenazada. De hecho, en septiembre de 1937 la Conferencia Nacional sobre Refugiados celebrada por Socorro Rojo Internacional dio como válida la existencia de 159 colonias colectivas, con 12.027 niños, y 406 de régimen familiar, con 33.121 niños a su cargo.

Iniciadas en forma de huida desordenada, planificadas a partir de septiembre por comités específicos del gobierno central y de las autoridades regionales, las migraciones forzadas internas irían dando paso paulatinamente a la compleja gestión de los refugiados y desplazados en retaguardia. En realidad, las autoridades se encontraron con las enormes dificultades derivadas de la gestión de un problema de grandes dimensiones sin disponer de herramientas efectivas de identificación y coerción sobre la población no combatiente, en un contexto cambiante y, sobre todo, peligroso, como en el caso de la ofensiva italiana sobre Málaga, que generó uno de los desplazamientos forzados más notorios y conocidos de la Guerra Civil: la huida de civiles entre Málaga y Almería en febrero de 1937.

La caída del frente Norte en manos rebeldes generó la salida de, se estima, 125-150.000 refugiados, mayoritariamente a Francia, hasta dos tercios del total procedentes del País Vasco, siendo muchos menos los que venían de Cantabria o Asturias. Entre ellos las evacuaciones de 4.000 niños vascos a Southampton y 4.500 a Burdeos (1.495 de ellos en escala hacia la Unión Soviética), prólogo a una praxis que tendría continuidad con la salida de 1.100 niños desde Asturias hasta Leningrado. 45.000 refugiados españoles, casi la mitad de ellos niños, fueron instalados en departamentos del interior de Francia hasta finales de 1938.

Así pues, sin acercarse a las cifras de principios de 1939, lo cierto es que ya existía un importante contingente de población desplazada en Francia, a lo que había que añadir una infraestructura mínima de evacuación en España. Para centralizar los recursos asistenciales, en enero de 1938 el gobierno republicano sustituyó la OCEAR por una Dirección General de Evacuación y Refugiados de nuevo cuño. La mayoría de los desplazados y evacuados se acumulaba en el Levante y Cataluña. Por ejemplo, en 1938 la ciudad de Almería tenía 65.000 habitantes y 10.000 refugiados; Murcia acogía a más de 7.000 refugiados menores de 12 años; Madrid se había convertido en el hogar de hasta 198.000 niños refugiados, según la Comisión Internacional y su comisionado Gösta Lilliehöök, de los cuales 65.000 tenían menos de 5 años, mientras que en Cataluña sumaban una cifra cercana a los 100.000.

De hecho, las redes de evacuación y apoyo al refugiado iban siempre a remolque de la guerra. Cada gran batalla generaba su flujo, siendo particularmente importante la evacuación de hasta 12.000 personas de Teruel y los pueblos de la contornada a manos de las autoridades republicanas, todo ello al mismo tiempo que tenían lugar los combates por la plaza. A partir de aquel invierno de 1937-38 el conflicto ya no perdería su atributo de guerra total. Esto tuvo su traducción en el cambio de políticas de ocupación y control de la población. Con la ocupación del Alto Aragón entre abril y junio de 1938, unas 24.000 personas se vieron empujadas a huir a la cada vez menos segura retaguardia republicana, donde las condiciones de vida se veían agravadas por su tamaño menguante y por la presión demográfica acumulada de las evacuaciones y desplazamientos precedentes. Para noviembre de 1938, la cifra estimada de refugiados en Cataluña era de más de 600.000 sobre una población de 2,8 millones, es decir,

un incremento del 21,5%. A los casi tres millones de habitantes de Cataluña según el censo de 1936 había que sumar un millón de personas en tránsito durante la guerra. Joan Serrallonga identifica sus proveniencias: 399.000 de Extremadura, 153.000 de Andalucía, 60.200 de Madrid y Castilla, 50.000 del País Vasco, 39.800 de Asturias y Santander, eso sin contar la población catalana desplazada y refugiada dentro del propio territorio.

En guerra, la provisionalidad marca el fenómeno de los desplazamientos, que se caracterizan siempre por su continuidad: son personas por lo general en huida continua, algo que explicaría el impulso propio de huir hacia la frontera. Cada nuevo desplazamiento aumentaba la presión sobre los sistemas de acogida, aprovisionamiento y manutención, ya de por sí comprometidos. Todo lo visto preparó el terreno para el desastre humanitario final, la retirada de 1939, cuyo origen hay que buscarlo en ese "gran terror" que se apoderó de la gente al tiempo que llegaban las noticias de asesinatos y violencias cometidos por las fuerzas sublevadas en su avance. Así se explica que decenas de miles de personas tomaran a la vez el camino hacia la frontera. Un exilio civil y de personal armado, tanto conscripto como miliciano, que en buena medida fue una continuación de las migraciones forzadas de 1936-38, solo que con características específicas y notables. La más importante fue la salida en masa de un gran bloque poblacional como resultado del empuje victorioso de los ejércitos franquistas. La forma en que tuvo lugar el gran éxodo también se explica por el hundimiento de las propias fuerzas leales, que dejaron a los civiles sin apenas amparo en medio de una huida caótica (con algún episodio de defección incluido, como el protagonizado el primer día de la ofensiva franquista por la 179 Brigada Mixta y la 16 División al completo en el sector del Segre). A aquellas



*Evacuación de civiles en diversas ciudades.*  
Autores: Campaña Bandranas, Robert Capa,  
Foto Mayo, Foto Walter y otros.  
Biblioteca Nacional de España (GC-CARP/209).

alturas el ejército republicano combatía en Cataluña con dos fusiles para cada tres hombres, por no hablar de la desproporción en aviones (6 a 1 a favor de los sublevados) y en artillería pesada, con la mitad de los cañones del bando leal en los talleres.

Medio millón de personas se lanzaron a las carreteras en cuestión de días, semanas a lo más, desde Tarragona y Poniente hacia Barcelona, y desde la ciudad condal hacia Girona y Figueres, todo ello bajo los bombardeos italianos y alemanes, marchando en camiones, en carros y a pie, con los pocos bártulos que pudieran acarrear o directamente con lo puesto. Mujeres, niños y ancianos se mezclaban con los soldados. Sin orden de retirada militar como tal, y sin preparativos para acoger a los no combatientes ni *in itinere* ni a la llegada a la frontera, las proporciones de la huida hacia la frontera hicieron que el desplazamiento voluntario/forzoso de población en aquellas semanas de enero y febrero de 1939 fuera entonces, posiblemente, el más grande de la historia europea en un menor lapso.

Las cifras son bien conocidas porque provienen de las estimaciones oficiales francesas: 440.000 personas, de las cuales 170.000 eran mujeres, ancianos y niños; 40.000 civiles no movilizados; 10.000 heridos; y 220.000 militares. Respondiendo ante los hechos consumados, el día 5 de febrero las autoridades francesas permitieron la entrada de soldados desarmados, después de haber abierto la puerta a los civiles. Pronto empezaron a acumularse unidades militares en la frontera, cuya retirada fue cubierta por la 26ª División y por los restos del Ejército del Ebro, lo que dificultó la tarea de separar civiles y soldados. El 9 de febrero, el mismo día en el que se firmó la Ley de Responsabilidades Políticas en Burgos, la propia 26ª División atravesaba la frontera por el puente de Llivia, mientras los

restos del ejército republicano se replegaban por los últimos pasos fronterizos disponibles en los aproximadamente 150 kilómetros de frontera. Al poco, el general Juan Bautista Sánchez alcanzaba el puesto de Le Perthus. Al día siguiente, con la toma de Puigcerdà, toda la frontera con Francia era de Franco.

Unos 50.000 efectivos entre gendarmes, tropas coloniales y guardias móviles republicanos regían en ese gigantesco espacio de selección y de regreso incentivado, una frontera militarizada y literalmente en estado de sitio. El paso de la raya franco-española sería el primer umbral para la separación de hombres en edad militar, por un lado, y mujeres, ancianos y niños por otro. A la población no combatiente que no regresara a España se la enviaría a departamentos del interior, con la excepción de París. Campos como los de Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien y al poco Barcarès, Bram (Aude), Agde (Hérault) o Rivesaltes (que al menos disponía de barracones) se convirtieron en el territorio de la derrota republicana para los combatientes. Los dos primeros, improvisados, reunieron a dos tercios de los internos en las primeras semanas sin contar con las mínimas infraestructuras para ello. Luego se unieron los campos de Gurs, para población proveniente del País Vasco, o Vernet d'Ariège, de tipo disciplinario. En pocos días unas 190.000 personas, mayoritariamente civiles, habían sido evacuadas hacia diferentes territorios franceses, pero en los campos del Mediodía seguía habiendo unas 275.000. En perspectiva comparada conviene subrayar que se trataría de una realidad si no pionera, sí relativamente novedosa (por reciente, a diferencia de las poblaciones civiles coloniales o no, o de los prisioneros de guerra) en la historia del régimen de las personas refugiadas. Algo que en tiempos actuales es habitual (ACNUR calcula que cuatro de cada diez refugiados viven en un campo) surgió de manera progresiva

por iniciativa de las naciones beligerantes de la Gran Guerra para con las poblaciones extranjeras naturalizadas o los desplazados políticos en el marco de las guerras civiles revolucionarias posteriores a 1917, y también por el impulso de ejecutivos como el belga o el francés en su respuesta a las crisis de los refugiados hebreos y españoles respectivamente.

Muchos de los desplazados en el área occidental de la frontera regresaron rápidamente por Irún, como anotaría la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros (ICCP): hasta 8.000 personas al día. Entre el 1 y el 19 de febrero de 1939 se estima que más de 67.000 personas habían ya reingresado en España, ascendiendo a más de 80.000 las que habían solicitado volver. De igual modo, existieron repatriaciones forzosas de población civil devuelta a la frontera. Para el verano de 1939, la política de regreso incentivada por Francia ya había devuelto a España (o lo que es lo mismo: al sistema ya engrasado de recepción, clasificación, internamiento o evacuación de la ICCP) más de 250.000 refugiados. Mientras que para quienes permanecieron encerrados en los campos se dispusieron diferentes medidas, tales como su incorporación a la Legión Extranjera, vía que exploraron más de 7.000 españoles entre 1939 y 1940, o a las Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE) en las que sirvieron unos 55.000 más. Así pues, muchas huidas acabaron con el regreso de los refugiados a sus localidades de origen, aun a riesgo de pasar por los mecanismos de depuración franquistas, siendo su única esperanza recuperar la normalidad del hogar. Del medio millón inicial, a la altura de diciembre quedarían en el exilio 162.000, según el cálculo de Javier Rubio, 180.000 según Dreyfus-Armand. La mayoría de ellos deambularía de campo en campo hasta al menos 1942, trabajando en Grupos de Trabajadores Extranjeros o en la Organización Todt alemana. Según varios autores, aproximadamente 15.000 integraron las

filas de la Resistencia interior durante la ocupación alemana. Y tal y como ha estudiado Diego Gaspar Celaya, más de 1.100 se pusieron a las órdenes de Charles De Gaulle en las Fuerzas francesas libres entre 1940 y 1943. Aunque también hubo regresos imposibles, como el infantil: la derrota supuso para España la pérdida de unos 17.200 niños y niñas de los casi 37.500 enviados por la República al extranjero en las operaciones de salvamento. Y estuvo, por fin, el exilio permanente, plural y heterogéneo.

Con todo perdido, el último de los grandes movimientos de población tuvo lugar en el contexto de la ofensiva de la victoria franquista. Sin planes de evacuación o protección de la población civil, la de marzo fue de nuevo una retirada caótica, aunque sin las escalas de enero. Sin oposición alguna, las tropas franquistas capturaron a las unidades republicanas casi al completo y ocuparon el territorio leal sin resistencia. Madrid, Jaén y Ciudad Real cayeron en manos de Franco, mientras los últimos defensores marchaban camino de Alicante, ciudad ocupada el penúltimo día de marzo por las tropas italianas del Corpo di Truppe Volontarie (Cuerpo de Tropas Voluntarias), también conocido por sus siglas, CTV. Con la toma de Almería, Murcia y Cartagena al día siguiente, todo el territorio nacional estaba en manos de los golpistas. De hecho, fueron los puertos de esas ciudades los escenarios de las últimas salidas de población. Entre 10 y 12.000 personas conseguirían escapar de Cartagena, Valencia, Alicante o Almería, alcanzando algunos el sur de Francia y otros, menos, Argelia. Las escenas más conocidas (por haber sido narradas en libros de memorias y de ficción) provienen del puerto alicantino, de donde solo consiguió salir al exilio en torno al diez por ciento de los que trataban de escapar. El resto fue a parar al sistema concentracionario franquista, igual que los que regresaban de Francia. De evacuados a refugiados, luego

exiliados y por fin regresados, los desplazados o migrantes forzosos adquirirían para los vencedores de la guerra la condición de prófugos, huidos, depurados o cuando menos investigados en unas proporciones que, a juzgar por los análisis de la depuración administrativa y/o penal franquista, no pudieron distar demasiado del objetivo propuesto: la totalidad.

### III

Pese a su compleja ubicación en este contexto internacional, a la vista de lo expuesto podemos concluir que la española fue una guerra de grandes desplazamientos, de civiles, de militares armados, y desarmados convertidos en civiles. Que de entre las diferentes variables que explican estos desplazamientos, la de la huida y el refugio de población civil frente a la guerra total es el vector explicativo por antonomasia, por encima del exilio y su naturaleza política. La experiencia mayoritaria fue de salida del hogar, desplazamiento constante, inseguridad, terror o, dicho de otro modo, de refugio, exilio y depuración. Queda claro también que las personas migradas (desplazadas, evacuadas) fueron más tiempo refugiadas que exiliadas, y que muchos de sus desplazamientos fueron mayoritariamente, en tiempo y en distancia, internos, es decir, se trató de refugiados dentro de la propia España republicana, y cuando dejaron de serlo lo fueron sin el reconocimiento ni la cobertura de las agencias supranacionales. Finalmente, conviene subrayar que a la falta de garantías de no devolución se sumó además el internamiento en campos, reforzando una realidad concentracionaria que cada vez sería más propia de la experiencia de las personas refugiadas.

Así pues, pese a que no derivase en la adopción de medidas legales específicas, la Guerra Civil española fue la primera gran experiencia histórica en la que se dieron todos los factores que actualmente nutren las crisis humanitarias: ¿realmente hay grandes diferencias entre el campo de Moira en Lesbos y los campos para refugiados republicanos en el Sur de Francia? ¿Acaso no son, en ambos casos, inhumanitarias salas de espera donde quedan varados refugiados y potenciales solicitantes de asilo que tratan de llegar a Europa en su huida de la guerra? Tanto el movimiento poblacional de huida (primero escalonada entre 1936 y 1938, y al final sobre todo la salida en masa de casi medio millón de personas en 1939, y su posterior regreso forzoso o libre-condicionado) como el exilio permanente quedaron fuera del amparo de una Convención de la Sociedad de Naciones sobre el Estatuto Internacional de los Refugiados de 1933, que venía a reconocer el derecho a refugio y el principio de no devolución para los expatriados por condiciones de guerra o conflicto etnonacional. De igual manera, cientos de miles de personas quedan hoy fuera cada año del derecho de asilo y protección y expuestas a los discursos de odio, por más que existan instituciones como la UNRRA (creada en 1943), la IRO (1946) o ACNUR (1950), o que haya medios, como la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados, “la Carta Magna de los refugiados” (1951) creadas, precisamente, para reparar fallas legales como las que aparecieron en la Europa de Entreguerras. Millones de personas, combatientes y no combatientes, mujeres, niñas, niños, ancianos, hombres en edad militar, quedaron atrapadas en las grietas geográficas, sociales, económicas de la guerra total y del conflicto civil o internacional en el siglo XX, y también en el XXI. La cuestión de los refugiados lleva décadas instalada en el corazón de las políticas europeas y mundiales: el presente apela al siempre pasado.

## Bibliografía

- VILAR, JB., *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid: Síntesis, 2006.
- SERRALLONGA, J., *Refugiats i desplaçats. Dins la Catalunya en guerra 1936-1939*, Barcelona: Base, 2004.
- GASPAR CELAYA, D., *La guerra continúa. Voluntarios españoles al servicio de la Francia libre (1940-1945)*, Madrid: Marcial Pons, 2015.
- Banda de cosacos. Historia y memoria de la Nueve y sus hombres*, Madrid: Marcial Pons, 2022.
- RODRIGO, J. Y FYTILI, M. (eds.), *Los perdedores de todas las guerras. Refugio, exilio y desplazamiento forzoso: España y Europa (1912-1951)*, Granada: Comares, 2023.

**ESPAÑÓLES EN LA SEGUNDA  
TORMENTA MUNDIAL**

*Xosé M. Núñez Seixas  
Universidade de Santiago de Compostela*



## ESPAÑOLES EN LA SEGUNDA TORMENTA MUNDIAL

*Xosé M. Núñez Seixas*

*Universidade de Santiago de Compostela*

El escritor y líder falangista Dionisio Ridruejo anotaba en su diario el 17 de octubre de 1941 que sus camaradas de la División Azul habían capturado en una de sus primeras acciones en el frente del Vóljov a un “comunista español” enrolado en el Ejército Rojo. Reinaba por ello gran alegría entre los divisionarios, lo que le desagradaba, pues “en ella late aún el rencor banderizo de nuestra guerra civil, que ya debía haber dado paso a rencores más legítimos y a más amplias ilusiones”. La imagen era muy distinta a la después idealizada por la película *Ispansi* (Carlos Iglesias, 2011), una de cuyas escenas recrea un encuentro de soldados de la División Azul y partisanos españoles en el frente ruso: los divisionarios dejarían partir a sus compatriotas e incluso matarían a un soldado alemán que los vigilaba. También los guerrilleros españoles del Ejército Rojo ansiaban enfrentarse a sus compatriotas fascistas, pero el mando soviético no quería reproducir pequeñas guerras civiles en su territorio.

Hubo más encuentros entre españoles de bandos distintos en el frente oriental, lejos de acabar como en el cine. A fines de 1942, el exiliado toledano Salvador Lorente, incrustado junto a otros coterráneos republicanos en una unidad partisana que fue desplegada en la retaguardia de la División Azul, fue capturado y entregado a los españoles. Poco después, fue sometido a consejo de guerra por traición y fusilado. No había sido el primer partisano español que se habían encontrado los divisionarios. En contrapartida, los cerca de 400 divisionarios que cayeron prisioneros pasaron por el interrogatorio de oficiales españoles en uniforme soviético. Dos años y medio después, en mayo de 1945, las tornas habían cambiado totalmente. Los combatientes españoles de la división Leclerc, según recogía el socialista santanderino Lucas Camons, también capturaron a un español en uniforme de las Waffen SS que intentaba escabullirse. Quizá había formado parte del grupo de voluntarios españoles que operaron en el sur de Francia en labores antiguerrilleras, el *Einsatzgruppe Pyrenäen*, que después se retiró hacia Alemania, y se había enfrentado a *maquisards* españoles.

*El sargento Lino Nogueira, natural de A Estrada (Pontevedra), primero por la derecha, sentado, posa junto a sus compañeros de unidad. Frente oriental (1941-1943). Autor anónimo. Archivo personal de María Xesús Nogueira.*

Algún caso hubo de españoles que combatieron bajo las dos banderas, por instinto de supervivencia o convicción. El cura nacionalista vasco Martín de Arrizubieta, refugiado en el sur de Francia tras desertar de una unidad de requetés en 1938, fue hecho prisionero por los alemanes como soldado voluntario de la Legión Extranjera francesa en mayo de 1940. Pasó por varios campos de prisioneros de guerra en territorio alemán, haciéndose pasar por francés, hasta que en septiembre de 1944 puso su pluma al servicio del Instituto Iberoamericano de Berlín para elaborar el programa de un nazismo español, impulsado por el que antiguo delegado de Hitler en el cuartel general de Franco, Wilhelm Faupel. Escapó de Berlín en marzo de 1945, embutido en una unidad de las Waffen SS comandada por otro vasco, Pedro Zabala; en los Alpes se escabulló y se refugió en Pordenone con nombre falso, hasta que la guerra acabó y, tras varias peripecias, volvió a Bilbao dos años después.

Fueron, no obstante, ejemplos aislados. La participación de unidades y combatientes españoles en la II Guerra Mundial corrió por cauces paralelos y rara vez coincidentes. Los itinerarios de los españoles que combatieron en las filas del III Reich, y los de quienes lucharon en las del Ejército Rojo, las Fuerzas Francesas del Interior, la Legión Extranjera francesa, o el ejército británico, siguieron rumbos específicos.

La España de Franco se mantuvo al margen, primero no beligerante y después plenamente neutral, en la II Guerra Mundial. Eso no excluyó que varias decenas de miles de españoles participasen como combatientes —y como enfermeras y en otros puestos— en los frentes de batalla, además de los varios miles de trabajadores forzados y voluntarios en el III Reich y la Francia ocupada, y de médicos y profesionales que se formaron en Alemania y Austria. El hecho de que la dimensión internacional de la guerra civil española implicase

un enfrentamiento entre fascismo y antifascismo, y que buena parte de la población masculina joven española ya poseyese cierto adiestramiento militar, contribuyó a que las trayectorias de muchos combatientes tuviesen una etapa importante en la segunda guerra mundial. Una contienda que muchos de ellos contemplaban como un segundo capítulo de la guerra civil de 1936-39: bien como una cruzada anticomunista, bien como un compromiso antifascista dirigido a la “reconquista” de España. Los españoles nunca tuvieron una presencia numérica y grupal destacada en ninguno de los ejércitos y fuerzas contendientes. Pero sí dejaron una impronta muy específica en algunos escenarios bélicos concretos, tanto en el sur de Francia como el norte de África y los frentes del Vóljov y Lenigrado.

### I

Dos días después del comienzo de la guerra germano-soviética, el 24 de junio de 1941, una manifestación convocada por Falange recorrió varias calles céntricas de Madrid. Demandaban participar en la invasión de la URSS al lado de la admirada Alemania nazi. El germanófilo ministro de exteriores, Ramón Serrano Suñer, arengó a los participantes haciendo a Rusia culpable de la guerra civil de 1936-39. En otras ciudades se sucedieron manifestaciones semejantes. España parecía estar más cerca de intervenir en la guerra junto al Eje que nunca.

Era lo que deseaban los fascistas españoles. Falange había experimentado un muy notable crecimiento en afiliados e influencia política desde la guerra civil, pero era un partido domesticado y sometido a la influencia directa de Franco, lejos de lo que parecía pasar en Alemania o Italia. En su disputa con los sectores católicos y los militares por la hegemonía dentro de la “Nueva España”,

la remodelación ministerial de mayo de 1941 parecía haber dejado fuera de juego a los falangistas. Su mayor esperanza era aprovechar el rebufo triunfal del ejército alemán y participar con un cuerpo expedicionario propio en la campaña de Rusia: así lo habían imaginado varios jerarcas falangistas, como Dionisio Ridruejo, en vísperas de la invasión. Harían méritos para situar a España en un lugar prominente dentro del Nuevo Orden europeo pregonado por el III Reich, y ganarían influencia política interior. La germanofilia no sólo era cosa de los falangistas: desde devotos católicos hasta militares, todos compartían una ferviente admiración por el III Reich, los éxitos de la Wehrmacht e incluso por Adolf Hitler, visto como un ángel vengador que defendería la fe cristiana frente al comunismo, y aplastaría a los tradicionales enemigos del imperio español. La invasión de la URSS convertiría al nazismo de su único pecado, el ateísmo.

La oferta de participar con un contingente propio se materializó en pocos días. Se acordó con los alemanes enviar una división, que no lucharía en las unidades de élite nazi de las Waffen SS, como muchos voluntarios nórdicos, ni sería una legión propia que se integraría más tarde en las Waffen SS, como flamencos o daneses, sino como una división bajo mando propio y sujeta al código de justicia militar español, pero integrada en la Wehrmacht. Así se solventaba el hecho de que la *División Azul*, como fue conocida popularmente, perteneciese a un país no beligerante con la URSS. Para contentar a falangistas y militares, Franco dispuso que los integrantes de la División serían reclutados por las milicias de FET, pero la oficialidad y dos tercios de los suboficiales y especialistas serían proporcionados por el Ejército, que también cubriría los cupos de voluntarios allí donde Falange no pudiese proporcionarlos. Como comandante en jefe fue designado Agustín Muñoz Grandes, próximo a los falangistas; en diciembre de 1942, temiendo su cercanía a los

alemanes, Franco lo sustituiría por el menos carismático Emilio Esteban-Infantes.

La ola de entusiasmo anticomunista que recorrió la Europa occidental y nórdica fue presentada por la propaganda nazi como una “cruzada” de la juventud europea contra el bolchevismo. Le proporcionó además una cobertura para legitimar una campaña de exterminio para ampliar el III Reich hasta los Urales, apropiarse de mayores recursos, borrar de la faz de la tierra a una buena parte de los pueblos eslavos y los judíos de Europa oriental, colonizar y germanizar una parte del territorio soviético, y reducir a la semiesclavitud al resto de sus habitantes.

Sólo determinados sectores de población, las bases militantes de los partidos fascistas y/o colaboracionistas con los nazis, y convencidos anticomunistas, sintieron la llamada del voluntariado contra la URSS. En el caso español, la reciente guerra civil añadió un tono propio a esa corriente. Hubo provincias donde se cubrieron los cupos de voluntarios: allí donde más fuerte era Falange, donde abundaban falangistas o católicos que no habían podido luchar con el ejército franquista por hallarse hasta 1938-39 en territorio *rojo* (Valencia, Alicante, Murcia, Madrid), o donde excombatientes del ejército franquista y jornaleros en paro fueron atraídos tanto por la doble soldada (española y alemana) como por el afán de aventura y ver mundo. En otras provincias fue necesario recurrir a la recluta en los cuarteles, a veces con presiones indirectas o métodos coercitivos. Casi todos fueron voluntarios, pero sus motivaciones no eran homogéneas. Entre los 18.000 soldados y oficiales que partieron para Alemania y Rusia en julio de 1941 abundaron más los móviles ideológicos: fascismo, anticomunismo, catolicismo combatiente y “franquismo de guerra”. En los posteriores reemplazos que elevaron el número total de combatientes a 47.000, entre marzo de 1942

y octubre de 1943, los incentivos económicos y la recluta semi-coercitiva en los cuarteles tuvo un papel más relevante.

Con todo, ni en la primera División estuvieron ausentes los incentivos materiales —ascender en la escala militar, o las ventajas que proporcionaba ser excombatiente a la hora de acceder a puestos públicos—, ni en los posteriores reemplazos de 1942 y 1943 faltaron jóvenes falangistas y católicos idealistas, oficiales anticomunistas también motivados por el deseo de hacer carrera, y simples aventureros, entre ellos legionarios. Era una mezcla que también se registraba en otras unidades extranjeras de las Waffen SS. Pero en la División Azul se alistaron muchos universitarios, en buena parte falangistas, que escribieron sobre ella.

Tras una corta instrucción en Grafenwöhr (Alto Palatinado), y después de recorrer a pie cientos de kilómetros por Polonia oriental y Bielorrusia, donde tuvieron ocasión de observar en algunas localidades los primeros pasos de la política de segregación racial nazi, la División 250 de la Wehrmacht ocupó en octubre sus posiciones en el sector norte del frente oriental, en el frente del Vóljov, al norte y sur de Novgorod. Al poco tiempo, buena parte de sus efectivos participó, cruzando el Vóljov, en una ofensiva que pretendía cerrar el cerco de Leningrado, una ciudad que la Wehrmacht decidió rendir por hambre. Recién llegados al frente, los españoles habían despertado muchas dudas entre los mandos alemanes, que juzgaban no sin arrogancia que la División Azul adolecía de deficiente organización logística y poca preparación técnica de sus oficiales y suboficiales. Sólo servirían para la guerra de guerrillas, apreciación que también compartirían oficiales británicos o soviéticos. Con todo, los combatientes germanos apreciaban a sus exóticos camaradas ibéricos, de quienes alababan su coraje e idealismo, aunque fuesen algo desastrados.

Los combates del Vóljov, entre septiembre y noviembre de 1941, no reportaron avances, aunque sí numerosas bajas que sembraron dudas en la lejana retaguardia española: entre los caídos figuraban varios falangistas notorios, y Serrano Súñer empezó a temer que el partido se debilitaría. En los meses sucesivos, los españoles desempeñarían sobre todo tareas defensivas en una guerra estática o de posiciones, salpicada de acciones menores y combates localizados, además de golpes de mano y asaltos. Aun así, varios efectivos divisionarios participaron en las operaciones para liquidar la llamada bolsa del Vóljov en la primavera de 1942, para aniquilar varias divisiones soviéticas que habían penetrado por el norte del sector español y habían sido cercadas en un terreno pantanoso.

En agosto de 1942 la División fue transferida al flanco meridional del cerco de Leningrado. La rutina era semejante: guarecer un frente estático, para lo que los españoles eran valorados, y ejecutar golpes de mano, salpicados de duelos artilleros y algunos bombardeos, además de actividad partisana. Sin embargo, en febrero de 1943 el intento soviético por romper el frente mediante una ofensiva paralela a la que había tenido lugar en el Don y Stalingrado rompió la monotonía. El 10 de febrero, en la batalla de Krasny Bor (sector de Kolpino), las fuerzas españolas y alemanas afrontaron un fuerte ataque con artillería y blindados. Pese a las pérdidas, consiguieron ralentizar el avance enemigo lo suficiente como para posibilitar el contraataque alemán y estabilizar la línea del frente. En Krasny Bor, última batalla de gran envergadura librada por unidades españolas, cayeron 1.100 hombres y fueron hechos prisioneros otros doscientos. En las semanas sucesivas, sin embargo, las tareas defensivas volvieron a constituir la ocupación fundamental de los soldados españoles.

En octubre de 1943 las presiones aliadas sobre Franco, quien había sustituido al germanófilo Serrano Suñer un año antes por el probritánico conde de Jordana en la cartera de Exteriores, obligaron a repatriar la División Azul. A regañadientes: aún permaneció un contingente simbólico de unos 2.300 hombres, la Legión Española de Voluntarios (Legión Azul), reclutada entre quienes desearon quedarse. Su ejecutoria militar fue modesta: tras algunos combates, durante los primeros compases de la gran ofensiva soviética de enero de 1944, el mando alemán destinó a los españoles a un sector más tranquilo del frente. Con todo, los síntomas de descomposición de la moral de la tropa aconsejaron al Mando alemán a retirarla a Estonia para su readiestramiento. En marzo de 1944 la renovada presión aliada sobre Franco llevó a la retirada de la Legión Azul. Al régimen nazi no le preocupó en exceso: España era más valiosa como proveedora de wolframio y otras materias primas que de soldados.

Con todo, entre marzo de 1944 y mayo de 1945 todavía combatirían en diversas unidades de la Wehrmacht y las Waffen SS unos 500 españoles. Eran legionarios azules que no retornaron a España con complicidad de sus mandos y de la plana de enlace alemana con la División; trabajadores civiles en Alemania, seducidos por los sueldos ofrecidos por las Waffen SS o que habían quedado sin empleo; y algunos falangistas radicales, muchos de ellos también exdivisionarios, que cruzaron los Pirineos con apoyo alemán. Los nuevos voluntarios conformaron dos compañías españolas con sede cerca de Innsbruck, que serían desplegadas en Eslovenia y los Cárpatos, sufriendo fuertes bajas, así como en el Norte de Italia y en una unidad especial antimiquis en los Pirineos. Los itinerarios también fueron muy diversos: hubo una mayoría de españoles en una compañía de la División *Wallonien* de las Waffen SS, reclutados entre trabajadores civiles en Alemania por antiguos oficiales flamencos en la guerra civil española; pero también en otras unidades. En la batalla de Berlín,

unas pocas docenas de combatientes españoles, al mando del capitán falangista aragonés Miguel Ezquerro, también lucharon contra los soviéticos. Aún en 1946, a cuentagotas, grupos de exdivisionarios y antiguos miembros de las Waffen SS volvieron a España a través de Roma.

Unos 5.000 españoles fallecieron en el frente oriental. Un porcentaje relativamente reducido, en comparación con la mayoría de las unidades alemanas, pero también italianas, húngaras o rumanas que se enfrentaron al Ejército Rojo. De los cerca de 500 prisioneros, la mayoría sobrevivieron a un largo cautiverio en los campos soviéticos y retornaron en abril de 1954 a bordo del buque *Semíramis*, gracias a las gestiones de la Cruz Roja francesa. Algunos más todavía llegarían en los años posteriores, entre expediciones de antiguos *niños de Rusia* repatriados. Alguno permaneció en la URSS y empezó en ese país una nueva vida.

La inusual tasa de supervivencia de los divisionarios se explicaba por haber combatido en un frente estático, la frecuencia de los relevos y el hecho de que el grueso de la División se había retirado antes de las grandes ofensivas soviéticas de 1944. A diferencia de los italianos, los españoles no experimentaron una catastrófica retirada en duras condiciones, ni se vieron envueltos, como rumanos y magiares, en costosas batallas de desgaste. Si el embrutecimiento de las condiciones de combate fue menor en el caso de los españoles, también lucharon en un frente con actividad partisana más moderada en la retaguardia que en otras zonas del frente oriental. Ello, unido a la falta de racismo biológico-genético —aunque no de racismo cultural— facilitó una mejor convivencia con los civiles rusos. Los españoles protagonizaron hurtos y abusos; pero no ejecutaron represalias colectivas contra poblaciones rusas, ni tuvieron participación en acciones contra los judíos, prácticamente ausentes en su zona del frente. Sí fueron testigos de las discriminaciones

sufridas por los hebreos tanto durante la marcha a pie de septiembre de 1941 como durante las estancias de muchos soldados en los hospitales de Vilnius y Riga. Los divisionarios, además, tuvieron poca participación en las operaciones antipartisanas de la retaguardia.

En general, las prácticas de ocupación de la División Azul fueron menos brutales que las de los alemanes. Los divisionarios volvieron a España convencidos de haber luchado en una causa justa, de haberse solidarizado con el pueblo ruso y de haberlo comprendido mejor que los rígidos tudescos, como se expresaría en sus libros de memorias en la posguerra. Pero eludían varios matices: desde el hecho de que la División Azul participó, de modo pasivo, en el cerco por hambre de Leníngrado —en el que murieron cientos de miles de civiles— hasta las facetas más oscuras de la guerra antipartisanas. La leyenda divisionaria, sin embargo, tuvo vigencia largos años, y todavía perdura.

## II

El 19 de agosto de 1944 los dirigentes locales de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI) protagonizaron una insurrección en París cuando los Aliados a las puertas de la capital tras haber superado los duros combates de Normandía. Sin embargo, quienes primero entraron en la capital la noche del jueves 24 fueron fuerzas pertenecientes a la 2ª División Blindada, comandada por el general Philippe Leclerc y por tanto al Ejército Francés de Liberación, nacido en 1943 de la fusión entre el Ejército de África y las *Forces Françaises Libres* de De Gaulle. Esos blindados pertenecían a una compañía compuesta en buena medida por republicanos españoles, reclutados sobre todo en el Norte de África tras su liberación por las tropas angloamericanas entre fines de 1942 y principios de 1943. Era la emblemática *La Nueve*. Su

entrada triunfal representaba una revancha de la derrota de 1939, pues para ellos la lucha antifascista continuaba. Al día siguiente desfilaron ante el general Charles De Gaulle, orgullosamente subidos en sus camiones blindados bautizados con nombres de batallas de la guerra civil española.

*La Nueve* era la cabeza visible de un movimiento que se extendió por toda Francia, el norte de África y la Unión Soviética, con algunas ramificaciones también en Gran Bretaña —las varias decenas de “españoles de Churchill”, combatientes encuadrados en las Fuerzas Armadas británicas que lucharon en escenarios muy diversos— y los Estados Unidos, en cuyas filas también combatieron emigrantes españoles en aquel país de simpatías antifascistas, y exiliados reclutados en el norte de África. La mayoría de los españoles que lucharon por los Aliados lo hicieron, con todo, como miembros de las resistencias antinazis.

Tanto a través de los veteranos de las Brigadas Internacionales como de los propios republicanos españoles, la resistencia europea aprendió de las experiencias de la guerra de 1936-39, no sólo en términos de estrategia militar, sino también de discursos, simbología y socialización política. El conflicto español influyó en la conformación de una matriz antifascista que se proyectó sobre los movimientos de resistencia de la Europa ocupada. Muchos de los brigadistas internacionales que salieron de España entre 1938 y 1939 tuvieron un papel destacado en las resistencias de sus países de origen o de los terceros países en los que prolongaron su exilio, dando lugar a auténticas trayectorias de lucha antifascista transnacional, que a menudo culminaron tras 1945 en importantes puestos políticos en las democracias populares de Europa oriental, pero también en Italia o Francia.

Otros itinerarios correspondían a antifascistas españoles que en 1936 se hallaban en otros países

como emigrantes. Ramón Romero Tobío, natural de Muros (A Coruña), había emigrado muy joven a Buenos Aires. Allí trabajaba como estibador en el puerto, y militaba en el sindicalismo de orientación anarquista. Al llegar la noticia de la sublevación militar en España, embarcó con varios camaradas con destino a la zona republicana. Por razones poco claras, el barco acabó siendo capturado por los franquistas, que los reclutaron a la fuerza. Sin embargo, Ramón consiguió pasarse a la zona republicana. Acabada la guerra, formó parte del flujo de refugiados y fue a parar a un campo de internamiento en el Norte de África. Cuando fue liberado por los aliados angloamericanos, decidió incorporarse al ejército británico, en cuyas filas combatió en Birmania hasta el final de la guerra.

Alrededor de medio millón de personas habían atravesado la frontera francesa en sucesivas oleadas desde 1937 hasta la gran retirada que siguió a la caída de Cataluña en enero de 1939. Y varios miles se habían refugiado en el Norte de África, huyendo de la zona republicana en barco en las últimas semanas de la guerra civil. De ese flujo de refugiados, cerca de la mitad retornó a España al cabo de unos meses. Pero aún quedaría un amplio contingente de exiliados, en su mayoría hombres jóvenes, casi todos con formación y experiencia militar, deseosos de retomar las armas contra Franco o, si todavía no lo habían hecho, que ardían en deseos de emular a sus hermanos mayores. El estallido de la II Guerra Mundial en septiembre de 1939 ofreció a muchos de ellos la posibilidad de empuñar de nuevo el fusil.



*El sargento Lino Nogueira, primero por la derecha, junto a un compañero divisionario y una mujer rusa. Frente oriental (1941-1943). Autor anónimo. Archivo personal de María Xesús Nogueira.*

No obstante, si se puede evaluar en 47.500-48.000 el número de combatientes españoles que tomaron parte en la II Guerra Mundial con uniforme alemán, es más problemático aproximarse al número total de españoles, bastante inferior, que vistieron el uniforme británico, norteamericano, francés o soviético, que podemos estimar en varios miles. Más numerosos fueron los guerrilleros que combatieron en Francia desde 1940-41 hasta 1944 bajo la bandera de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI).

El Partido Comunista de España (PCE) fue la organización que alentó de modo decidido la participación de los españoles en la Resistencia, sobre todo en Francia a partir de 1941. Pero también tomaron parte en la lucha contra el III Reich militantes anarquistas, republicanos liberales y de izquierda, comunistas disidentes afiliados en su momento al POUM, así como nacionalistas vascos, catalanes y gallegos. Todos ellos, en general, se mostraban reacios a aceptar el liderazgo comunista, y sólo superaron las reticencias tras el estallido de la guerra germano-soviética en junio de 1941.

Fueron varios los itinerarios por los que muchos españoles se sumaron al combate contra el fascismo. El más numeroso pasaba por los campos de internamiento del sur de Francia, desde los que se organizó la resistencia comunista. Ya en 1939-40 se registró un relevante flujo de voluntarios españoles en los Regimientos de Marcha de voluntarios extranjeros, y la Legión Extranjera, que combatieron contra los invasores alemanes entre mayo y junio de 1940. Alrededor de medio millar de esos legionarios participaron además en el desembarco de Narvik (Noruega) a principios de mayo de 1940; forzados a regresar por causa de la invasión alemana de Francia, los españoles “noruegos” optaron en Inglaterra por sumarse a las fuerzas de la Francia Libre. A menudo, los republicanos españoles coexistieron en las filas de la Legión francesa con voluntarios polacos

y judíos exiliados, pero pudieron constatar que sus mandos franceses, con frecuencia de simpatías fascistas, desconfiaban de ellos. La capitulación francesa provocó que cientos de españoles cayesen prisioneros y a merced de los alemanes; otros permanecieron en cuerpos armados en el norte de África, como el Cuerpo Franco de África, y otros sufrieron deportación a campos de concentración alemanes.

Otras vías partieron directamente de Marruecos, Argelia y Túnez, donde habían llegado varios barcos que transportaban exiliados desde Alicante y otros puertos. Allí fueron ingresados en campos de internamiento y compañías de trabajo obligatorio, y otros se sumaron a la Legión Extranjera. Después de la caída de la metrópoli, en junio de 1940, pasaron a estar situados bajo la jurisdicción del régimen de Vichy, que los utilizó como fuerza de trabajo o como tropas auxiliares, de dudosa lealtad.

Otros más, sobre todo militantes comunistas, llegaron a territorio soviético desde puertos españoles, franceses o argelinos. Algunos contingentes de marineros y aviadores, que se hallaban en la URSS al acabar la guerra civil española, permanecieron atrapados en el país, de grado o por la fuerza. A partir de junio de 1941 el Ejército Rojo reclutó a algunos cientos de refugiados españoles en la URSS, pero también a antiguos niños de la guerra que habían sido evacuados en 1937 desde Gijón, Santander y Bilbao, socializados en los valores soviéticos y en colonias específicas, y que en 1941 ya tenían edad suficiente para combatir a los invasores alemanes. Algunas decenas de ellos actuaron en la retaguardia contra la División Azul, como partisanos o miembros de unidades especiales, como la comandada por Francisco Gullón. Otros combatieron en los frentes de mayor actividad. El teniente Rubén Ruiz Ibárruri, hijo de la dirigente del PCE Dolores Ibárruri, cayó en Stalingrado, y recibió el título póstumo de héroe de la Unión Soviética. Otros guerrilleros y oficiales

españoles también se distinguieron en combate o colaboraron con los servicios de información soviéticos. Dos de ellos recibieron la Orden de Lenin, y más de 800 diversas condecoraciones.

En el territorio metropolitano francés, la participación de los españoles en la Resistencia fue incentivada por la política represiva contra los extranjeros del régimen de Vichy, presidido por el mariscal Pétain. En septiembre de 1940 el gobierno colaboracionista creó los Grupos de Trabajadores Extranjeros (GTE), que en número de 200 y bajo mando militar tenían como objetivo explotar la fuerza de trabajo de los refugiados extranjeros. Encuadrarse en esos grupos permitió a muchos españoles abandonar los campos y entrar en contacto con las primeras organizaciones de la resistencia antinazi en el sur de Francia. Desde el verano de 1941 actuaban en las zonas montañosas del Macizo Central, los Alpes y los Pirineos centrales los primeros *maquisards*, grupos de resistentes cuya cobertura eran a menudo las explotaciones forestales o carboneras en las que trabajaban los españoles de los GTE. De manera paralela, militantes del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) organizaban en la zona ocupada por los alemanes —la mitad norte de Francia— el contacto con los primeros grupos de *Franc-Tireurs et Partisans* de la MOI (*Main d'Oeuvre Immigrée*), organización creada en 1941 por el Partido Comunista Francés para encuadrar a los trabajadores extranjeros en la resistencia. También en 1941 comenzaba a emitir desde Moscú Radio España Independiente y se publicaría un periódico clandestino, *Reconquista de España*.

En diciembre de 1941 la delegación del Comité Central del PCE en Francia, encabezada de forma oficiosa por Jesús Monzón, reunió a varios responsables comunistas en la ciudad de Carcassonne y fundó la Unión Nacional Española (UNE), con el objetivo de agrupar bajo mando comunista las actividades de resistencia de los españoles

en Francia. Los grupos armados se integraron en una estructura centralizada, el XIV Cuerpo de Guerrilleros Españoles, que retomaba el nombre de la unidad de guerrilleros creada por el Ejército Popular de la República años antes. En otoño de 1943 el XIV Cuerpo de Guerrilleros se integraba en las FTP-MOI. Las autoridades franquistas tenían algunos motivos para sentirse alarmadas ante una posible invasión “roja” desde los Pirineos.

A principios de 1944 la resistencia española contaba con 28 brigadas encuadradas en varias Divisiones (diez), que se desplegaban a lo largo de las regiones centro-norte, este y sobre todo sur de Francia, con presencia relevante en los departamentos pirenaicos de Ariège, Aude, Bajos Pirineos y Alto Garona. El XIV Cuerpo de Guerrilleros Españoles pasó a denominarse ahora Agrupación de Guerrilleros Españoles (AGE), con representación directa en el Estado Mayor de las FFI. Mientras *La Nueve* entraba en París, los guerrilleros liberaban buena parte del Mediodía francés, con una fuerte participación española. Toulouse, según algunos observadores, era una ciudad llena de exultantes *maquisards* que cantaban en castellano. El entusiasmo de los republicanos españoles, que creían próxima la liberación de su país, se combinaba con las prevenciones de las nuevas autoridades francesas, recelosas ante el poder que habían cobrado los antifascistas españoles, extranjeros y peligrosamente comunistas. La hipótesis de una “República roja del Suroeste”, fuera del control de la Francia libre de De Gaulle, constituía un factor de inquietud para los gobernantes de la Francia libre.

La confianza en que el triunfo aliado llevaría a la caída de todos los regímenes fascistas, y las expectativas de hallar un fuerte apoyo en el interior de una España masacrada por la represión y la miseria, se combinaron con las ambiciones políticas de Jesús Monzón dentro del PCE. Se gestó así una operación militar, “Reconquista de España”, en la

que participarían varias unidades de guerrilleros españoles. El 19 de octubre de 1944 varias de ellas cruzaron los Pirineos; la mayoría, unos 3.000 hombres, entraron por el Valle de Arán. Sin embargo, enfrente se toparon con un importante despliegue de tropas franquistas. Tras cinco días de combates, los guerrilleros se retiraron. El 28 de octubre las autoridades españolas y francesas de la zona pirenaica acordaron pacificar la frontera. El Gobierno de París accedió a alejar a los republicanos españoles a más de veinte kilómetros del confín pirenaico, con lo que la posibilidad de restaurar la República por las armas se diluía.

La participación de los republicanos españoles en el frente occidental no concluyó en París. La 2ª División Blindada de Leclerc, en la que se encuadraban los españoles de *La Nueve*, avanzó hacia el sur de Alemania, y en mayo de 1945 ocupó la localidad bávara de Berchtesgaden y el complejo residencial del Obersalzberg —el Nido del Águila— de Hitler. Con todo, eso los mantenía lejos de la ansiada reconquista de España, que tampoco llegó por la vía de la presión diplomática tras la capitulación alemana del 8/9 de mayo de 1945.

Lejos estaban también los varios oficiales de zapadores españoles que, en unidades del Ejército Rojo y tras haber sido guerrilleros, participaron en la batalla de Berlín del lado soviético. Uno de ellos era el teniente Francisco del Castillo, hermano del también teniente José del Castillo, cuyo asesinato el 13 de junio de 1936 había precedido al de José Calvo Sotelo, y prendió la mecha de la guerra civil.

La mayoría de los veteranos españoles antifascistas nunca se reestablecieron en su país de origen tras 1945. Muchos adoptaron la ciudadanía francesa, soviética, británica o norteamericana, y formaron nuevas familias. Personajes como el Enric Miralles de *Soldados de Salamina* (Javier Cercas, 2001), el antiguo emigrante anarquista Ramón Romero Tobío, quien tras la guerra se estableció en Cardiff, donde había una cierta colonia de inmigrantes de su pueblo natal; o el entrañable veterano de *La Nueve* cuya biografía recreó Paco Roca en *Los surcos del azar* (2013), fueron buena muestra de la existencia postrera de quienes seguían siendo héroes incomprendidos para unos, y renegados para otros.

## Bibliografía

ARASA, D., *Los españoles de Stalin*, Barcelona: Belacqua, 2005.

GASPAR CELAYA, D., *La guerra continúa. Voluntarios españoles al servicio de la Francia libre (1940-1945)*, Madrid: Marcial Pons, 2015.

—*Banda de cosacos. Historia y memoria de la Nueve y sus hombres*, Madrid: Marcial Pons, 2022.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M. *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul, 1941-1945*. Barcelona: Crítica, 2017 [2ª ed.].

PONS PRADES, E., *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.

SCULION, S. F., *Churchill's Spaniards. Continuing the Fight in the British Army, 1939-1945*, Warwick: Helion & Company, 2024.

# 2. EXILIO, RESISTENCIA Y DEPORTACIÓN

2. EXILIO, RESISTENCIA Y DEPORTACIÓN

**"EL MAYOR ÉXODO DEL SIGLO XX."  
EL EXILIO REPUBLICANO EN FRANCIA**

*Rocío Negrete Peña*  
UNED



à la ferme école au Chambon  
sur Lignon -

## “EL MAYOR ÉXODO DEL SIGLO XX” El exilio republicano en Francia

Rocío Negrete Peña  
UNED

La Guerra Civil española —significativamente llamada *Guerre d'Espagne* al otro lado de los Pirineos—, su finalización con la Victoria del bando sublevado y la instauración de una dictadura de larga duración (1936-1975) tuvieron entre sus múltiples y trágicas consecuencias importantes movimientos poblacionales. Circulaciones que durante la contienda española se desarrollaron en el interior de las fronteras, alejándose o atravesando los frentes de guerra, pero que a medida que su final se aproximaba se dirigieron hacia el exterior. Agrupando estos últimos, el llamado exilio republicano de 1939 representa, tanto cuantitativa como cualitativamente, el principal flujo de migración forzada de la historia de la España contemporánea. En palabras de María Teresa León, “el mayor éxodo del siglo XX”.

Imagen: *A la ferme école au Chambon sur Lignon.*

Autor: Friedel BOHNY-REITER.

Archives départementales des Pyrénées Orientales: 22NUM1PH1/49.

Extraído de: [https://archives.cd66.fr/mdr/index.php/rechercheTheme/requeteConstructor/B/2/A/366692/LE%20CHAMBON-SUR-LIGNON\(HAUTE-LOIRE\)#Noticecomplete](https://archives.cd66.fr/mdr/index.php/rechercheTheme/requeteConstructor/B/2/A/366692/LE%20CHAMBON-SUR-LIGNON(HAUTE-LOIRE)#Noticecomplete)

Cuantitativamente, en primer lugar, por su volumen numérico. Si los desplazamientos internos durante la guerra involucraron a cerca de 3 millones de personas en el bando republicano, el conjunto de salidas del territorio superó las 700.000. Una estimación que tiene en cuenta que estas huidas al exterior se desarrollaron durante los casi tres años de guerra, pero que esconde múltiples realidades de exilios y retornos que para algunas familias duraron lustros. En efecto, la importancia cuantitativa es resaltable también por la cronología de estos desplazamientos al exterior. Pues, si la cifra más repetida de entre 450.000 y 475.000 se concentra en el momento más álgido del exilio (el fechado tras la caída del frente catalán entre enero y febrero de 1939), deben añadirse las decenas de miles de personas exiliadas desde el mismo verano de 1936. De ellas, una parte —sobre todo aquellas evacuadas ante la inminente caída del frente norte entre abril y octubre de 1937, cerca de 120.000— volverían al territorio republicano a los días, pero otra se instalaría, más o menos definitivamente, en territorio extranjero. En efecto, se trata de un exilio que no se limitó a las dos salidas de 1939, sino que se nutrió de las fases políticas y los acontecimientos militares del trasfondo bélico que marcó a España entre el verano de 1936 y la primavera de 1939.

Por otro lado, la concentración del grueso de este exilio en unas pocas semanas del invierno de 1939 en tres puntos de la frontera pirenaica implicó un reto administrativo y político mayúsculo por parte del principal estado receptor: la III República francesa, en concreto, tanto la Francia metropolitana como las posesiones coloniales que París controlaba en el Norte de África. Sin embargo, desde el territorio metropolitano francés decenas de miles de españoles re-emigraron a terceros países como México o la Unión Soviética —quienes desde 1937 ya habían recibido población

española evacuada, sobre niños—. Aunque también los hubo que finalmente recalaron en países como Argentina, Chile, República Dominicana, Cuba, Estados Unidos, Gran Bretaña y, a partir de 1945, en diferentes estados de la "nueva" Europa occidental y oriental.

La dimensión de estas coordenadas cronológicas y geográficas nos lleva a hablar del "destierro de todo un pueblo" o, al menos, de una parte significativa de la población española de los años 1930. Un exilio cuya larga duración marcaría la longevidad de la dictadura franquista. Gran parte de los retornos —más o menos elegidos o forzados— a la España franquista se dieron en los primeros meses de exilio, dejando en cerca de 170.000 personas las que vivieron en Europa la Segunda Guerra Mundial. Mas, a estas se les reunieron nuevas oleadas de españoles y españolas de la emigración clandestina durante la postguerra mundial, de la emigración de tipo económico a partir de 1956 o de un exilio antifranquista que se intensificaría desde finales de la década de 1960. Migraciones impulsadas por las consecuencias económicas, políticas y sociales de la dictadura y, por ende, conectadas igualmente con la guerra.

Cualitativamente, el exilio republicano español reviste también una importancia y especificidades por su contexto, su composición y sus implicaciones ideológicas y culturales a nivel internacional. Tanto la guerra como la instauración de la dictadura franquista se inscriben en la crisis de las democracias europeas de los años 1930, de las cuales para 1939 solo sobrevivían Gran Bretaña, Irlanda, Suiza, Francia, Bélgica, Países Bajos, Dinamarca y los países nórdicos. Y de ellos, la mitad sufrirían ocupaciones militares y políticas de la Alemania nazi durante la guerra mundial. El exilio republicano español fue, por lo tanto, un exilio político para gran parte de sus integrantes,

aunque también posee características propias de los desplazamientos de refugiados de guerra que huían de las violencias de la retaguardia. La dimensión política del exilio queda asimismo evidenciada por la politización que este tuvo en los diferentes países de recepción, donde convivieron —con más o menos fricciones— los diferentes proyectos de los antiguos aliados en el bando republicano: comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos, nacionalistas... Igualmente, los principales líderes de estas estructuras partieron al exilio, en su mayoría, hasta la desaparición de la dictadura.

Este cariz político y partidista implicó otra de las características del exilio republicano español: su grado de organización. El Gobierno republicano, los partidos políticos, sindicatos y diversas organizaciones de masas, en colaboración con organismos humanitarios y asistenciales, y las autoridades de los países de acogida, fueron agentes claves en los procesos de evacuación, búsqueda

de familiares y reunificación al otro lado de la frontera, en la tramitación de las solicitudes de embarques para re-emigrar a América y/o en la consecución de trabajos remunerados. En relación con esto último, la tercera de las características que hacen cualitativamente remarcable este exilio fue que se trató de un exilio en cierto modo especializado. A pesar de estar compuesto por diferentes capas sociales, orígenes regionales, edades y profesiones, la adhesión al bando republicano de gran parte de la intelectualidad de la España de los años 1920 y 1930 hicieron que, sobre la gran masa de población obrera y campesina huida, destacaran —tanto para la prensa internacional como para los responsables de los mercados de trabajo o los propios organismos republicanos— algunas de las principales figuras de las artes, la ciencia y la cultura de la Edad de Plata española. Esta realidad generó expectativas enfrentadas sobre el aporte que el exilio republicano dejaría en los países de acogida, sobre todo en los estados latinoamericanos.

**¡Somos refugiados de guerra!  
Francia, tierra de asilo**

Somos refugiados de guerra. Ante nuestros ojos, velados por incipientes enfermedades, se suceden amargas perspectivas: inmensos campos helados, alambradas infinitas, bazofia en palanganas, disciplina cuartelera... Bueno ¿y qué? ¡Somos refugiados de guerra!

Luisa Carnés, 1939

Huir de la guerra y la represión motivó la salida de la península ibérica de población civil y militar desde los territorios controlados por el gobierno republicano hasta abril de 1939. Hallar refugio en el exterior se convirtió en el principal reto. Geográficamente, la Francia metropolitana —a través de la frontera pirenaica o los puertos atlánticos— y colonial en el Norte de África —desde los puertos mediterráneos— representaba, salvo para las evacuaciones organizadas dirigidas a México o la Unión Soviética, prácticamente la única opción. Mucho más difícil y arriesgada resultaba la huida a través de una frontera portuguesa vigilada por las autoridades franquistas y protegida por la dictadura salazarista aliada, o el tránsito del Marruecos español, controlado desde primera hora por los sublevados. A ello cabe añadir que, pese al desarrollo de una legislación francesa restrictiva ante la llegada de los flujos españoles, la tercera República y sus gobiernos frentepopulistas simbolizaban en el imaginario colectivo de buena parte de los huidos, al menos en inicio, el espíritu de las libertades y los derechos humanos, la defensa de la democracia y el derecho de asilo.

Sin embargo, el desarrollo de medidas destinadas a regular y endurecer la llegada de extranjeros a territorio francés, sumada a la realidad de la llegada y la dura acogida proporcionada por las autoridades francesas a todo un país en retirada dejó un amargo recuerdo en las memorias de los y las exiliadas españolas. Se confirmaban así los peores augurios, aquellos que tiraban por tierra la reputación que Francia atesoraba desde los años veinte como nación inmigratoria amable y solidaria, la cual ya había sido puesta en duda tras la adhesión francesa al pacto de No Intervención al iniciarse el conflicto español. Las políticas proteccionistas en lo económico (tras el impacto de la crisis de 1939), de control social y seguridad aplicadas en la gestión del exilio republicano, especialmente por el

gobierno de Daladier entre 1938 y 1939 —cuyo primer ministro Albert Sarraut acuñó el término de *indésirables*—, terminaron de lastrar la imagen del país de las libertades.

No obstante, cabe destacarse que muchas de estas políticas fueron desarrollándose y aplicándose en años anteriores a colectivos de otras nacionalidades en un contexto marcado por la crisis económica de 1929, el auge del fascismo y el nazismo europeos y el avance de discursos xenófobos y racistas, también en Francia, durante los años 1930. De hecho, para entender el grado de polarización política y social francés, hemos de volver nuestra mirada al análisis comparado de la evolución de las políticas de acogida adoptadas por el Estado. Al de la promoción de esos discursos xenófobos por parte de la derecha y la extrema derecha que advertían del peligro de la llegada de los rojos españoles a quienes presentaban como delincuentes, bandidos y radicales. Y al de una movilización social liderada por sindicatos y asociaciones humanitarias y de izquierda que organizaron, a título individual y/o colectivo, diferentes iniciativas de apoyo a los y las refugiadas españolas entre las que destacaron colectas y campañas de prensa, apoyo logístico y acogida a la causa republicana española.

El cruce de la frontera, la llegada a territorio francés y la instalación estuvieron marcados por una ambivalencia entre improvisación y arbitrariedad con voluntad de control y limitación. En primer lugar, el volumen de personas apostadas en los puestos fronterizos desde finales de enero de 1939 implicó la necesidad de renovar las medidas de acogida puestas en marcha en las fases de exilio y evacuación anteriores, y reveló la falta de organización e incapacidad de hacer frente a tal flujo. Esto se hizo sentir en la polémica decisión de cerrar la frontera y abrirla sólo para la población civil el 28

**LA FRANCE s'est remise au travail et est en plein redressement dit le ministre des finances**

**La frontière française sera désormais fermée à l'invasion des réfugiés espagnols**

**LES NATIONALISTES POURSUIVENT LEUR MARCHÉ EN AVANT DANS TOUTE LA CATALOGNE**

**« N'y a pas de différends qui ne puissent être résolus sans recourir à la guerre mais par voie de consultation et de négociation » DÉCLARE M. NEVILLE CHAMBERLAIN**

**LE PROFESSEUR MAMELLE n'a pu se suicider Il a été tué par une personne placée derrière lui**

**Un valet de chambre découvre un petit trésor**

**LA GUERRE NIPPO-CHINOISE PEUT-ELLE DURER ?**

**Contre la colonisation soviétique**

**Un exposé de M. Georges Bonnet au conseil des ministres**

**L'allocation radiodiffusée du ministre des finances**

**La contribution de 2 % sur tous les paiements effectués à partir du 23 janvier**

**Le Japon, malgré les tournants, s'existera**

**ET LES FRANÇAIS Y SONT FORT TRANQUILLES**

**Le Japon, malgré les tournants, s'existera**

**ET LES FRANÇAIS Y SONT FORT TRANQUILLES**

**Le Japon, malgré les tournants, s'existera**

**ET LES FRANÇAIS Y SONT FORT TRANQUILLES**

"La frontière française sera désormais fermée à l'invasion des réfugiés espagnols", Le Matin, 29 enero 1939.

de enero a las 10h. por el puesto de Le Perthus. El ejército en Retirada pudo finalmente pasar el 5 de febrero a las 16.30 h, y en menos de una semana cruzó por este puesto casi la totalidad de las tropas republicanas en Cataluña. Este protocolo implicó la efectiva separación del exilio en dos grupos por criterios de género y edad. Por un lado, los no combatientes, compuesto por mujeres —sin tomar en cuenta que algunas hubieran participado como milicianas o enfermeras de guerra en el frente—, personas heridas y enfermas, u hombres menores y mayores de la edad militar. Por otro, los combatientes, que tuvieron que dejar sus armas en la frontera. Esta categorización provocó no solo la separación de familias que tardarían semanas o meses en reunirse, sino también la articulación de medidas diferenciales para cada grupo en lo que refirió a su instalación.

Así, los y las primeras fueron distribuidas mayoritariamente en refugios en los departamentos del norte, la costa atlántica o el interior del Hexágono, como habían sido las personas instaladas desde 1936. Estos espacios podían ser desde colonias infantiles de verano, antiguas fábricas, lavaderos, escuelas, polideportivos abandonados, o edificaciones rápidamente levantadas con este propósito. La población combatiente, por su parte, fue recluida en los denominados campos de circunstancias o de concentración —llamados posteriormente de internamiento—, en el departamento de Pirineos Orientales: Rieucros, Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Le Barcarès, Rivesaltes, Le Vernet, Agde, Septfonds, Bram, Gurs. Campos similares o con peores condiciones de insalubridad y hacinamiento fueron puestos en marcha en el Norte de África, donde fueron instaladas los 15.000 indivi-



Frontière de Cerbère, février 1939. Photographie Manuel Moros. Fonds Jean Peneff. Collection Mémorial d'Argelès-sur-Mer.

Extraído de: <https://www.memorial-argeles.eu/fr/1939/1939-l-exode-janvier-fevrier-1939/documents/de-la-frontiere-au-camp-d-argeles-sur-mer.html>

duos de la última fase del exilio durante el curso de la guerra, en marzo de 1939 desde los puertos levantinos con dirección a Marsella —en una mínima parte—, Túnez y Argelia.

El objetivo de esta medida de instalación era múltiple: por un lado, sanitario para evitar la propagación de epidemias; por otro político y de seguridad al tener a la población —que previamente había sido clasificada e identificada en la frontera— controlada; así como económico, limitando al máximo los gastos de instalación hasta, al menos, la posible utilización económica de los y las internadas. Así, entre enero y marzo de 1939 se presupuestaron gastos suplementarios de hasta 344 millones de francos para la gestión del exilio republicano. Progresivamente, y a partir del desmantelamiento de los refugios de población civil, en estos campos —sobre todo los de Argelès-sur-Mer y Saint-Cyprien— se instalaron mujeres y menores o familias completas, y a medida que estos espacios fueron también vaciándose, se les otorgó un mayor grado de especialización: campos de castigo (Le Vernet para hombres, Rieucros para mujeres), repositorios de mano de obra (Septfonds y sobre todo a partir de 1940 Ri-

vesaltes), por nacionalidad (Gurs para brigadistas internacionales y para vascos, Adge para catalanes) o incluso creándose estructuras específicas por iniciativa humanitaria como la Materidad de Elne, para mujeres embarazadas y gestantes. Solo una minoría de personas fueron autorizadas a moverse libremente por el territorio o ser acogidas por individuos franceses o —sobre todo— miembros de la colonia española compuesta esencialmente de migrantes de primera postguerra mundial.

El 1 de abril de 1939, cuando el Ejército sublevado anunciaba la derrota republicana en el último parte de guerra, quedaban en Francia metropolitana y colonial 450.000 personas. De las más de 700.000 llegadas desde el inicio del conflicto, una parte había sido masivamente repatriada, sobre todo en los meses de febrero y marzo, cuando esta aparecía como la principal alternativa al internamiento. Sin embargo, a partir de entonces, y sobre todo con la preparación y movilización a una próxima guerra en Europa —finalmente declarada en septiembre de 1939— diversos horizontes se dibujaron para los y las exiliadas españolas.

### **¿Qué será de nosotros?**

#### **Experiencias individuales y colectivas**

Rodeábamos a los que tenían un periódico y escuchábamos la noticia una y otra vez; y en ese campo, acorralados como animales, hacíamos comentarios preguntándonos: “¿Qué será de nosotros?”

Remei Oliva, 2006

La dimensión colectiva del exilio republicano español es evidente en la cantidad de experiencias compartidas y el tejido de nuevos lazos de afecto y solidaridad entre sus integrantes, en un contexto de divisiones y fracturas políticas y familiares. Porque si la mayor parte de las experiencias del exilio fueron colectivas, los devenires de cada exiliado o exiliada dependieron de distintos factores como el género, la edad, los contactos, la capacidad laboral, pero también la creatividad y la inventiva o, por supuesto, la suerte.

La separación en la frontera y el internamiento diferenciado significaron la primera gran experiencia traumática común a una gran parte del exilio. Entonces, tanto para las autoridades francesas —deseosas de aligerar la carga económica— como para los organismos de asistencia y ayuda humanitaria o grupos políticos del exilio —conscientes de las malas condiciones del internamiento— y la propia población internada, el abandono de los refugios y campos de concentración se dibujaba como el horizonte más anhelado. Para ello, y como había sucedido hasta este momento, desde el Ministerio del Interior en colaboración con áreas del Ministerio de Trabajo, de Defensa y las prefecturas se diseñó un protocolo que recogía cinco principales vías de salida del internamiento.

En primer lugar, una de las opciones más alentadas fue la de la repatriación. A pesar de que desde el mes de mayo de 1939 se prohibieron las repatriaciones forzadas —desarrolladas de forma masiva en las primeras semanas del éxodo— múltiples testimonios denuncian las presiones a las que los y las internas fueron sometidas para volver a España, bajo el argumento de que aquellas personas sin delitos de sangre no tendrían que temer represalias. Sin embargo, la instauración en el mes de febrero de la Ley de Responsabilidades Políticas en la España franquista y sus

consecuencias rápidamente llegaron mediante las cartas enviadas por familiares —previa censura— o por la prensa e informaciones distribuidas por los grupos políticos en los campos. De entre las repatriaciones forzadas, destacaron sobre todo las aplicadas a grupos de mujeres y menores, muchas veces diciéndoles que eran trasladadas a refugios del interior del territorio francés, pero en realidad dirigidas hacia la frontera española y, posteriormente, a personalidades políticas republicanas o miembros de las Brigadas internacionales por mediación de la policía política y los servicios secretos franquistas. Ante estas medidas se desarrollaron acciones de resistencia colectivas que contribuyeron a crear sentimiento de comunidad y capacidad de agencia en los propios exiliados y exiliadas.

El abandono del territorio francés podía realizarse también mediante el embarque con destino a países latinoamericanos. La re-emigración fue sin duda la vía de salida más deseada por la gran parte del exilio, ante la esperanza de hallar mejores posibilidades de existencia. Estos embarques fueron organizados sobre todo tras las negociaciones diplomáticas y la disposición a recibir mano de obra española desde el gobierno mexicano de Lázaro Cárdenas, pero también otros países como la República Dominicana dirigida por Leónidas Trujillo. Sin embargo, se trataba de una emigración seleccionada, a partir de unos criterios profesionales —y para el caso dominicano también raciales— y organizada por las estructuras partidistas y sindicales republicanas, que a su vez velaban por los intereses de sus militantes. Esta selección para los barcos del exilio conllevó una profunda decepción para todas aquellas personas que no consiguieron el preciado pasaje y cuyo futuro en Europa —sobre todo desde 1942 cuando se interrumpieron los embarques a América— se aventuraba más aciago.

En tercer lugar, una vía privilegiada para salir del internamiento era la consecución de un trabajo remunerado y la inserción en el mercado de trabajo francés. Desde las primeras semanas, los y las exiliadas comenzaron a integrarse en la economía de proximidad a los espacios de internamiento para conseguir dinero con el que poder comprar pequeños artículos de urgencia —desde comida, leche para los menores, lana para tejer ropa de abrigo, hasta sellos con los que poder entrar en contacto con sus seres queridos mediante la correspondencia—, que compaginaban con las labores desarrolladas en el interior de estos espacios para mejorar su habitabilidad. A pesar de la inicial prohibición de ejercer empleos que entrasen en competencia con la mano de obra nacional, poco a poco las autoridades francesas articularon un entramado legislativo que contemplaba y alentaba la utilización económica de la fuerza de trabajo española. Además, se reguló la posibilidad de que los cabezas de familia que obtuvieran un empleo que les permitiese hacerse cargo del resto de grupo familiar, pudiesen recibir a sus familiares internados, multiplicando así las salidas. Bajo el principio de devolución y agradecimiento a la acogida y de merecer el derecho de asilo, la población de los campos y refugios fue empleada masivamente en los sectores agrícolas y forestales, la industria —sobre todo desde el mes de septiembre en la industria de guerra—, las obras públicas o los servicios a la persona (cuidados y servicio doméstico). Para las mujeres, especialmente este último sector junto con la agricultura y la industria —destacando la textil— representaba la principal alternativa al internamiento o la repatriación por si mismas, ya que tanto la posibilidad de un embarque a América como la reagrupación familiar las colocaba en una situación de dependencia y subordinación del jefe de familia. Por añadidura, las otras dos vías de salida del internamiento estaban reservadas para la población masculina.

Para los hombres en edad activa, se articuló una opción específica que combinaba el aporte a la Economía Nacional como trabajadores prestatarios con su utilización para las tareas de defensa y de preparación bélica. En abril de 1939, un decreto ponía en marcha las Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE), destinadas a la población masculina refugiada o sin nacionalidad de entre 20 y 48 años y organizadas en unidades de aproximadamente 250 hombres con oficiales franceses. La misión principal a desempeñar en las CTE eran obras de defensa nacional con diversos destinos sectoriales y geográficos: agricultura, fábricas de armamento o de aviación, obras públicas como la línea Maginot, ferrocarriles, aguas y montes etc. tanto en Francia como en las colonias del Norte de África. En su apogeo en marzo de 1940, se habían formado un total de 227 compañías con más de 55.000 trabajadores españoles, constituyendo el grupo nacional más numeroso. Con la firma del Armisticio con Alemania en junio de 1940 y la instauración en la mitad sudeste de Francia de un gobierno liderado por el Mariscal Pétain, estas Compañías dieron lugar a la fórmula de los Grupos de Trabajadores Extranjeros (GTE) para los extranjeros de entre 18 y 55 años. En agosto de 1943, se contabilizaron entre 31 y 37.000 españoles trabajadores prestatarios en estas estructuras, caracterizadas por un mayor grado de clasificación y control de la mano de obra. Uno de los trabajos más duros que desarrollaron los GTE fueron las obras del ferrocarril Transahariano a partir de 1941.

Finalmente, ante la movilización de guerra, el enrolamiento en unidades militares para extranjeros —no siendo admitidos los españoles en el Ejército regular francés— constituía la última de las vías de salida del internamiento. Aproximadamente seis mil voluntarios se alistaron en la Legión Extranjera o en los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros (RMVE).

Aunque parte del exilio, esencialmente el Partido Comunista, indicaron a su militancia que no se enrolara en la Legión, estas estructuras junto con las CTE y los GTE están en el origen de las primeras participaciones de españoles en la Segunda Guerra mundial y, tras el Armisticio y la Ocupación, en los movimientos de Resistencia. Así, los combatientes de la Legión extranjera y los RMVE intervinieron en Noruega, Londres o el Norte de África, y desde el verano de 1940 fueron engrosadas por trabajadores de los GTE o desertores de la Legión.

**¿Pelearíamos otra vez?  
Resistir, una opción**

Y se construyó un paseo en el campo de concentración... Aquel paseo fue bautizado Bulevar de la Libertad... Por entonces nos dedicábamos a una poderosa reflexión, por encima a unas cuantas de índole particular podía uno abocarse ¿Pelearíamos otra vez?

Luis Suárez, 1944

El escenario internacional a partir de septiembre de 1939 significó una nueva entrada en guerra para los y las exiliadas que se encontraban en Francia. Su implicación en la contienda europea estuvo facilitada por la participación en estructuras militares —CTE, Legión, RMVE— o en la industria bélica, además de por su compromiso antifascista, la experiencia bélica en España y la colaboración con el bando sublevado de los ejércitos alemán o italiano, y el deseo de una pronta caída del franquismo y retorno al país. De entre los múltiples destinos que el exilio deparaba para los y las exiliadas, la opción de “pelear otra vez” apareció con más luz que nunca en el horizonte.

## Bibliografía

BALIBREA ENRÍQUEZ, MP (ed.) (2017) *Líneas de fuga: hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2017.

DREYFUS-ARMAND, G., *L'exil des républicains espagnols en France: de la Guerre civile à la mort de Franco*, París: Albin Michel, 1999.

THER, P., *Extranjeros. Refugiados en Europa desde 1492*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022.

**EXILIO Y RESISTENCIA DE LOS Y LAS  
ESPAÑOLES/AS EN FRANCIA**

*Genevieve Dreyfus-Armand  
CERMI (Centro de Estudios e Investigaciones sobre las Migraciones Ibéricas)*



## EXILIO Y RESISTENCIA DE LOS Y LAS ESPAÑOLES/AS EN FRANCIA

*Genevieve Dreyfus-Armand*

*CERMI (Centro de Estudios e Investigaciones sobre las Migraciones Ibéricas)*

El éxodo masivo de principios de 1939 llevó a Francia a varios cientos de miles de republicanos españoles. A lo largo de la Segunda Guerra Mundial, estos vivieron una experiencia marcada por el trabajo, a menudo forzado, por el compromiso militar y por diversas formas de resistencia.

### Prestatarios, legionarios y trabajadores forzados

En los primeros meses de 1939, la derrota de los republicanos provocó el primer gran éxodo de población en Europa occidental en el siglo XX. Cerca de medio millón de refugiados, procedentes de todos los estratos sociales, buscaron refugio en Francia para salvar sus vidas y su libertad. El derecho de asilo les fue concedido con reticencia: predominaban la desconfianza y la improvisación.

Se aplican contra ellos las nuevas leyes represivas adoptadas en Francia contra los extranjeros «indeseables», en particular el decreto del 12 de noviembre de 1938 que prevé el internamiento de los refugiados en «centros especiales» llamados entonces «campos de concentración». Los hombres menores de 50 años fueron encerrados en campos construidos apresuradamente cerca de la frontera, especialmente en las playas del Languedoc-Roussillon, como en Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien o Barcarès. A mediados de febrero de 1939, unos 275.000 refugiados se hacían en estos campos en condiciones extremadamente precarias, lo que provocó una verdadera catástrofe humanitaria y rápidamente se abrieron otros campos en el suroeste del país. Las mujeres, los niños y los ancianos fueron dirigidos a centros de acogida rudimentarios en regiones alejadas de la frontera. Por su parte, los republicanos españoles que habían logrado abandonar la zona sureste al final de la Guerra Civil, en marzo de 1939, llegaron a Argelia, donde se encontraron con las mismas condiciones de acogida.

En los campos, la prioridad para estos hombres derrotados por una poderosa coalición, compuesta por parte del ejército y fuertemente apoyada por los países fascistas, era recuperar su libertad y su capacidad de acción. El regreso a España era extremadamente arriesgado y la emigración a otros países era compleja, por lo que la mayoría de los refugiados salieron de los campos gracias al trabajo que les ofrecían los agricultores de las regiones vecinas, las minas de carbón, las empresas de obras públicas o las fábricas de armamento y aeronáutica. Entre estos hombres se encontraban numerosos obreros cualificados muy solicitados por las industrias mecánica y aeronáutica.

Además de las contrataciones individuales, en los campos se practican contrataciones colectivas. El decreto del 12 de abril de 1939 obligaba a los hombres de entre 20 y 48 años a prestar servicios por un período igual al del servicio militar impuesto a los franceses. En los campos se crearon Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE), en las que los hombres fueron enmarcados para trabajar en la agricultura, en los trabajos forestales, en las minas o en la industria, así como en la organización defensiva de las fronteras. En abril de 1940, unos 55.000 españoles se incorporaron a las CTE y 100.000 se integraron en la economía de guerra. Los prestatarios hechos prisioneros durante la ofensiva alemana de la primavera de 1940 fueron detenidos en *stalags* junto con los soldados franceses, seleccionados por la Gestapo y deportados al campo de Mauthausen a principios de agosto de 1940<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Geneviève Dreyfus-Armand, «475 000 réfugiés en France. Mise au point sur les conditions d'accueil et de vie des réfugiés espagnols en France», *L'Histoire, número especial, colección n.º 103, abril de 2024*, pp. 50-51; «Republicanos españoles en la Segunda Guerra mundial», en *La Nueve. Republicanos españoles en la Segunda Guerra mundial*, Madrid, Cuadernos de historia militar, n.º 7, 2023.

En 1939, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, varios republicanos españoles desearon alistarse en una unidad regular del ejército francés, en particular antiguos aviadores del ejército republicano<sup>2</sup>, pero solo pudieron hacerlo en la Legión Extranjera, por cinco años, o en los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros (RMVE) por la duración de la guerra. En estos regimientos, los españoles participaron en la campaña de Francia en 1940, luchando valientemente, y los alistados en la Legión, enviados a Argelia, permanecieron en el frente durante toda la guerra mundial, desde Noruega hasta África, desde Oriente Próximo hasta Italia y Alemania. Unidades en las que los españoles constituyen una parte notable de los efectivos, como la 9.ª compañía, *La Nueve*, de la 2.ª división blindada del general Leclerc, la primera en entrar en París el 24 de agosto de 1944.

Durante la ocupación de Francia, desde junio de 1940 hasta el verano de 1944, algunos se alistaron en la Resistencia exterior; los que se quedaron en la metrópoli, así como los supervivientes de los RMVE y los CTE, fueron nuevamente internados en los campos del sur. El 27 de septiembre de 1940, el Gobierno de Vichy creó, como prolongación directa de los CTE, estructuras para los extranjeros de entre 18 y 55 años «excedentes en la economía nacional», los Groupements de travailleurs étrangers (GTE, Grupos de Trabajadores Extranjeros). Los españoles constituyeron la gran mayoría de los efectivos de los GTE y, considerados «rojos» por el nuevo régimen que había abolido las instituciones republicanas, siendo uno de los objetivos privilegiados de su política de exclusión.

<sup>2</sup> *Memoria del olvido. La contribución de los republicanos españoles a la Resistencia y a la liberación de Francia, 1939-1945*, París, FACEEF, 1996, p. 99.

<sup>3</sup> Odette Martínez-Maler y Sandrine Saule (coords.), *Théâtre et résistance des républicains espagnols exilés. Entre ombre et lumière, en France 1939-1945*, n.º 13-14 de la revista *Exils et migrations ibériques aux XXe et XXIe siècles*, Riveneuve, verano de 2022.

Los GTE, además de ser un medio de coacción, representaron también una fuente de mano de obra. Muy pronto, la política de utilización de los hombres incorporados se convirtió en predominante, tanto para el régimen de Vichy como para los alemanes: los GTE proporcionaban trabajadores para un país en el que faltan prisioneros —un millón ochocientos mil— y para el ocupante, que reclutó masivamente para apoyar su esfuerzo bélico en la propia Alemania o construir el «muro del Atlántico» en las costas francesas. Decenas de miles de españoles fueron reclutados para ir a trabajar a Alemania y a las obras de la Organización Todt en Francia. En un primer momento, la comisión Todt se tomó la molestia de suscitar compromisos voluntarios; pero, ante el fracaso del recurso al voluntariado, los alemanes efectuaron requisas entre los Grupos de Trabajadores Extranjeros, sobre todo a partir de 1943.

En 1941 se crearon unos doscientos GTE en la zona sur y se abrieron multitud de campos para acoger a estos trabajadores; los hombres de los GTE permanecían agrupados para trabajos de interés general, como la construcción de carreteras, presas hidroeléctricas o la tala de madera necesaria para los gasógenos. Esta concentración de hombres en las obras de los departamentos rurales boscosos o montañosos favoreció la constitución de los primeros maquis y la formación de grupos de guerrilleros.

En estos GTE, la resistencia se organizó pronto a través de una actividad cultural tolerada por las autoridades, que sirvió para iniciar la constitución de núcleos de resistencia política<sup>3</sup>. En Dordoña, Corrèze o Tarn-et-Garonne, los GTE

desarrollaron así una actividad pedagógica y cultural. En Manzat, en Puy-de-Dôme -Auvernia-, Julián Antonio Ramírez, antiguo compañero de Federico García Lorca en la compañía de teatro itinerante *La Barraca*, organizó giras del mismo tipo en la Francia en guerra a partir del 662° GTE. El 653° GTE, acuartelado en Égletons, en Corrèze, organizó giras artísticas en este departamento, pero también en Dordoña y Alto Viena, en beneficio de obras humanitarias reconocidas por el gobierno de Vichy. Los jefes de los GTE, ya vinculados a la Resistencia en proceso de estructuración, apoyaban y ayudaban a los trabajadores extranjeros. Pero las redadas antisemitas de agosto de 1942 desintegraron los equipos artísticos —en los que se mezclaban refugiados españoles, alemanes o austriacos antinazis, a menudo judíos— y pusieron fin a estas actividades culturales. Llegó el periodo de la clandestinidad y la lucha armada de la Resistencia para los republicanos españoles exiliados en Francia.

### Organización de redes clandestinas para cruzar los Pirineos

La montaña cruzada en 1939, se convierte en una zona estratégica durante la guerra mundial. Los servicios secretos aliados y, posteriormente, la Resistencia francesa propusieron a los exiliados que habían creado estructuras clandestinas de enlace con España —destinadas a ayudar a los antifranquistas del interior— que colaborasen con ellos; así, los refugiados españoles ayudaron, durante años a refugiados extranjeros, soldados aliados paracaidistas o resistentes a abandonar el territorio francés a través de los Pirineos para llegar a Portugal y Londres.

<sup>4</sup> Confederación Nacional del Trabajo, anarcosindicalista.

<sup>5</sup> Pilar Ponzán, *Lucha y muerte por la libertad, 1936-1945, Francisco Ponzán Vidal y la red de evasión Pat O'Leary, 1940-1944*, Barcelona, Tot editorial, 1996.

La red de evasión más antigua se debe a la iniciativa de un militante libertario de la CNT<sup>4</sup>, Francisco Ponzán Vidal —«François Vidal»—, cuyo grupo es el elemento clave de la red de «Pat O'Leary», nombre de guerra del oficial belga que la dirige.

Ponzán fue asesinado en agosto de 1944 en el bosque de Buzet-sur-Tarn, en vísperas de la liberación de Toulouse. La mención que le otorgaron las autoridades francesas, a título póstumo, en 1947, dice lo siguiente: «[Él] transportó personalmente a unos sesenta soldados y aviadores ingleses y estadounidenses, y garantizó sin incidentes su llegada a Barcelona.

De un valor extraordinario y una dedicación incansable, siempre mostró su solidaridad con la causa de los Aliados. Detenido, logró escapar. Recapturado en marzo de 1943, cayó bajo las balas enemigas el 17 de agosto de 1944<sup>5</sup>.

La propia hermana de Francisco Ponzán, Pilar Ponzán, maestra como él, era muy activa en la red; tras una denuncia, fue detenida junto a Francisco el 14 de octubre de 1942 en Toulouse e internada en los campos de Brens y Gurs, pero logró escapar. Es una de las cinco mujeres españolas reconocidas como combatientes de las Fuerzas Francesas Libres (FFL). Alfonsina Bueno Vela también se une a la red Ponzán, junto con su marido José Ester i Borrás, también militante anarcosindicalista, y su casa de Banyuls-sur-Mer funcionó como punto de apoyo para sus actividades. Ambos fueron detenidos, junto con Miguel y José Bueno, padre y hermano de Alfonsina. Los hombres fueron enviados a Mauthausen y Alfonsina al campo de mujeres de Ravensbrück; mientras que Miguel Bueno falleció durante el transporte.

Otras redes de evasión fueron organizadas por exiliados españoles: el «grupo Martín» de la red Vic, dirigido por el catalán Josep Rovira, que organizó y dirigió la 29.ª división, la del POUM<sup>6</sup>, en el frente de Aragón. El Gobierno vasco en el exilio puso sus servicios secretos a disposición de los Aliados; su jefe, Luis de Álava Sautu, fue detenido y ejecutado en Madrid el 6 de mayo de 1943. Esta actividad de resistencia quedó olvidada durante mucho tiempo, probablemente debido a su carácter necesariamente discreto y también, tal vez, al hecho de que estuvieran impulsadas principalmente por militantes anarquistas, *poumistas* o vascos, que no contaron con un fuerte relevo memorialístico después de la guerra.

### Integración en los movimientos de la Resistencia francesa

Las modalidades de participación en la Resistencia dependían en gran medida de las condiciones locales y muchos republicanos españoles se unieron a los movimientos franceses; este papel fue desconocido durante mucho tiempo fuera de las regiones en las que se comprometieron.

En la zona ocupada por los alemanes desde junio de 1940, los españoles se integraron en organizaciones francesas que también contaban con la colaboración de numerosos refugiados, como los Francs-Tireurs et Partisans de la Main-d'œuvre immigrée (FTP-MOI). Este fue el caso, en particular, de los militantes del Partido Comunista Español (PCE), que lograron reorganizarse en París con la ayuda del partido hermano francés. A partir del verano de 1941, las organizaciones comunistas emprendieron la guerrilla urbana. Los hermanos Miret i Musté, Josep y Conrado, desempeñan un papel importante en ella; el primero fue deportado a Mauthausen y el segundo muere bajo las torturas infligidas por la Gestapo. En estos pri-

<sup>6</sup> Partido Obrero de Unificación Marxista, comunistas antistalinistas.

meros compromisos con la Resistencia, el papel de los «veteranos de España», voluntarios de las Brigadas Internacionales, es predominante; es el caso de Lise Ricol, de origen español, y de su marido Artur London, ambos detenidos en agosto de 1942 por los nazis y deportados respectivamente a Ravensbrück y Mauthausen.

La Resistencia española en la zona ocupada quedó decapitada a finales de 1942, tras numerosas detenciones y deportaciones. Los supervivientes se integraron entonces en grupos armados de la MOI junto a voluntarios de otras nacionalidades. Entre ellos se encontraba Celestino Alfonso Matos, uno de los veintitrés resistentes extranjeros estigmatizados por un cartel alemán, el famoso *Cartel rojo*, colocado en las paredes de París por los nazis para acreditar la idea de que la Resistencia estaba compuesta por bandidos procedentes del extranjero. Estos resistentes fueron fusilados el 21 de febrero de 1944 y, ochenta años después, el 21 de febrero de 2024, todos ellos ingresaron en el Panteón, espacio que reconoce solemnemente el papel de personalidades eminentes.

Celestino Alfonso Matos llegó a Francia con sus padres a la edad de 11 años. Se convirtió en responsable de las Juventudes Comunistas de Ivry-sur-Seine, una ciudad cercana a París, y trabajaba como carpintero. En agosto de 1936, se alistó en las Brigadas Internacionales para defender la República y volvió a cruzar la frontera en 1939, tomando el camino del exilio. Internado en el campo de Argelès-sur-Mer, fue incorporado a una CTE. En 1943, se unió al grupo del resistente de origen armenio Missak Manouchian y participó, el 28 de septiembre de 1943, en la ejecución del general de las SS Julius Ritter, que supervisaba el Servicio de Trabajo Obligatorio (STO), que obligaba a los jóvenes a ir a trabajar dos años a Alemania. Celestino Afonso, detenido dos meses después, fue juzgado

junto con sus veintidós compañeros. La mañana de su ejecución, escribió a su familia una conmovedora carta que se conserva en el Museo de la Resistencia Nacional de Champigny-sur-Marne:

«Hoy, a las tres, me fusilarán. [...] No me arrepiento de mi pasado, si pudiera volver a vivir, volvería a ser el primero. [...] Me gustaría que mi hijo recibiera una buena educación».

En regiones tan diversas como Normandía, el Macizo Central, Borgoña, Jura, Franco Condado o los Alpes de Alta Provenza, los españoles se unieron a las redes francesas de la Resistencia, por motivos locales o políticos. En un departamento rural como el de Lot, situado al norte de Toulouse, varios cientos de refugiados españoles se incorporaron a cinco GTE. Uno de los primeros resistentes del departamento, Jean-Jacques Chapou, jefe departamental de los Movimientos Unidos de Resistencia (MUR), los integró en sus maquis y, preocupado por su suerte, creó tres grupos de maquis españoles en torno a Figeac: Liberté, République y Fraternité. Con experiencia en la lucha armada, algunos de ellos se convirtieron en instructores en los maquis franceses. Es el caso, por ejemplo, de Salvador Estrada Dilmer, teniente «Mosquito», antiguo capitán de artillería del ejército republicano español, experto en el manejo de armas automáticas y en técnicas de guerrilla, y especialista en explosivos. El 15 de agosto de 1944, murió en combate, acompañando a un comando estadounidense encargado de sabotear las líneas de comunicación entre Burdeos y Toulouse para bloquear los desplazamientos de las fuerzas armadas alemanas.

Las mujeres españolas desempeñaron un papel indispensable como agentes de enlace en la Resistencia, obteniendo documentos falsos, buscan-

do armas y transportándolas —a veces en cochecitos de bebé— y fabricando también dispositivos explosivos. Es el caso de Neus Català i Pallejà, miembro de un maquis FTP-MOI de Dordoña, detenida junto con su marido francés, Albert Roger, el 11 de noviembre de 1943. Deportados a un campo del Reich, solo Neus regresará de Ravensbrück y dedicará después de la guerra toda su energía a dar a conocer, a través de varias publicaciones, el papel de las mujeres españolas en la Resistencia; sacará del olvido la acción y la deportación de estas mujeres —*olvidadas entre los olvidados*—, y hoy una calle de París, en el distrito XX° de la capital francesa, lleva su nombre. Geneviève de Gaulle-Anthonioz, sobrina del general de Gaulle, escribe sobre ella:

«Neus Català, para mí, es Neige Roger. Me atrajo inmediatamente su rostro ardiente y enérgico. Y, sobre todo, era una republicana española comprometida con la Resistencia francesa. Por eso se mantuvo valiente y orgullosa<sup>7</sup>».

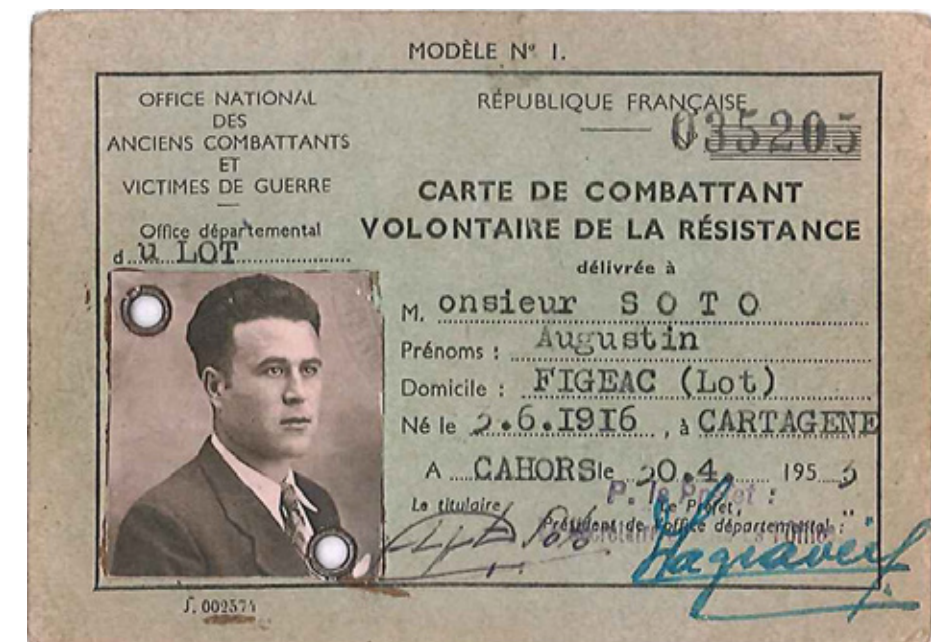
### Creación de un movimiento de Resistencia autónomo

En la zona sur, una represión despiadada golpeó en 1941 y 1942, al POUM, la CNT y el PCE, pero, sin embargo, en 1942 comenzó una nueva etapa de la Resistencia española, marcada por su unificación bajo la égida del PCE y por el desarrollo de los maquis y la lucha armada. En la primavera de 1942, el PCE constituyó, junto con veteranos del XIV Cuerpo de Guerrilleros del Ejército Republicano, una formación militar que llevaba el nombre de la unidad que protegió Madrid durante la Guerra Civil. Paralelamente, a finales de 1942, el PCE toma la iniciativa de constituir la Unión Nacional Española (UNE). La UNE pretendía ser una estructu-

<sup>7</sup> Neus Català, *Ces femmes espagnoles de la Résistance à la Déportation. Témoignages vivants de Barcelone à Ravensbrück*, prefacio de Geneviève de Gaulle-Anthonioz, París, Tirésias, 1994.



Tarjeta Deportada Resistente Mercedes Núñez.  
Colección privada



Agustín Soto Sánchez. Carte CVR.  
Colección privada

ra de unión en la que participaban militantes de otras corrientes políticas. De hecho, anarquistas, republicanos y socialistas participaron en la UNE a título individual, aunque el PCE siguió siendo el único sector organizado. La UNE, dirección política de los guerrilleros, se aseguró una preponderancia indiscutible en la estructuración política del exilio español durante la clandestinidad, aunque existieran formaciones españolas de resistencia al margen de ella, como los maquis españoles del Lot o el grupo anarquista de la presa de l'Aigle, en los límites de Cantal y Corrèze.

La guerrilla fue la forma de lucha elegida por la UNE debido a la experiencia militar adquirida en España, porque ofrecía un menor flanco a la represión y porque se trataba tanto de resistir al ocupante como de preparar tropas para la reconquista de España. El XIV Cuerpo de Guerrilleros Españoles funcionó como un movimiento armado autónomo, independiente de los demás movimientos de la Resistencia, aunque existieron estrechas relaciones entre ellos. Las unidades guerrilleras fueron especialmente activas en todo el suroeste, desde los Pirineos hasta Dordogne. La cifra aproximada plausible sería, a 6 de junio de 1944, unos 3.500 hombres para los nueve departamentos de la región R4 —alrededor de Toulouse— y, a finales de agosto de 1944, unos 10.000 hombres para toda Francia. Con los combates del verano de 1944, las estructuras paramilitares de la resistencia se volvieron decisivas y los españoles desempeñaron un papel importante en los combates librados para retrasar la retirada alemana. Participan activamente en la liberación de numerosos departamentos, entre ellos Ariège, Basses-Pyrénées, Gers, Gard, Tarn o Pyrénées-Orientales. Los españoles también estuvieron presentes en las grandes concentraciones de maquis del Vercors, Glières y el monte

Mouchet, así como en los frentes olvidados de Lorient, Royan, Le Verdon y Pointe de Grave.

Entre los numerosos hombres y mujeres resistentes españoles comprometidos con el XIV<sup>o</sup> cuerpo de guerrilleros, destaca Mercedes Núñez Targa, fugada de España, miembro de la 5.<sup>a</sup> brigada de guerrilleros del Aude, deportada a Ravensbrück y luego al comando Hasag, cerca de Leipzig. Fue liberada el 14 de abril de 1945, día en el que estaba inscrita para el «transporte» a la cámara de gas. Quien se hiciera llamar Paquita Colomer en la clandestinidad fue llamada a testificar, nada más regresar de la deportación, en el juicio contra el agente de la Gestapo que la torturó a ella y a otros resistentes, René Bach. Mencionemos también a José Antonio Alonso Alcalde. Originario de Asturias, creció en Cataluña y luchó durante toda la guerra en el ejército republicano. Tras la *Retirada* de 1939, fue internado en el campo de Septfonds, en Tarn-et-Garonne, y reclutado en una CTE. Durante la ocupación, entró en contacto con la Resistencia comunista y se unió a la 3.<sup>a</sup> brigada de guerrilleros en el Ariège, en el puerto de Py. Bajo el nombre de comandante Robert, se convirtió en jefe de Estado Mayor y reorganizó la resistencia. La liberación de Foix, el 19 de agosto de 1944, se lleva a cabo bajo su mando, únicamente con combatientes españoles. A partir del 20 de septiembre siguiente, las autoridades surgidas de la Liberación testificaron:

«El comandante Alonso José, conocido como Robert, antiguo jefe de Estado Mayor de la 3.<sup>a</sup> brigada española, 26.<sup>a</sup> división, tuvo una conducta brillante en la lucha común contra el invasor alemán, durante la liberación de los territorios franceses, en el marco de las FFI8. Él y sus hombres merecen todo nuestro reconocimiento».

<sup>8</sup> Fuerzas Francesas del Interior.

## Memorias de la Resistencia española en Francia y en España

En España, los republicanos eran los vencidos de los que había que borrar todo rastro, unos «rojos» cuya memoria debe ser erradicada. Al menos hasta mediados de los años sesenta, la única visión autorizada de la Guerra Civil es la de una «Cruzada española» contra el ateísmo. Luego, el franquismo hablaría de una «guerra de liberación». La historia de los vencidos de la guerra de España —y, en particular, la de los exiliados republicanos— quedaba así sepultada durante décadas bajo la propaganda franquista.

Tras el retorno de la democracia, la historia de la guerra y del exilio resurge solo de forma gradual. En la última década del siglo pasado, la sociedad civil tomó la iniciativa de levantar el velo de

silencio que cubría la represión franquista y el exilio: se crean numerosas asociaciones conmemorativas con el objetivo de rehabilitar a los exiliados y a los opositores víctimas de la dictadura. Tras la condena unánime por parte de los parlamentarios españoles en 2002 del levantamiento militar de 1936, en 2007 se aprobó una ley de Memoria Histórica que reconocía oficialmente a los republicanos perseguidos por el franquismo: la primera política pública de memoria en España. En octubre de 2022, la reciente Ley de Memoria Democrática refuerza los dispositivos existentes e instituye el 8 de mayo como día de homenaje a las víctimas del exilio, fecha en que se celebra en Francia la victoria de los Aliados sobre la Alemania nazi y el fin de la Segunda Guerra Mundial en el continente europeo. La elección de la fecha del 8 de mayo permite a España sumarse a las celebraciones europeas de la



Anney. Baltasar Lobo. *Monument aux républicains espagnols*.  
 Autora: Genevieve Dreyfus-Armand. Colección privada.

victoria de las democracias sobre el nazismo. Los resistentes españoles en Francia permiten a su país de origen establecer este vínculo.

Por parte francesa, entre 1944 y 1948, los gobiernos surgidos de la Resistencia mostraron una simpatía activa hacia los republicanos españoles exiliados; los nuevos gobernantes habían luchado codo con codo con los españoles en la resistencia. Incluso antes del final de la guerra mundial, el gobierno provisional concedió a los exiliados españoles el beneficio del estatuto internacional de refugiados, tal y como se establecía en la Convención de Ginebra del 28 de octubre de 1933. Los españoles estaban protegidos jurídicamente. Los responsables franceses multiplicaron las intervenciones ante la joven ONU, intentando arrastrar a sus antiguos aliados a una condena firme de la dictadura franquista. Pero no pudieron sino constatar la preocupación de los países anglosajones, pero también de la URSS, por no provocar trastornos en la Península Ibérica. Durante esos años de posguerra, Francia acogió a miles de españoles clandestinos, sobre todo familias de exiliados llegados en 1939.

Francia cerró la frontera con España durante dos años, desde marzo de 1946 hasta febrero de 1948 tras la ejecución en Madrid de once antifranquistas, antiguos resistentes, entre ellos Cristino García, organizador de los maquis españoles en Gard y Lozère. Pero el contexto internacional y la situación política en Francia se modificaban profundamente: a partir de 1947, la Guerra Fría dividió a los antiguos aliados y los cambios en la mayoría política marginaron a los resistentes. Tras la reapertura de la frontera, a mediados de febrero de 1948, se iniciaron las negociaciones comerciales entre París y Madrid.

En septiembre y octubre de 1950, el Gobierno francés prohibía las organizaciones comunistas españolas en el exilio, en particular la Amicale

des anciens FFI et résistants espagnols (Asociación de antiguos FFI y resistentes españoles), que perpetuaba la memoria de gran parte de la lucha armada llevada a cabo en Francia por los españoles durante la ocupación. Al mes siguiente, la ONU anulaba su resolución del 12 de diciembre de 1946 que condenaba al nuevo poder español, lo que dejaba a los países miembros libres para restablecer las relaciones diplomáticas con España. Las relaciones diplomáticas oficiales entre Francia y España se restablecieron en enero de 1951.

Así, apenas cinco años después del final de la Segunda Guerra Mundial, el reestablecimiento de relaciones normales entre ambos países no podía sino marginar a los republicanos españoles. Marginados en España, son olvidados en Francia, sobre todo porque las memorias dominantes de la posguerra minimizaron el papel de los extranjeros en la Resistencia. La instauración de la Vª República marcó un sensible estrechamiento entre ambos países, ya que la guerra de independencia argelina aumentó las posibilidades de presión de Franco sobre el Gobierno francés y los republicanos españoles fueron objeto de auténticas negociaciones: la dictadura franquista podía exigir el silenciamiento de los exiliados en Francia a cambio de la vigilancia en la Península de los activistas partidarios de la Argelia francesa.

Durante décadas, la memoria de la Resistencia española se redujo a iniciativas privadas. Las políticas públicas de memoria se reanudaron en la década de 1990, pero se desarrollaron sobre todo a principios del siglo XXI: en agosto de 2004, una ceremonia organizada por el alcalde de París rindió homenaje a los combatientes de La Nueve. Diversas autoridades regionales rindieron homenajes públicos a los republicanos españoles: en 2004 y 2005 en Toulouse y Burdeos, en 2009 en Montpellier y Argelès-sur-Mer.

En 2014, setenta años después de la liberación de París, el presidente de la República reconoció oficialmente, el 25 de agosto, el papel de La Nueve y de los republicanos españoles en la liberación de París y de Francia. En el marco de la 26.ª Cumbre Franco-Española, celebrada en Montauban el 15 de marzo de 2021, el actual presidente de la República evocó «a esos combatientes por la libertad que huyeron de España para refugiarse en Francia y que, a menudo, dieron su vida por defender a la propia Francia<sup>9</sup>».

El análisis elaborado en 1945 por un periodista español exiliado sigue siendo tan acertado como entonces:

«Los españoles que se encontraban en Francia cuando las tropas de Hitler la invadieron no eran solo soldados de un ejército regular que, hasta el último momento, habían luchado por la defensa de su patria. Tampoco eran emigrantes normales, integrados en la vida económica del país que los había acogido. Y menos aún eran aventureros dispuestos a mezclarse alegremente en todo lo que supusiera riesgos y aventuras... Sabían que su guerra había sido solo el primer acto de la catástrofe que el fascismo iba a hacer inevitable. Para ellos, la lucha no había terminado<sup>10</sup>».

<sup>9</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=GnuHIZmUSdQ> (consultado el 15 de febrero de 2023).

<sup>10</sup> Corpus Barga, « Caractère de l'intervention espagnole dans la Résistance française », *France-Espagne*, 5 de octubre de 1945, p. 3.

## **MUJERES ESPAÑOLAS EN LA RESISTENCIA**

*Marina Hurtado Morán  
Investigadora independiente y profesora de  
español en el "Lycée Liberté" de Romainville*



## LAS RESISTENTES ESPAÑOLAS EN LAS FUENTES

### El caso del Servicio Histórico de la Defensa francés

*Marina Hurtado Morán*

*Investigadora independiente y profesora de español en el “Lycée Liberté” de Romainville*

La participación de los españoles en los maquis del sur de Francia o la participación de la Nueve en la Liberación de París son hoy hechos conocidos de los historiadores e historiadoras y han sido integrados progresivamente a la memoria colectiva francesa y la española alrededor de la Resistencia. Sin embargo, sus homólogas femeninas, aquellas mujeres españolas que también resistieron frente al régimen de Vichy y a la ocupación alemana, han sido durante mucho tiempo dejadas de lado por la historiografía.

Desde hace una decena de años, algunos trabajos empiezan a añadir una perspectiva de género a sus estudios, y es en esta continuidad en la que me gustaría integrar esta reflexión acerca de las fuentes y del análisis de la participación de las mujeres españolas en la Resistencia en Francia. Si la historia de la Resistencia ha estado mucho tiempo dominada por una visión masculinizada, militarizada y nacionalista, esto va de la mano con las fuentes de la época y con la manera en la que se han podido estudiar.

Imagen: *Alfonsina y su marido en Toulouse en 1942.*

Archivo Personal Familia Alfonsina Bueno (Helenne Lussan).

Como en otros casos que conciernen a la participación femenina en fenómenos históricos, en particular referentes a acontecimientos bélicos, la primera dificultad es la escasez de las fuentes disponibles. En el caso de la fuente principal utilizada hasta ahora en el estudio de las mujeres españolas en la Resistencia, la subserie 16P de la serie Segunda Guerra mundial (GR), hay que tener en cuenta varias problemáticas que hacen necesario, además, un análisis crítico sobre los límites de esta fuente. Accesible al público desde 2005 en el Servicio Histórico de la Defensa (SHD) en su sede del Château de Vincennes, a las afueras de París, componen la sub-serie 16P alrededor de 600.000 dossiers individuales de solicitud de homologación de la actividad resistente de hombres y mujeres en el marco de las diferentes familias o categorías de resistencia que definieron las autoridades francesas en posguerra, esto es: las Fuerzas francesas libres (FFL), las Fuerzas francesas del interior (FFI), las Fuerzas francesas combatientes (FFC), los Deportados e internados resistentes (DIR) o la Resistencia interior francesa (RIF). Más de 440.000 de estas solicitudes se resolvieron positivamente, permitiendo a sus titulares acceder a un reconocimiento militar y oficial, y facilitándoles la solicitud de otro documento: el carnet de Combatiente Voluntario de la Resistencia (CVR).

Además, cabe destacar que la homologación fue también la vía más rápida, y la primera que se menciona en las fuentes oficiales, para adquirir el estatuto de combatiente voluntario de la Resistencia (CVR), equivalente administrativo del reconocimiento honorífico. De hecho, entre 1946 y 1949, fue un paso necesario para todos aquellos que deseaban ser obtener la tarjeta de combatiente voluntario de la Resistencia, más conocida como «CVR» o «tarjeta verde», por su color, cuya expedición conllevaba ventajas materiales y autorizaba el uso de

una condecoración. Sin embargo, modificaciones posteriores del estatuto CVR hicieron que la homologación no fuera la única vía de acceso, en beneficio de los titulares del título DIR y, a partir de 1949, y de forma excepcional, a quienes pudieron aportar dos testimonios de personas “notoriamente conocidas” por su actividad en la resistencia contra el enemigo pertenecientes a las FFC, FFI o la RIF, que confirmasen la contribución a la lucha resistente, al menos durante tres meses, del/de la voluntario/a.

Es más, esta última vía tuvo especial relevancia tras la clausura en marzo 1951 de la vía ordinaria para solicitar el carnet CVR. Y si bien la presión ejercida por el Partido Comunista Francés y diferentes asociaciones de resistentes dio como resultado la aprobación entre 1952 y 1957 de seis leyes que ampliaban los plazos de concesión del CVR, el Ministerio de Defensa no cedió y dejó de expedir los certificados de pertenencia a la RIF y a las FFI en la fecha prevista inicialmente, decisión que se revela como una primera explicación de la ausencia de muchos y muchas resistentes en los archivos del Bureau Résistance<sup>1</sup>.

Los dossiers de la GR 16P, de contenido variable, conciernen a personas de múltiples nacionalidades, entre los cuales encontramos 6.760 nacidas en España, de las que menos de un 3%, 187, han sido identificadas como mujeres. Sin embargo, la naturaleza de esta fuente nos obliga a aceptar rápidamente que no se trata de una lista exhaustiva de todas las mujeres españolas que participaron en la Resistencia. Por ello, creo necesario explorar las diferentes razones que crean especificidades comunes entre estas mujeres con el objetivo de explicar la ausencia de otro gran número de mujeres resistentes. Mujeres que, en ocasiones, es posible identificar en otras fuentes, mientras que de otras nunca encontraremos su traza. Con ese fin

<sup>1</sup> Creado en 1948, el origen del Bureau Résistance se remonta a la adscripción directa al Ministerio de Defensa de los servicios liquidadores de las FFI, FFC, FFL en febrero de 1946.

abordaré en primer lugar los límites de esta fuente de archivo, que no están necesariamente ligados a una problemática de género. Después, haré lo propio con las dificultades específicas del compromiso femenino español. Para terminar, avanzaré algunas posibilidades para superar estos límites.

### I. Límites sin vínculo con el género de los resistentes

Los primeros límites que se pueden observar en esta fuente no tienen un vínculo con el género de los y las resistentes españoles, pero explican la ausencia de numerosos hombres y mujeres simplemente por las fechas del plazo de las solicitudes (hasta 1951) y la ilegalización en septiembre de 1950 del Partido Comunista de España (PCE) y de organizaciones afines, entre las cuales se encuentra la Amical de Guerrilleros Españoles en Francia.

#### *Clandestinidad*

A pesar de la derrota de las potencias del Eje en la Segunda guerra mundial, en España el régimen franquista sigue en pie. Tras una primera desilusión ligada a la supervivencia del franquismo tras el segundo conflicto mundial, algunos antiguos resistentes continuaron combatiéndolo desde territorio francés. Este fue el caso de cientos de militantes del PCE que ayudaron a los comunistas del interior (español) proporcionándoles documentación falsa, creando y operando diferentes redes para poder cruzar los Pirineos o publicando *Mundo Obrero*. Y es que, inmediatamente después de la guerra, los comunistas españoles gozaron en Francia de una buena imagen por su implicación en la Resistencia. Ello les permitió tener un rol importante en la política francesa de posguerra. Sin embargo, en un contexto marcado por conflictos no resueltos, el aumento de la tensión internacional y la consolidación de la guerra fría, quedaron señalados, teniendo que afrontar, a partir de sep-

tiembre de 1950, la ilegalización del Partido y de las organizaciones afines. La militancia volvía a la clandestinidad, también en territorio francés.

No obstante, cabe preguntarse si la ilegalización del PCE en Francia, antes de la fecha de clausura de las solicitudes de homologación, pudo influir en la retracción de algunos/as militantes a presentar sus solicitudes por miedo a la represión. Más aún, ¿la clandestinidad -hábitat natural de muchos y muchas comunistas desde la Guerra Civil española- puede explicar la desconfianza de algunos/as frente a un eventual reconocimiento oficial? Es el caso de Celada, militante del PCE en Francia, que escribe a Santiago - probablemente Carrillo, encargado en ese momento de la reorganización del Partido, el 13 de noviembre de 1947:

Santiago:

Ayer olvidé a última hora plantearte dos cosas a las que te agradecería me contestaras, si es posible, antes de que te marches. [...]

La segunda se trata de una reciente disposición del gobierno francés acordando una determinada cantidad (creo que son unos 14.000 francos por año de cautiverio) a todos los que han sido detenidos por actos de resistencia. [...] Yo quería primero si debo o no hacer estas gestiones y si tú crees que puedo hacerlas me lo indicas lo más pronto posible pues hay un plazo muy limitado para hacerlo.

El hecho de que haya esa disposición no quiere decir, a mi juicio, que sea una cosa infalible la de cobrar; de todas maneras, espero me darás tu opinión sobre el particular<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Carta de Celada a Santiago Carrillo de noviembre de 1947, Jacq. 918, Archivos del Partido Comunista de España, Madrid.

Estas dudas y situaciones específicas en el caso de los comunistas españoles, pueden explicar la ausencia de algunos militantes en los documentos oficiales, sobre todo en el caso de los que no eran ya conocidos de los servicios de policía, y que decidieron no presentar sus solicitudes de homologación antes de 1951.

### Plazo limitado

Aunque a estas decisiones conscientes, debemos añadir las de aquellas personas que por razones diversas no presentaron sus solicitudes antes de 1951. Sirva para ilustrar su caso, las que presenta Pujadas-Carola, antiguo jefe de la 19ª brigada de los Guerrilleros Españoles de Lozère en un artículo del *Boletín de información interior* de la Amical de los Guerrilleros Españoles en Francia de julio de 1978:

“En el curso de una encuesta, hemos podido constatar que un gran número no posee ningún documento oficial que acredite su estatuto de combatiente [...]. Podríamos imaginar que ha habido una negligencia por su parte. Si para algunos es el caso, para la mayoría de ellos no lo es exactamente.

Cuando uno es joven, no da importancia a los títulos honoríficos, pero no es lo mismo al ganar en edad. Hoy estarían colmados si Francia les reconociera el estatuto de ex combatientes al mismo nivel que sus camaradas de combate franceses, y se les atribuyera, por lo menos, el Carnet de combatiente que merecen”<sup>3</sup>.

Este fragmento muestra, una vez más, la importancia de los plazos establecidos por la administración francesa para presentar las solicitudes de homologación. No en vano, la vigencia del periodo de solicitud, recordemos, finalizado en 1951, nos interroga a su vez sobre la suerte de todas esas personas de las que habla Pujadas-Carola, las cuales están necesariamente ausentes de los archivos del SHD. Circunstancia a la que cabe añadir que la ilegalización del PCE en 1950 vino acompañada de la ilegalización de la Amical de los Guerrilleros Españoles en Francia, elemento que dificultó también las solicitudes de muchos excombatientes españoles, tal y como apuntaba Luis Bermejo, presidente de la Amical, en 1979:

“Las consecuencias para el conjunto de los antiguos guerrilleros españoles fueron catastróficas:

Privados de su Amical, con los archivos confiscados o destruidos para escapar de la represión, nuestros guerrilleros no pudieron establecer las pruebas necesarias para la obtención de su Certificado de Pertenencia a las FFI. No pudimos, tampoco, presentar el orden de batalla general de nuestras unidades combatientes: la fecha límite llegaba también para la obtención del Carnet de CVR”<sup>4</sup>.

En consecuencia, estos elementos suponen un primer freno para establecer un corpus exhaustivo de resistentes españoles/as en Francia a partir únicamente de los archivos del SHD ya que, tal y como hemos visto, en ocasiones, estos/as fueron penalizados/as por pertenecer a grupos y/o asociaciones ilegales; mientras que en otras lo fue-

<sup>3</sup> Juan Pujadas Carola, “Pourquoi ne reconnait-on pas nos titres d'anciens combattants ?”, Bulletin d'information intérieur de l'Amicale des Anciens Guerrilleros Espagnols en France F.F.I., julio de 1978, Toulouse.

<sup>4</sup> Luis Bermejo, presidente de la Amical, “Lettre memorandum adressée au ministre de la Défense”, del 19 de enero de 1979, Bulletin d'information intérieur de l'Amicale des Anciens Guerrilleros Espagnols en France F.F.I., abril de 1979, Toulouse.

ron, simplemente, por un plazo administrativo reducido. Ello nos obliga a continuar la búsqueda de resistentes españoles/as en otras fuentes tales como el mencionado carnet de CVR, cuya fecha límite de depósito de solicitudes de atribución fue prorrogada hasta en seis ocasiones entre 1952 y 1957 dando así más tiempo a los y las resistentes a completar sus instancias que el ofrecido por el Bureau Résistance para las homologaciones FFI y RIF, recordemos, finalizado en 1951.

## II. Dificultades específicas para las mujeres

No obstante, dado que este trabajo pretende ofrecer una visión de conjunto del compromiso de las mujeres españolas en la Resistencia, además de reflexionar sobre los límites de la participación de hombres y mujeres en ella, debemos interesarnos por las dificultades específicas que encontraron las mujeres a la hora de presentar sus solicitudes de homologación.

### Modalidades de compromiso diferentes

La historiografía insiste, y los archivos lo confirman, el compromiso femenino en la Resistencia tiene unas modalidades específicas que se explican por: el contexto social de la época, la imagen social de la mujer, y su papel dentro de la esfera privada.

La primera función en la Resistencia que destaca entre las 104 mujeres estudiadas hasta el momento es la de enlace o *agent de liaison*. Esta actividad consistía, tanto para los hombres como para las mujeres, en establecer comunicaciones entre los grupos de la Resistencia, a menudo transportando información, mensajes y/o armas.

Sesenta y cinco mujeres, es decir un 62.5% de la muestra seleccionada declaran haber sido enlaces. Entre ellas, 44 dicen haber compaginado esta actividad con al menos una segunda función (resistencia desde sus casas, propaganda, buzón, enfermería, organización...).

La imagen estereotipada que atribuye la sociedad a las mujeres y que las puede hacer pasar más desapercibidas suele ser uno de los argumentos más utilizados para explicar la utilización de mujeres en la Resistencia como enlaces. Aunque lo cierto es que también puede servir para comprender técnicas concretas como la de fingir ser pareja para acompañar a un resistente con el objetivo de que este, acompañado, levante menos sospecha que en circulación individual. Buen ejemplo de ello lo encontramos en las memorias de Mercedes Núñez: “Aquella mañana, pues, emprendemos el peligroso trayecto [hasta la estación]. Cogidos del brazo, como dos enamorados, nos miramos a los ojos cuando pasa alguien. Eso es muy eficaz para disimular el rostro de Antonio”<sup>5</sup>.

Por su parte, la segunda función que se puede destacar es la de la “resistencia desde casa”, la cual concierne a 38 de las 104 mujeres estudiadas, y se traduce en tareas relacionadas con la acogida y cuidados de resistentes, las cuales subrayan a su vez el rol predominante de las mujeres de la época dentro de la esfera privada. De hecho, estas prácticas resistentes alejan a las mujeres estudiadas de la toma de las armas sin perjuicio de que sus acciones fuesen de igual manera fundamentales para el desarrollo de diferentes organizaciones y estructuras clandestinas. Circunstancia que, ante la naturaleza eminentemente militar de los archivos del SHD, así como de su

<sup>5</sup> Mercedes Núñez Targa, *Destinada al crematorio. De Argelès a Ravensbrück: las vivencias de una resistente republicana española*, Editorial Renacimiento, 2011, p. 39.

misión de conservar y documentar la actividad militar, influye también en la ausencia de algunas mujeres en los archivos de este. Y si bien algunas modalidades de resistencia aislada son reconocidas, como la acogida de resistentes, necesitan testimonios que las confirmen. Además, el hecho de deber enviar las solicitudes a un ministerio militar para mujeres que nunca habían tomado las armas nos debe llevar a cuestionarnos sobre la propia percepción de las mujeres hacia sus acciones en la Resistencia.

### *Dificultades para reconocerse como resistentes*

Historiadoras de la resistencia femenina en Francia como Claire Andrieu o Catherine Lacour-Astol destacan que muchas mujeres no pidieron ser reconocidas como resistentes tras la guerra, y evocan una posible cultura femenina que se preocupa poco por la reivindicación de los servicios prestados por las resistentes. Por ejemplo, Lacour-Astol comprueba que en una de las organizaciones que estudia, Bordeaux-Loupiac, en el norte de Francia, solo la mitad de las mujeres solicitan el estatuto de CVR.

En los archivos del SHD también podemos encontrar trazas de esta ausencia de solicitudes. No en vano, en 1980, la hija de Herminia Ferrer Perich escribe al Ministerio de Defensa francés con el objetivo de obtener información sobre el compromiso resistente de su madre. Sin embargo, el *Bureau Résistance* le respondió indicándoles que no existía ninguna solicitud a su nombre. Podemos imaginar, sin embargo, que si la hija de esta mujer escribe al ministerio es porque tiene conocimiento —ya sea por su madre, ya sea por terceras personas— de su participación en la Resistencia.

Sabemos también por los testimonios de Neus Català, que su madre habría acogido en su casa a resistentes, pero Tiphaine Catalan confirma que nunca solicitó un reconocimiento de su estatuto como resistente.

En el caso de esta modalidad de Resistencia desde sus casas, aunque las mujeres corrían el mismo riesgo que cualquier hombre “en armas”, las mujeres resistían sin que hubiera una ruptura total con su vida cotidiana dado que seguían en su esfera privada. De modo que, esta continuidad podría haber influido también en que, independientemente de su actividad, algunas mujeres no tomaran consciencia de su participación en la Resistencia.

### *Entonces, ¿quiénes son las mujeres de estos archivos?*

Por estas y otras razones, podemos deducir que las 187 mujeres que aparecen en los archivos del SHD no son sino una pequeña parte de todas las mujeres españolas que participaron en la Resistencia, y tenemos que rendirnos a la evidencia, tal y como apunta Laurent Douzou, al buscar a las resistentes en los archivos oficiales... “intentar contarlas es inútil y vano”<sup>6</sup>. Sin embargo, estamos obligados a trabajar, también, en estos archivos, a interrogarlos y a analizar el porqué de las ausencias, o de que estas 187 mujeres, entre todas las resistentes españolas, decidieron completar sus respectivas solicitudes de homologación frente al Ministerio de Defensa francés.

Por ejemplo, 32 de las 104 mujeres estudiadas hasta ahora fueron homologadas como Deportadas e Internadas de la Resistencia (DIR), es decir que sufrieron de primera mano la represión. Este título de DIR permitía continuar los trámites para



Conchita Grangé



Marina Vega



Braulia Canovas



Neus Catala



Constanza Martínez



Elisa Garrido



Concepción Davín



Alfonsina Bueno



Pilar Ponzán

<sup>6</sup> Laurent Douzou, « La construction de la catégorie de genre dans les Résistances antifascistes sur le pourtour méditerranéen », en Laurent Douzou, Mercedes Yusta (dir.), *La Résistance à l'épreuve du genre. Hommes et femmes dans la Résistance antifasciste en Europe de Sud (1936-1949)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2018, p. 26.

beneficiar de diferentes derechos (acceso médico, invalidez, pensión) para estas mujeres, y podría haber sido una razón de peso que empujase a algunas mujeres a solicitar la homologación.

También podemos ver, por ejemplo, que hay cinco dosieres que parecen haber sido realizados en el mismo momento, y todas las atestaciones son firmadas por el comandante Oscoz, antiguo jefe de la 227a Brigada de Guerrilleros Españoles. Podemos imaginar por parte de las mujeres una posible solicitud en grupo o una movilización de los antiguos combatientes de los Guerrilleros por reconocer los servicios de sus compañeros y de sus compañeras.

Además, el número consecuente, aunque incompleto, de mujeres presentes en estos archivos permite empezar a establecer una base de datos para tratar las informaciones obtenidas en los dosieres tanto de forma cualitativa como cuantitativa. Así, gracias a los modelos uniformizados del ministerio, nos aseguramos que ciertas informaciones aparecen casi de manera sistemática, con mayor o menor detalle. Entre estas informaciones destacan datos personales como: el origen geográfico de las mujeres, las fechas de nacimiento, la profesión o el lugar de residencia en la fecha de la solicitud, que pueden utilizarse para empezar a hacer una prosopografía, es decir un retrato colectivo de este grupo de mujeres resistentes. También hay informaciones sobre su militancia, como sus redes, sus responsables o sus acciones dentro de la Resistencia, aunque en este caso los detalles varían más de un dossier a otro.

Tal es la importancia de estos datos que, gracias a su estudio, podemos ver, por ejemplo, que 50 de las 104 mujeres estudiadas hasta ahora provienen de regiones fronterizas (20 de Cataluña, 15 de Aragón, 12 del País Vasco y 3 de Navarra), hecho que podría explicarse por la facilidad para cruzar la frontera, ya sea con el objetivo de migrar o de

exiliarse, pero también vemos que casi todas las regiones están representadas en mayor o menor medida, con la excepción de las Islas Canarias. Estas informaciones personales serán interesantes a la hora de comparar las obtenidas en otros archivos para identificar más fácilmente a las mujeres, establecer trayectorias de vida o incluso profundizar en el estudio de su militancia. Sobre todo, en el caso de aquellas que militaban antes de la Segunda Guerra mundial, y siguieron haciéndolo tras el final del conflicto, ya fuera en organizaciones políticas o en asociaciones memoriales.

De la misma manera, los datos que hacen referencia a su compromiso resistente permiten comprender mejor las modalidades específicas de las mujeres españolas que, si bien tras un estudio preliminar, son similares a las desarrolladas por sus camaradas francesas, no están exentas de tener influencias propias de las organizaciones que las enmarcan, y/o de una cultura política y/o militante particular nacida al calor de la Guerra civil española. Por ello creo necesario el estudio y comparación de la totalidad de los dosieres identificados con el triple objetivo de analizar en detalle los rasgos comunes que presentan sus prácticas resistentes, comparar y completar los resultados con los obtenidos del estudio de otras fuentes para, finalmente, superar los límites que apuntaba al inicio de este texto para con nuestra fuente principal: los expedientes personales del SHD.

### III. ¿Cómo superar estos límites para hablar de las mujeres en la Resistencia?

Sin duda será necesario ahondar en el estudio de más archivos oficiales, pero también en fondos privados que nos permitan identificar a muchas de las mujeres que nunca pidieron ser reconocidas. Aunque, sobre todo, creo que resulta obligado buscar respuestas en testimonios, obras de carácter biográfico y en los fondos que conservan diferentes asociaciones memoriales.

#### *Otros archivos que consultar*

Los primeros archivos que habría que consultar con detalle serían las solicitudes de CVR, mencionadas en numerosas ocasiones en este trabajo, ya que las fechas límites fueron ampliadas varias veces y pudieron llegar a más resistentes en diferentes momentos de sus vidas. Sin embargo, estos archivos son gestionados mayoritariamente por los departamentos (*Archives départementales*) y cubrir la integralidad del territorio francés en busca de las mujeres españolas es un trabajo monstruoso, a la par que fundamental para poder analizar de manera más precisa tanto la participación en la Resistencia como lo que motiva a las mujeres a solicitar un reconocimiento oficial.

Por su parte, un buen ejemplo de los fondos asociativos lo encontramos en los boletines de la Amical de los Guerrilleros Españoles, los cuales aportan, además de testimonios, listas nominativas que contienen una preciada información a la hora de continuar con la identificación y estudio de nuevas mujeres resistentes gracias a la comparación de dichas listas con otras fuentes. No obstante, cabe subrayar antes de terminar que, otros archivos han podido desaparecer por culpa de la entrada en clandestinidad de las organizaciones vinculadas al PCE a partir de 1950. Circunstancia que dificulta particularmente nuestra tarea de identificación, aunque bien es cierto que quedan archivos interesantes a consultar como los de la Escuela de Guerrilleros en los Archivos del PCE.

#### *Testimonios*

Por último, creo necesario apoyar nuestras investigaciones en algunos de los testimonios que nos han llegado hasta hoy tales como las memorias de Nieves Castro, de Mercedes Núñez y de Pilar Ponzán. Mención especial merece aquí la obra de Neus Català: *De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*. Y es que, pese a las dificultades propias de este tipo de fuentes,

especialmente cuando se trata de testimonios recogidos años después de los eventos vividos, su estudio nos permite: una comparación constante de información y el estudio de las percepciones de muchas de estas mujeres resistentes, ausente en otras fuentes, así como el hecho de poder ampliar las nuestras problemáticas y puntos de vista.

Es cierto, las mujeres que participaron en la Resistencia han ido desapareciendo, de modo que encontrar nuevos testimonios de primera mano resulta casi imposible. Por eso, conviene acercarse a las diferentes asociaciones memoriales sobre la Resistencia y sobre el exilio español en Francia. Y es que la búsqueda de descendientes de estas mujeres resistentes debería permitirnos analizar críticamente el proceso de transmisión de la(s) memoria(s) de estas mujeres, así como la necesidad, o no, de un reconocimiento oficial para todas ellas.

\* \* \*

En conclusión, toda investigación histórica debe analizar los límites de sus fuentes para implementar un análisis crítico que reflexione también sobre los modos para superarlos. Este trabajo ha querido demostrar, poniendo el foco en los archivos del SHD, las limitaciones que una historiadora ha encontrado a la hora de entender y explicar la participación femenina española en la Resistencia en Francia durante la Segunda Guerra mundial. Limitaciones que están íntimamente ligadas tanto a la naturaleza de los archivos estudiados, como a la del objeto de estudio analizado. Sin embargo, el estudio comparado de las españolas resistentes identificadas en los archivos con el de otras fuentes y estudios más amplios sobre la(s) resistencia(s), femenina(s) y masculina(s), en la Europa de entreguerras podría disipar algunas sombras sobre la participación de las mujeres españolas en la Resistencia en Francia, y contribuir a un análisis más amplio que relacione las cuestiones de género en la Resistencia con la clandestinidad y su concurso en las organizaciones antifascistas.

## Bibliografía

ANDRIEU, C, "Les Résistantes, perspectives de recherche", *Le Mouvement Social*, nº 180, 1997, p. 69-96.

DOUZOU, L., YUSTA, M.(DIR.), *La Résistance à l'épreuve du genre. Hommes et femmes dans la Résistance antifasciste en Europe du Sud (1936-1949)*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2018.

LACOUR-ASTOL,C., *Le genre de la Résistance. La résistance féminine dans le Nord de la France*, París: Presses de Sciences Po, 2015.

CATALÀ, N., DE GAULLE, A.G., *Ces femmes espagnoles: de la Résistance à la déportation: témoignages vivants de Barcelone à Ravensbrück*, París: Éd. Tirésias, 1994.

NÚÑEZ TARGA, M., *Destinada al crematorio. De Argelès a Ravensbrück: las vivencias de una resistente republicana española*, Madrid: Renacimiento, 2011.

## 2. EXILIO, RESISTENCIA Y DEPORTACIÓN

# LA DEPORTACIÓN ESPAÑOLA A LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y DE EXTERMINIO NAZIS

*Gutmaro Gómez Bravo  
Universidad Complutense de Madrid*

## LA DEPORTACIÓN ESPAÑOLA A LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y DE EXTERMINIO NAZIS

*Gutmaro Gómez Bravo*

*Universidad Complutense de Madrid*



Los españoles fueron parte de los seis millones de desplazados que produjo la ocupación alemana de Francia, de los cuales un millón y medio fueron enviados a campos del Tercer Reich. Desde el verano de 1940, los trenes cargados de esclavos para el sistema concentracionario nazi se fueron llenando de catalanes, vascos, andaluces, aragoneses, madrileños, manchegos, gallegos etc. gentes de todos los rincones peninsulares que habían cruzado la frontera francesa como consecuencia de la contienda civil que asolaba España desde el verano de 1936. La mayoría habían trabajado en la construcción de las fortificaciones y defensas francesas y eran muy apreciados como obreros especialistas.

A lo largo de toda la guerra al menos 7.251 españoles fueron internados en Mauthausen, más del 70% del total que cayeron dentro de la red de campos alemana, motivo por el que el campo austriaco fue conocido como “el campo de los españoles”. La mayoría ingresaron entre los años 1941 y 1942. A partir de entonces siguieron llegando españoles, pero en menor medida, la mayoría acusados de participar en las actividades políticas contrarias a la ocupación alemana y al régimen colaboracionista de Vichy. Fueron enviados a los principales campos de la red: Sachsenhausen, Neuengamme, Buchenwald o Dachau, con múltiples traslados entre los subcampos. A ellos llegaron también las mujeres españolas, principalmente a Ravensbrück, de donde fueron trasladadas, la mayoría como trabajadoras, a distintos subcampos de la red. Y, desde la primavera de 1942, también empezaron a ser trasladados los judíos con nacionalidad española detenidos en Francia al tristemente célebre campo de Auschwitz. En el primer convoy y en el último de los 77 que salieron a lo largo de casi tres años hubo siempre españoles. A ellos se sumaron sefarditas detenidos en el norte de Europa y, la inmensa mayoría, tras la ocupación de Grecia que fueron deportados al campo de Bergen Belsen, “un campo especial” cerca de Hannover, al que fueron deportados antes los procedentes de Salónica que los de Atenas.

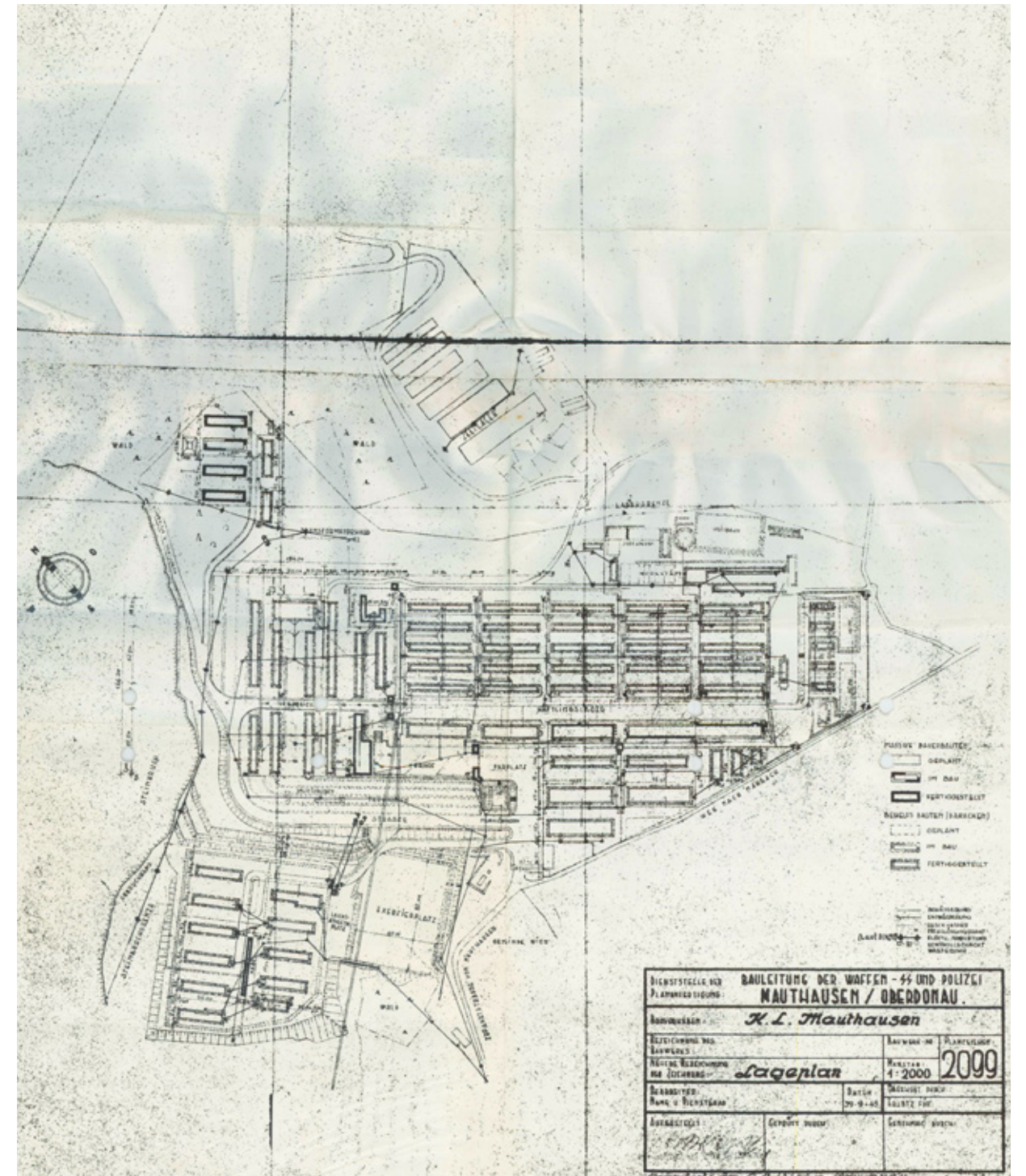
Imagen: *Liberación de Mauthausen, 7 de mayo de 1945.*  
 Autor: Cpl Donald R. Ornitz, US Army. United States.  
 Holocaust Memorial Museum, courtesy of National Archives  
 and Records Administration, College Park (111-C 206395).

La decisión de trasladarlos a los campos de concentración no correspondió a la España franquista, deseosa de saldar sus deudas con la Alemania nazi, ni fue un empeño personal de Serrano Suñer, idea que empezó a circular en los años cincuenta en los círculos del exilio. Su traslado formó parte de la puesta en marcha del Holocausto en el caso de los sefarditas españoles y del programa de utilización de prisioneros de guerra de los territorios ocupados dirigido por la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) desde octubre de 1939. Este organismo fue el encargado de coordinar su clasificación y conversión en presos políticos a través de la aplicación de las medidas de “custodia protectora”, un instrumento represivo potenciado ya desde el ascenso nazi al poder en 1933 que fue usado para la separación de la comunidad “de los elementos dañinos al pueblo y a la raza”, y que resultó decisivo en la creación de la primera red de campos de concentración con “asociales, opositores políticos y judíos”. Esta medida fue utilizada por primera vez en prisioneros de guerra contra los alemanes que habían combatido con las Brigadas Internacionales en la guerra civil española. Tras los checos y los polacos, se amplió el círculo a los españoles capturados tras la derrota del Ejército francés en el que habían sido movilizados, justo en un momento en que la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial como aliado de Alemania parecía inminente. Como todos los que les habían precedido y los que vendrían después, los prisioneros españoles habían dejado de existir legalmente, una formalidad que mostraba el paso previo para su destrucción definitiva.

Los años más duros y de mayor mortalidad en los campos para los españoles coincidirían con el comienzo de su internamiento y el giro económico dado a la gestión de los campos. La explicación habría que buscarla en la lógica con la que los nazis entendieron y gestionaron, más que los campos en sí mismos, el trabajo forzado dentro

de ellos. El trabajo, especialmente durante los primeros años, formaba parte de un espectáculo diario donde el castigo y la humillación eran más importantes que la propia producción. Los españoles trabajaron en la construcción de los recintos principales y subsidiarios de la red del KL entre los que destacaba Mauthausen y su red de subcampos, con Gusen como ejemplo más destacado por ser un recinto más temible y mortífero incluso que el campo matriz del que dependía. Baste decir que, a finales de su primer año de existencia, 1522 presos, polacos casi en su totalidad, perdieron la vida, un número de víctimas que superaba con creces el de los habitantes de cualquiera de los pueblos circundantes. La red también incorporó para sus propósitos edificios como el castillo de Hartheim, utilizado como “centro de experimentación” durante la llamada “Operación Eutanasia” (Aktion T4), e incorporado a la lógica exterminadora de los campos por medio de la Aktion 14f13 (“Eugenesia de Inválidos”).

El destino del resto de españoles que fueron deportados desde Francia pasó por otros campos como Dachau, Buchenwald o Auschwitz, aunque muchos otros destinos siguen siendo desconocidos dada la cantidad y variedad de traslados que sufrieron. Una dificultad añadida a su dispersión fue la llegada de un tipo distinto de trabajadores “libres” que enviaba España a la economía de guerra alemana fruto de los acuerdos reservados de cooperación mutua entre ambos países. De ahí la importancia de trabajar con fuentes primarias de archivo y no con estimaciones o informaciones parciales. Según los registros de fallecidos certificados por la Oficina Nacional de Antiguos Combatientes y Víctimas de Guerra francesa, la cifra de españoles muertos en los campos asciende a 4.735, casi en su totalidad en Mauthausen-Gusen. Un balance muy trágico, ya que antes de terminar 1944 habían muerto casi el 60% de los que habían ingresado en aquel complejo tan solo dos o tres años antes.



Plano del campo de Mauthausen (mapa técnico, 1943).

United States Holocaust Memorial Museum, courtesy of National Archives and Records Administration, College Park.

Dachau fue el campo de pruebas del Derecho Penal Nacional-socialista, que, sobre la distinción entre el “enemigo peligroso” y el “extraño a la comunidad”, estableció un nuevo tipo de campo de concentración en tiempo de “paz”. Aquellos miles de españoles que huían de la guerra civil y del régimen franquista iban a ser engullidos por un sistema represivo muy perfeccionado y distinto al que había en España o el resto de Europa: “un aparato de detención permanente y paralelo que escapaba a la jurisdicción ordinaria propia del desdoblamiento de poderes en el policrático sistema de gobierno nazi”. Un recorrido por la Europa dominada por el Tercer Reich y la inserción brutal de los españoles en su macabra red del terror. Un viaje que comenzó con la derrota de la II República en la guerra civil, que se prolongó con el rechazo francés y su debacle en la Segunda Guerra Mundial, y que acabaría con la desaparición de más de la mitad de los españoles que fueron deportados hacia el corazón de Europa a fin de ser explotados hasta la muerte o, como en el caso de los sefarditas, directamente exterminados.

### I. Clasificación y Trabajo

Para los nazis, la guerra estaba destinada a llevar a cabo la reorganización étnica sobre el modelo de jerarquía nórdica de la SS. En ello jugaron un papel decisivo la Oficina Central de Seguridad o RSHA y el RKFDV, Oficina del Reich para la Germanización, por sus siglas en alemán. Desde octubre de 1939, ambas controlaron los movimientos y desplazamientos de población, incluidos los prisioneros de guerra. Para ello fue fundamental la política de colaboración española y francesa con la alemana en materia de “orden público”. La pérdida de la condición de prisioneros de guerra de los españoles y su traspaso a un campo de concentración debe comprenderse dentro de la evolución y extensión del área del III Reich así como el papel que los campos jugaron en la denominada “política de seguridad alemana”. Ya iniciada la II Guerra Mundial, este

proceso se generalizó siguiendo este doble criterio de clasificación por nacionalidad y antecedentes políticos. El 27 de septiembre de 1940 concluyó la división y ocupación administrativa de Francia y Países Bajos. Dos días antes, se decidió que a los prisioneros catalogados como *rotspanier* se les aplicase también la custodia protectora. Se trataba de un colectivo amplio y complejo que, esencialmente, comprendía a todo aquel que hubiese combatido al régimen alemán durante la guerra civil española. La atribución del triángulo azul con el que fueron distinguidos los españoles en su llegada a Mauthausen, que precedió a la orden de aplicación de custodia protectora en casi dos meses, no respondía a su condición de apátridas, pues siempre fue reconocida su nacionalidad tal y como recogían los tratados de deportación entre Madrid, Berlín y Vichy, sino a la doble condición de los españoles en tanto que combatientes que, primero en el Ejército Popular de la República española, y después movilizados como parte del ejército francés, habían luchado contra el III Reich.

La orden de traslado de los españoles a los campos era conocida en España desde agosto de 1940, cuando fue enviada al Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid. Sin embargo, su conocimiento siempre ha sido parcial y ha quedado fuera de este contexto de extensión de la custodia protectora por toda la Europa ocupada. Una responsabilidad que pasa por comprender todo el aparato administrativo y policial alemán que engullía, literalmente, a todos los prisioneros y detenidos, en colaboración también con las autoridades de la Francia de Vichy. Allí, de hecho, sí que ejercieron presión sus homólogos franquistas para forzar las entregas y repatriaciones en la frontera francesa, pero no para interferir en la deportación a los campos alemanes.

El trabajo fue el elemento central de castigo y disciplina, en una evolución marcada por las necesidades económicas y bélicas del Tercer Reich



Autor anónimo. *International Tracing Service Archive. Chart of Prisoner Markings, 1.1.5.0/82066189/ITS Digital Archive, Arolsen Archives.*

en guerra. En Mauthausen, por ejemplo, primero se endurecieron los métodos de extracción de la cantera y después se elevó la jornada laboral de los presos hasta las once horas diarias. La corrección de elementos, bajo el marco de la eficiencia y la presión productiva de la industria alemana, mantuvo en pie un sistema alimentado con un constante e inagotable sacrificio de vidas humanas. Las modificaciones introducidas, sobre todo a partir de 1942, forzaron un cambio en la estructura jerárquica de los campos que dio paso al ascenso de otros grupos de prisioneros con mayor cualificación técnica. Los españoles que habían superado el mortífero primer año y medio desde su llegada, periodo en el que perecieron la mayoría, acabaron adaptándose e introduciéndose en la jerarquía interna de los campos, ocupando destinos en oficinas que fueron fundamentales, para los propios juicios por crímenes de guerra; para la elaboración de listas de fallecidos; y para el propio conocimiento de esta historia ocultada durante décadas por el franquismo.

La evolución final de los campos hasta su completo colapso afectó de lleno también a los españoles y permite entender la integración tardía de las mujeres españolas en la sombría red del terror alemana. Particular atención tienen los años 1944 y 1945. El giro económico y la creciente implicación de la mano de obra esclava en los esfuerzos de guerra alemanes condujeron a los recintos a alcanzar cifras de reclusos absolutamente inusitadas. La descomposición interna sufrida por el Reich como consecuencia de los envites aliados, por su parte, empujaría a las autoridades germanas a improvisar una política de evacuaciones cuyas consecuencias eran previsibles en el traslado masivo de prisioneros. El hacinamiento, la falta de alimento y la desesperación por evitar la pérdida de control de los reclusos ante la inminente derrota, sumergió a estos espacios en un nuevo nivel de depravación en el que se sentaron las bases para acelerar el

exterminio masivo de los más débiles y “peligrosos”, una coyuntura aterradoramente dispararía las tasas de mortalidad de algunos de los recintos más duros de la red, a su máximo histórico.

Cerrada esta etapa, aún quedaba un largo camino para aquellos que lograron sobrevivir. La dictadura franquista, que conocía desde el principio su situación y tuvo constancia de la muerte de todos y cada uno de ellos, pues fue notificada por las autoridades francesas en 1952, aplicó siempre la misma política hacia ellos: silencio administrativo. Silencio que se instaló por miedo y posteriormente por inercia, ante la enorme dificultad de acceder a fondos que permitieran reconstruir esta historia. El último de los supervivientes españoles del campo de Mauthausen, Juan Romero, murió en octubre de 2020 con 101 años.

## II. La deportación sefardita

La deportación a los campos nazis incluyó las dos grandes comunidades de judíos españoles: la francesa, entre París, Niza, Lyon y Marsella, fundamentalmente y la griega, sobre todo en Salónica, pero también en Atenas. Los casos que se encuentran documentados contaban con la nacionalidad española en regla, como consta en los registros alemanes y franceses. Del resto, los antiguos protegidos o los que tenían la nacionalidad pendiente de aprobación tras la guerra civil, no ha quedado rastro alguno. La mayor parte procedían de los Balcanes o del antiguo Imperio Otomano y habían adquirido la nacionalidad española en sucesivos decretos desde 1924 hasta 1942. En Francia, con independencia de la zona en la que se encontraran, al igual que los deportados a los campos, su condición era la de “extranjeros”, pero, sobre todo, y esto fue letal en la mayoría de los que no tenían la nacionalidad francesa, eran “Judíos”. Cayeron, como tantos otros refugiados de las sucesivas crisis de los años treinta y los del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en un

triple internamiento a pesar de estar bajo suelo francés: los españoles en los Stalag o prisiones militares alemanas, los sefarditas o judíos con nacionalidad española, y aquellos españoles que habían perdido la protección o no la tenían en regla, considerados, por tanto, “apátridas”. A medida que se fueron extendiendo e implementando todas estas medidas en Francia, la situación de estos tres colectivos, fundamentalmente civiles, empeoró drásticamente. La situación en Grecia fue distinta a la francesa, pero en todo similar a lo que estaban sufriendo en los judíos en el resto de Europa. Tras la ocupación alemana en 1943, los concentraron en guetos y deportaron en distintos convoyes de trenes con destino a Bergen Belsen, pero también, directamente a Auschwitz.

La participación española en esta cuestión se ha estudiado sobre todo en relación con la política exterior franquista y la repatriación de los judíos sefarditas, pero hasta el momento no se había analizado la deportación de los judíos españoles a los campos. Su itinerario generalizado pasa por tres campos: Bergen Belsen, un “campo especial” a las afueras de Hannover, donde fueron deportados los sefarditas de Salónica y de Atenas, junto con los de Bélgica y Holanda. Drancy, el campo de tránsito en París que centralizó la deportación de los judíos de Francia, enviados, mayoritariamente, al tercero y más mortífero de los destinos: Auschwitz. Desde el primero hasta el último convoy, siguiendo los registros alemanes y franceses, hubo siempre sefarditas con nacionalidad española.

Solo una pequeña minoría tenía pasaporte y nacionalidad española. El gobierno franquista nunca intervino en favor de sefardíes que no fueran españoles. El criterio no fue racial sino, estrictamente político: tener o no la nacionalidad española. El conocido decreto de Primo de Rivera, de 20 de diciembre de 1924, no extendía la nacionalidad a todos los sefardíes, sino tan

solo al pequeño grupo de antiguos protegidos que mantenían una fuerte presencia comercial y financiera en distintas zonas de Europa. Al término de la Primera Guerra Mundial, muchos de ellos tuvieron que desplazarse, pero con el estallido de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial, su situación cambió drásticamente, ya que se vieron sometidos a las leyes raciales y a la persecución generalizada con el resto de los judíos. La “actitud pasiva” y la constante dilación en la respuesta española llevó a los alemanes, finalmente, a deportar a los campos a los sefarditas españoles.

La acción diplomática española quedaría limitada a casos concretos: el Cónsul General en París, Bertrand Rolland, Sebastián Romero Radigales, representante de España en Atenas, Ángel Sanz Briz, cónsul en Budapest y Jose Waltraut Santaella, agregado de agricultura en la embajada española en Berlín. En 1988 fueron reconocidos como “justos entre los pueblos” por el Estado de Israel. Gracias a ellos, España habría salvado de la deportación a 3.800 judíos. 800 sefarditas españoles fueron repatriados de Francia y de Grecia, a los que habría que añadir 2.795 judíos húngaros que recibieron cartas de protección colectivas. Aun así, no se puede olvidar que fue España quien limitó el porcentaje de judíos que protegió, llegando incluso a restringir los criterios de nacionalidad a lo largo del proceso. Tan solo en Francia, se deportaron a 7.000 sefardíes de diferentes nacionalidades a distintos campos de concentración. En Grecia la deportación fue masiva y absoluta. La totalidad de la comunidad judía de Salónica, cercana a 47.000 personas, fue destruida.

En cuanto a las cifras tampoco hay acuerdo. Las mayores diferencias se encuentran en la distinción entre “repatriación” y “protección diplomática”. Otro tanto ocurre con el número de personas que habrían cruzado los Pirineos “en tránsito” (con destinos a terceros países) que

podría ascender a 35000 personas. Cifra que, según los análisis de las listas de los Ministerio del Ejército y de Exteriores, de organizaciones humanitarias como los cuáqueros, de las embajadas norteamericana y británica, así como de los distintos archivos locales de los Pirineos, nunca habrían superado las 15.000.

Consignas de pasividad, limitación de beneficiarios de la nacionalidad y medidas dilatorias en las repatriaciones, fueron los rasgos de esa política oficial. Los protegidos, los salvados del exterminio, debían su existencia a los diplomáticos ya señalados que, individualmente, intercedieron por ellos. Pero, sobre todo, salvaron la vida gracias a la evolución de la guerra. En la medida que se veía cerca la victoria aliada, el gobierno español fue accediendo a la repatriación de judíos con nacionalidad española, visibilizada a través de una operación de asilo en Hungría y, sobre todo, de tránsito, siendo más flexible, a partir de 1943, respecto al paso clandestino de judíos que huían del nazismo por los Pirineos en tránsito hacia Palestina y otros terceros países.

La diplomacia española conocía, al menos desde mediados de 1942, que los judíos eran objeto de deportaciones masivas y, desde julio de 1943, que eran asesinados en masa. Solo a finales de 1945 se autorizó la publicación en España de la existencia de campos como Buchenwald, Bergen-Belsen, y Auschwitz.

### III. Postguerra

La derrota del Eje forzó a rehacer el relato sobre la participación de España en el conflicto mundial. Toda la política anterior que había propiciado la deportación española fue borrada y camuflada durante los años cruciales para la dictadura franquista entre el aislamiento exterior y la apertura de la Guerra Fría. Este cambio fue esencial para la conformación del imagina-

rio tradicional en torno al papel de Franco y los campos de concentración. Solo un ejemplo. Antes de terminar la Segunda Guerra Mundial, la película Raza fue cambiada para promover la leyenda oficial de España como país amigo y protector de los judíos. Visión reforzada en un libro, editado por la Oficina de Información Diplomática en 1949, con el título de España y los judíos, en el que quedó fijado el canon oficial sobre la ayuda de Franco a los judíos desde entonces.

En cualquier caso, la “cuestión judía” vis a vis de la política exterior española pilotada por Serrano Suñer, colaborador activo de los nazis, tuvo entre 1939 y 1942 su etapa más dura. Sin embargo, más allá de esta primera etapa, la tónica dominante fue la continuidad de esta política. De hecho, el análisis de la documentación diplomática a lo largo de los cinco años de guerra deja claro que la España de Franco solo aceptó ayudar en el extranjero a aquellos españoles “afines al Movimiento”. De este modo, el llamado “ultimátum alemán” para repatriar ciudadanos de los países neutrales, habría sido, en realidad, “una oportunidad desaprovechada”, porque España no quiso aceptarlos sino repatriarlos a sus países de origen, como Turquía o los Balcanes, llegando a iniciar los trámites con la Cruz Roja Internacional. El análisis de la documentación alemana del mismo período, por su parte, permite afirmar que las dilaciones fueron tales que, si no hubiera sido porque los alemanes concedieron varias prorrogas al plazo de repatriación, la casi totalidad de judíos de nacionalidad española hubieran ido a parar a los campos de exterminio. Sobrevuela, en definitiva, para todo este periodo, la certeza de que el español, como el resto del cuerpo diplomático, no solo conocía, sino que tenía datos concretos sobre los campos de concentración. Ya es hora, en definitiva, que la deportación española mire esta cuestión desde un objeto distinto: la red de campos de concentración alemanes y su compleja evolución a partir de la Segunda Guerra Mundial.

### IV. Final

Un apunte para terminar. En la liberación de los campos por los aliados fueron detenidos varios españoles acusados de colaborar con los nazis. El juicio a los cinco “Kapos españoles”, detenidos como empleados de confianza de las SS, tuvo lugar del 9 al 21 de julio de 1947. Fueron acusados de golpear, torturar, y causar la muerte de miles de personas. La defensa alegó que eran víctimas del sistema concentracionario nazi y que no podrían haber sobrevivido de otra forma. La acusación reconoció que ninguno de los juzgados eran delincuentes ni criminales antes de la guerra, pero que fue allí donde adquirieron esa condición fatal contra sus propios compañeros. Todos fueron considerados

criminales de guerra con independencia de su nacionalidad o las de sus víctimas entre los que se encontraban miles de sus propios compatriotas. Los españoles que habían sobrevivido al infierno compartían otra condición: no podían pedir amparo al gobierno español. El regreso a sus lugares de origen era imposible, pues les esperaba un nuevo encierro y una situación más que incierta en España. Su caso, poco conocido todavía en nuestro país, sentó jurisprudencia en Estados Unidos y todavía es citado como precedente en la aplicación de la doctrina de la Justicia Universal. A pesar de lo que habían sufrido y del nuevo orden surgido tras el fin de la II Guerra Mundial, no recibieron el estatus de refugiado internacional hasta 1951.

### Bibliografía

ALIJA-FERNÁNDEZ, A., “Justice for No-Land's Men? The United States Military Trials against Spanish Kapos in Mauthausen and Universal Jurisdiction”, en Heller, KJ y Simpson, G. (eds), *The hidden histories of war crimes trials*, Oxford: Clarendon Press, 2013, pp 103-121.

GÓMEZ BRAVO, G. Y MARTÍNEZ LÓPEZ, D., *Esclavos del Tercer Reich*. Madrid: Cátedra, 2022.

—*Deportados y olvidados. Los españoles en los campos de concentración nazis*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2024.

MORADIELLOS, E., LÓPEZ RODRÍGUEZ, S. Y RINA SIMÓN, C., *El Holocausto y la España de Franco*, Madrid: Turner, 2022.

ROTHER, B., *Franco y el Holocausto*, Madrid: Marcial Pons, 2004.

WACHSMANN, N., KL. *Historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.

**ESPAÑÓLES EN EL BRITISH ARMY. 1939-1946**

*Séan F Scullion  
Independent researcher*

## ESPAÑOLES EN EL BRITISH ARMY. 1939-1946

*Séan F Scullion*

*Independent researcher*

Para la mayoría de españoles que sirvieron en el Ejército de Tierra británico (*British Army*) durante la segunda guerra mundial, así como para aquellos que sirvieron en diferentes ejércitos extranjeros durante este conflicto, su historia está íntimamente unida a la del exilio español de comienzos de 1939. Llegados a territorio francés en la fase final de la guerra civil española junto a los restos del derrotado Ejército Republicano, fueron encerrados en campos en el suroeste francés. En estos recintos, miles de españoles se incorporaron a las filas de la Legión extranjera francesa, las compañías de trabajadores extranjeros (CTE) y/o los Regimientos de marcha de Voluntarios extranjeros (RMVE) eludiendo así el encierro y evitando un regreso no deseado a España. Tras la invasión alemana y el armisticio de junio de 1940, una parte de ellos fueron desmovilizados e internados de nuevo, mientras que la mayoría de quienes fueron enviados a servir junto a sus unidades en el norte de África o en Oriente Medio, o bien continuaron sirviendo en la Legión Extranjera o bien fueron internados primero y reasignados a diferentes Grupos de trabajadores extranjeros (GTE) más tarde. Sin embargo, la derrota francesa de 1940 fue también el momento en el que se produjo la primera oleada de alistamientos voluntarios españoles al ejército británico. Una especial relación anglo-española que dio comienzo en Francia, y que duraría hasta el final de la guerra. Es más, para ahondar en los orígenes de la *No. 1 Spanish Company*, una formación perteneciente al *Auxiliary Military Pioneer Corps* (Cuerpo Auxiliar de Zapadores Militares), debemos recurrir a las historias personales de los miembros de la 13ª semi brigada de montaña de la Legión extranjera francesa (*13<sup>e</sup> Demi-Brigade de Montagne de la Légion Étrangère, 13<sup>e</sup> DBMLE*) y de la 185ª CTE que apoyó a la Fuerza Expedicionaria Británica en Francia en 1940.



Imagen: *Miembros de la No.1 Spanish Company en un grupo mientras trabajan en Charfield con la 14ª Compañía de Trabajos Forestales Neozelandesa.*

Colección José García collection.

Formada en el verano de 1940, esta compañía fue la única unidad compuesta íntegramente por soldados españoles que serviría en el ejército británico durante toda la guerra. La mayoría de estos españoles procederían de unidades de la Legión Extranjera francesa que habían luchado en Noruega y Francia entre abril y junio de 1940. No obstante, también había quienes llegaron a sus filas tras haber escapado de España, normalmente vía Gibraltar. Y quienes, procedentes de la 185ª CTE alcanzaron territorio británico desde St. Nazaire en junio de 1940.

Durante el transcurso de la guerra, la compañía pasó la mayor parte de su tiempo en las islas británicas, desembarcó en Normandía en la segunda mitad de 1944, y terminó el conflicto en el sector de las Ardenas (Bélgica) antes de regresar a Inglaterra y disolverse a principios de 1946. Sus miembros, además de acumular una serie de experiencias de vida y lucha conectadas con la Guerra Civil española, su huida a y de Francia o su participación en la campaña 1939-1940, bien fuese en las filas de la Legión Extranjera francesa, o la de las CTE; sirvieron en la *No. 1 Spanish Company* sirvieron con distinción. Y más de 100 fueron formados como comandos por el *Special Operations Executive* (SOE), llegando a participar en diferentes operaciones en la parte final del segundo conflicto mundial. La mayoría de ellos se establecieron en el Reino Unido después de 1946.

Desde que la *No. 1 Spanish Company* fuera conformada en el otoño de 1940, parte de sus soldados fueron incorporados a los programas de formación del SOE antes mencionados. A lo largo de un período de casi tres años, más de 120 españoles recibieron formación tipo comando. Aunque muchos no superaron todos los cursos, varios de ellos permanecieron en alerta, listos para desplegarse en operaciones en diferentes

territorios que incluían la península ibérica. Los SCONCES, nombre en clave que recibieron los españoles, hubieron de superar en estos años muchos desafíos. Sin embargo, solo unos pocos desempeñaron un rol activo en operaciones en 1944, pues la mayoría de ellos regresó a la *No. 1 Spanish Company* sin haber sido desplegados.

De Gran Bretaña y la Europa continental nuestra atención queda ahora fijada en otro escenario: Oriente Medio, el lugar en el que sirvieron los españoles que fueron encuadrados en los *Middle East Commandos* (Comandos del Oriente Medio), con base en Egipto. En total hemos podido documentar a sesenta y tres comandos españoles que, antes de integrarse en las fuerzas británicas, sirvieron en diferentes unidades legionarias francesas en Oriente Medio. Ya como comandos británicos lucharon en el Mediterráneo oriental y en la batalla de Creta en 1941 formando parte de la *Layforce*, la fuerza de comando británica comandada por el coronel Bob Laycock. Y si bien muchos fueron apresados, los que no fueron hechos prisioneros continuaron luchando en el ejército británico hasta el final de la guerra, algunos como miembros del *Special Air Service* (Servicio Aéreo Especial).

El norte de África francés (los actuales Marruecos, Argelia y Túnez) fue el teatro de operaciones en el que un mayor número de españoles se unió voluntariamente al ejército británico, principalmente al Pioneer Corps (Cuerpo de Zapadores), después de la Operación Antorcha a finales de 1942. La mayoría de estos hombres habían sido encerrados en diferentes campos de internamiento franceses por toda la región tras haber recalado en ella en la fase final de la Guerra Civil en la primavera de 1939. Aunque hubo quienes, tras servir en la Legión extranjera francesa o en los RMVE por la duración de



Miembros de SCONCE 4 posan para una foto en Thame House (STS 42). Las siguientes personas están confirmadas en la foto son: De pie de izquierda a derecha: segundo el sargento Manuel Espallargas, cuarto Miguel Bon, octavo el cabo Augusto Pérez Miranda, noveno el cabo Antonio Grande, décimo Esteban Molina y duodécimo el cabo Francisco Balagué.

Colección Augusto Pérez Miranda.



Españoles descansando debajo el Gran Esfinge durante una visita a los Pirámides de Giza.

Colección Manuel Surera.

Un grupo de españoles de la 361ª Compañía en los Midlands al terminarse la guerra.

Colección Eduardo Tamarit.



Miembros del 2º SAS que participaron en la Operación TOMBOLA. La foto se tomó en Inglaterra en octubre de 1945. Rafael Ramos está en la segunda fila tercero de la derecha y Francisco Gerónimo en la tercera fila tercera de la izquierda.

Colección Francisco Gerónimo.



la guerra, fueron de nuevo internados en campos tras la firma del Armisticio, trasladados al norte de África y/o, incorporados a diferentes GTE. Y es que la derrota francesa de 1940 y el advenimiento del régimen de Vichy convirtió a republicanos españoles en personas non grata en territorio francés, susceptibles tanto de ser vigiladas como de limitar sus movimientos. Una vez alistados, estos Pioneer Corps españoles trabajaron principalmente en la retaguardia aliada por toda la región, no en vano, muchos permanecerían en el norte de África hasta el final de la guerra, aunque varios centenares terminaron la guerra en Gran Bretaña, donde finalmente se les permitió establecerse

Por su parte, en lo que se refiere al reducido grupo de españoles que sirvieron en el *Special Air Service* (Servicio Aéreo Especial) a partir de finales de 1943, cabe destacarse que, si bien la mayoría de estos hombres no se unieron al ejército británico hasta mediados de 1943, dos de ellos habían continuado su servicio en los *Middle East Commandos*, mientras que otros sirvieron previamente encuadrados en las tropas francesas libres. Junto al SAS participaron en operaciones sobre suelo francés, italiano, alemán y noruego entre 1944 y 1945. La selección y el entrenamiento fueron difíciles, su integración importante y su servicio intenso. Es por ello que se les conoció como los *Funnies* (los curiosos). Uno de ellos perdería la vida sólo dos semanas antes de acabarse la guerra y otro recibió la Medalla Militar por "mostrar su valor notable bajo fuego enemigo". Quienes sirvieron en el 2.º SAS británico se instalaron en Gran Bretaña al finalizar la guerra y mantuvieron un especial vínculo de camaradería. Sin embargo, cabe destacar que los españoles no sólo lucharon como miembros del 2.º SAS, sino que también lo hicieron en el 3.º y 4.º SAS francés entre 1943 y 1945.

Dejando aparte los grupos más grandes de españoles que se ofrecieron como voluntarios para unirse al ejército británico a medida que avanzaba la guerra, cabe mencionar a grupos más pequeños e individuos cuyas historias resultan igualmente fascinantes. Hablamos aquí de jóvenes españoles que combatieron en diferentes teatros de operaciones que se extienden desde las playas de Salerno, en Italia, hasta las costas de Normandía. A aquellos que lucharon en unidades aerotransportadas tanto en Normandía como en Arnhem. Y a quienes lo hicieron incorporados al SOE, compartiendo combate con miles de compatriotas que integraron las filas de la Resistencia interior en los departamentos del sur francés.

El final de la Segunda Guerra mundial resultó ser un periodo de mucha incertidumbre para los españoles que habían acabado en Gran Bretaña. Si bien los 400 miembros de la *No. 1 Spanish Company*, el SAS y el *Middle East Commando* tuvieron la oportunidad de permanecer en el Reino Unido, otros no tuvieron tanta suerte. Fue en este momento donde Agustín Roa Ventura y otros compañeros resultaron fundamentales. Como uno de los representantes de las tres compañías que habían sido enviadas desde el norte de África, Roa Ventura y algunos otros visitaron Londres poco después de la guerra para presentar una petición a los parlamentarios laboristas sobre la difícil situación de los republicanos españoles que habían servido en el ejército británico. A mediados de 1946 se acordó que los españoles que habían sido reclutados en el norte de África y ahora estaban destinados en Gran Bretaña no necesitarían regresar y se les daría la oportunidad de permanecer en Gran Bretaña. Muchos españoles lo hicieron. Pero hubo quienes decidieron partir a lugares como México, donde residía una gran comunidad española exiliada. Sin embargo,

un sentimiento se hizo evidente entre la mayoría de ellos, y es que muchos de estos veteranos percibían que Gran Bretaña los había decepcionado al no cuestionar el régimen de Franco una vez concluida la segunda contienda mundial.

Pese a todo, muchos se establecieron en el Reino Unido y se nacionalizaron. Algunos incluso permanecieron políticamente activos durante toda la dictadura. No en vano, en 1960 fundaron en Londres la *Spanish Ex-Servicemen's Association* (Asociación de Exmilitares Españoles), que participó activamente en la organización de protestas y campañas para concienciar sobre el régimen franquista en territorio británico. Es más, a la muerte de Franco en 1975, muchos de estos grupos de exiliados estaban plenamente establecidos y tenían fuertes vínculos con toda la sociedad británica. Y aunque muchos españoles habían adquirido la nacionalidad británica, muchos otros no lo hicieron. Eso sí, cuando en España volvió a regir la democracia, muchos regresaron de visita, y un gran número se jubiló en su tierra natal.

## Bibliografía

ARASA, D., *Los españoles de Churchill*, Barcelona: Armonía, 1991.

GASPAR CELAYA, D., *La guerra continúa. Voluntarios españoles al servicio de la Francia libre (1940-1945)*, Madrid: Marcial Pons, 2015.

INIESTA, S., *Flon-Flon*, Barcelona: Bruguera, 1972

SCULLION, S. F., *Churchill's Spaniards. Continuing the Fight in the British Army, 1939-1945*, Warwick: Helion & Company, 2024.

PONS PRADES, E., *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.



Miembros de la *Spanish Ex-Servicemen's Association* (Asociación de Veteranos Españoles) en 1975 en Whitehall a punto de dejar una corona de flores en el Cenotaph. Primera fila de izquierda a derecha: Agustín Nogueroles (Nº. 1 Spanish Company), Jaume Más (Nº. 1 Spanish Company), Agustín Roa Ventura (361 (Alien) Company) and furthest to the right Antonio Vargas (361 (Alien) Company). Segunda fila de izquierda a derecha: Miguel Pino (Nº. 1 Spanish Company), Luís Porillo, Carles Busquets (Nº.1 Spanish Company). Tercera fila de izquierda a derecha: Miguel Ramira (No.1 Spanish Company). Detrás de Ramira esta Francisco Navarrete (Nº. 50 Middle East Commando).

Colección Agustín Roa Ventura.

### 3. LA NUEVE

3. LA NUEVE

**UNA LARGA GUERRA.  
MILITANCIAS TRANSNACIONALES Y  
EXPERIENCIAS COMBATIENTES EN LA  
GUERRA CIVIL EUROPEA**

*Miguel Alonso Ibarra  
Universidad Nacional de Educación a Distancia*



## UNA LARGA GUERRA.

### Militancias transnacionales y experiencias combatientes en la guerra civil europea

*Miguel Alonso Ibarra*

*Universidad Nacional de Educación a Distancia*

Desde hace un tiempo, la historiografía viene poniendo cada vez más en cuestión las cronologías clásicas de las principales guerras de la primera mitad del siglo XX. A partir de una resituación del foco de análisis —generalmente, mediante la ampliación de los marcos geográficos objeto de interés, lo que en esencia supone un afán por trascender el eurocentrismo— y de la exploración de las continuidades y vínculos entre los periodos de guerra y posguerra, se ha repensado, precisamente, la naturaleza de estos dos fenómenos y, más aún, la porosidad de la frontera que lo separa. Así, las posguerras ya no serían comprensibles únicamente como etapas *pacíficas* (en un sentido bélico) de desmovilización y reconstrucción comunitaria, sino, tal y como denominaron John Horne y Robert Gerwarth hace algunos años, también como contextos en los que se desarrolló la “guerra en la paz”. Esta última se reflejó, por ejemplo, mediante la persistencia de la violencia de masas propia de las guerras totales una vez alcanzado el fin formal de las hostilidades. Adoptando nuevas formas —como también lo haría la misma guerra: de lo regular a lo irregular, de lo global a lo regional y lo local—, dicha dinámica de destrucción, en palabras de Alan Kramer, continuaría su desarrollo en ese teórico contexto de paz, de posguerra.

De este modo, tras el final de la Gran Guerra, la violencia paramilitar y las guerras civiles proliferaron, sobre todo, aunque no exclusivamente, en los espacios de disolución imperial, como consecuencia de la caída de grandes imperios continentales: el austrohúngaro, el otomano y el ruso. En el caso de la Segunda Guerra Mundial, mayo de 1945 no marcó para muchas poblaciones del centro y el este de Europa el tránsito de la violencia de masas y genocida, así como la destrucción a gran escala, a la paz, la reconstrucción y el retorno a la normalidad. Más bien, supuso el desplazamiento forzoso o la continuación de la guerra contra un nuevo ocupante, como sucediese con los integrantes del *Armia Krajowa* polaco. Tampoco fue el caso en el continente asiático, donde la contienda de 1939-1945 se solapó con conflictos preexistentes como la guerra civil china (1927-1949), que continuó activa hasta el final de la década de los 40.

La radiografía de las guerras y conflictos de la primera mitad del siglo XX, con sus solapamientos, imbricaciones y largas cronologías, ha llevado a algunos autores a tratar de formular marcos interpretativos capaces de englobar todo este conjunto de fenómenos dispares. Es el caso del concepto de guerra civil europea, que en manos del historiador italiano Enzo Traverso aspira a explicar el conjunto de dinámicas políticas, sociales y bélicas del periodo 1914-1945 —no por nada, el que contextualiza el presente texto— como un todo entendible a escala continental, más allá del marco del Estado-nación. Recientemente, Javier Rodrigo y David Alegre han cuestionado la operatividad e historicidad del concepto, señalando su carácter simplificador de un conjunto de fenómenos variados y complejos (no solo guerras civiles y no solo un enfrentamiento entre la revolución y la contrarrevolución), así como su implícita presunción de una “comunidad imaginada europea”,

limitada en verdad a círculos reducidos. Pese a ello, puede admitirse la utilidad de la guerra civil europea como herramienta explicativa de las experiencias de miles de hombres y mujeres que entendieron y vivieron los conflictos de los años 10, 20, 30 y 40 del siglo pasado como partes, si no integrales de un todo, sí íntimamente relacionadas entre sí. No en vano, muchos de dichos individuos participaron directamente en varios de esos conflictos a lo largo de su vida.

Uno de los acontecimientos nucleares de esa guerra civil europea fue, sin duda, la contienda española de 1936-1939. Por dos motivos, si consideramos el sentido explicativo con el que empleamos aquí el concepto de Traverso. Primero, porque ejerció como un polo de atracción a escala no solo continental, sino también global. Por los frentes y retaguardias españolas pasaron un buen número de actores protagónicos de los conflictos europeos de la década de los 20 y primera mitad de los 30. Hablamos de prominentes intelectuales y líderes políticos, así como de militares de cierto nombre. Pero, también, en su mayoría de hecho, de decenas de miles de personas anónimas que creyeron ver en la contienda española un momento existencial de su tiempo. Eso se vincula al segundo de los motivos: en España, muchos hallaron la forma de dar continuidad a las luchas que estaban librando en sus propios países, constituyendo esta una de las razones principales por las que decidieron viajar a la península a apoyar o combatir en uno u otro bando.

Para los contrarrevolucionarios y fascistas de media Europa, en España se libraba una batalla clave por el futuro de un continente amenazado por el avance del bolchevismo. No en vano, voluntarios de diversas nacionales viajaron a la península ibérica para alistarse en las filas del ejército rebelde. Así sucedió con varias decenas de rusos blancos, deseosos de resarcirse de

la derrota sufrida a manos de los bolcheviques en 1923; o con un grupo de militantes del entorno del ultranacionalismo y el fascismo francés, inmersos en sus propios conflictos en Francia, pero conscientes de que el desenlace de la guerra en España podía construir un marco de oportunidad para impulsar sus propias agendas políticas. De igual modo, en las oficinas del Cuartel General del Generalísimo se recibieron decenas de miles de cartas en las que personas anónimas de toda Europa mostraban su apoyo ferviente por la causa golpista, felicitando a Franco por sus éxitos en el campo de batalla contra “ese monstruo que amenaza Europa”, en alusión al comunismo, tal y como rezaba una de las misivas enviada desde Polonia.

Lo mismo sucedió al otro lado de la línea del frente. El golpe de estado civil y militar contra la Segunda República desató una oleada de solidaridad antifascista internacional, una de cuyas muchas manifestaciones fue el alistamiento de decenas de miles de voluntarios en las Brigadas Internacionales. Un buen número de ellos, como alemanes, italianos, húngaros o polacos, buscaron en España devolver las derrotas que les habían infligido autoritarismos de derechas y fascismos, como un primer paso para retomar la ofensiva en sus respectivos lugares de origen. Por su parte, los antifascistas franceses veían en un eventual triunfo golpista en suelo español una amenaza vital contra el futuro de su país, que quedaría atrapado entre una España potencialmente fascista y la Alemania nazi. De igual modo, el pacifismo llevó a ciertos voluntarios a ver la guerra española como un escenario en el que tratar de evitar una segunda conflagración mundial, como la que estallaría en septiembre de 1939. Sin olvidar, por supuesto, razones plenamente políticas. Así, el anarquista sueco Nils Lätt confesaba en sus memorias haberse visto impulsado a viajar a España no solo para hacer frente a la amenaza fascista, sino también por las noticias

que había oído sobre las colectivizaciones que se habían puesto en marcha en varios puntos de la retaguardia republicana, devenida por momentos en revolucionaria.

En suma, la península se tornó, a ambos lados de la línea del frente, en una caja de resonancia de las dinámicas políticas y sociales de la Europa del momento, donde también retumbaban los ecos de los conflictos librados desde finales de la década de 1910. En esta línea, el conflicto español puede interpretarse a través de la idea de las guerras largas que venimos desgranando. Sin ir más lejos, no pocos autores la han definido como un prólogo de la Segunda Guerra Mundial. Aunque se trató de contiendas diferentes (una guerra civil frente a una guerra de expansión imperial bajo cuyo paraguas se desarrollaron diversos conflictos de naturaleza variada), bien es cierto que lo acaecido en España entre 1936 y 1939 supuso, más que un prólogo, una primera etapa para muchos de quienes la libraron. Fue así en el caso de miles de combatientes del ejército rebelde, tanto españoles como voluntarios fascistas extranjeros, que posteriormente nutrieron la maquinaria bélica del Tercer Reich. La División Azul fue el escenario de esa continuación de la guerra para los primeros, con un hiato de dos años mediante, aunque la fe en la causa por la que se luchaba en Rusia no fue el único motivo que explica su alistamiento. No pocos de ellos tuvieron también en la penuria económica o la necesidad de limpiar pasados políticamente comprometidos buenas razones para responder a la llamada del régimen. En cuanto a los extranjeros, en su mayoría se integraron unidades nacionales dentro de las Waffen-SS, aunque algunos también recalaron en la División Azul. Es el caso del ruso blanco Vladímir Kovalevski, exoficial zarista, quien tras combatir en España encuadrado en un tercio de requetés sirvió durante casi un año en la 250ª División de Infantería de la Wehrmacht.



Fotografía tomada en el puesto de mando de Prokrowskaja (Rusia), Frente oriental, 1941-1943. Autor anónimo. Wikimedia Commons.

Reproducción de un cartel de propaganda de la Jefatura Provincial de FET-JONS de Barcelona para la recluta y el alistamiento de voluntarios en la División Azul. En él se indican las dos direcciones de los Banderines de alistamiento en Paseo de Gracia 38 y en la Avenida del Generalísimo 462 (actual Avenida Diagonal). Dirección General de Propaganda. 1941.



Un médico examina a un voluntario antes de que este formalice su alistamiento en la División Azul. Julio de 1941. Autor anónimo. Narodowe Archiwum Cyfrowe, 2-15867.



Un destacamento del 1<sup>er</sup> REI (Regimiento Extranjero de Infantería), acuartelado en Sidi-Bel-Abbès, se prepara para partir hacia el frente francés. Marzo de 1940. Autor anónimo. ECPAD/DÉFENSE. DG 22-464. ORIGINE: SCA.



Half-track de la 2.<sup>a</sup> División Blindada desembarcando en Normandía (sector Utah Beach), el 3 de agosto de 1944. Autor anónimo. ECPAD/DÉFENSE. FFL 7821.

Para el antifascismo europeo combatiente, la experiencia española fue una nueva derrota que confirmaba la deriva contrarrevolucionaria que atravesaba todo el continente. No en vano, a la altura de julio de 1940 las democracias liberales se encontraban en franca retirada frente al avance de los autoritarismos, en su práctica totalidad de derechas a excepción de la Unión Soviética. A ese antifascismo europeo en constante huida se sumaron ahora miles de combatientes republicanos y brigadistas internacionales forzados al exilio tras el triunfo del ejército franquista. Así, españoles y europeos compartieron experiencias de derrota, persecución, internamiento, represión y exilio, pero también de lucha y resistencia. No pocos de ellos viajaron a la Unión Soviética para pronto sumarse al esfuerzo de guerra contra el invasor y ocupante nazi, mientras que los distintos movimientos nacionales de resistencia que fueron emergiendo por todo el continente se nutrieron de la veteranía de un buen número de antiguos brigadistas. Como apuntaba en sus memorias el antiguo comandante republicano Pedro Mateo Merino, “habíamos sido derrotados, pero no capitulábamos. Dentro y fuera seguía el duelo a muerte contra la barbarie fascista.” (Mateo Merino, 1986: 448)

La experiencia de buena parte de estos antifascistas que escaparon del triunfo sublevado en España estuvo marcada por la reclusión en los campos de internamiento franceses establecidos en las dos principales rutas de huida: el sur de la Francia continental y el norte de África. Lugares de reclusión y represión como Argel-sur-Mer y Septfonds en Occitania, o Boghar y Kasserine, en Argel y Túnez respectivamente, concentraron tras sus muros a decenas de miles de refugiados procedentes de España, en su mayoría hombres. No en vano, bien en la frontera, bien en los campos de selección y clasificación, las mujeres, los niños y los ancianos fueron separados de los varones en edad de trabajar; siendo los primeros distribuidos en cientos de centros

de acogida y refugios por toda Francia, mientras los segundos quedaron confinados en los conocidos como “campos de la vergüenza”.

No obstante, el estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 abrió de nuevo las puertas de la guerra para muchos de estos veteranos encerrados, convertidos ahora en preciado capital militar y laboral. Para encuadrarlos, el gobierno galo creó las Compañías de trabajadores extranjeros (CTE), mediante las cuales se buscaba emplear a los refugiados españoles como mano de obra para trabajar en el reforzamiento de las fortificaciones francesas en la frontera con Alemania —la línea Maginot—, así como en la zona de Bélgica y Países Bajos. Al mismo tiempo, se les presionaba, ya desde que alcanzaban territorio francés, para que se alistasen en la Legión extranjera y, a partir de la declaración de guerra, también en los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros. La idea era transformar el ingente volumen de refugiados en recursos humanos destinados a la defensa nacional, ante el inminente, luego materializado, escenario de conflagración continental. Para ello, el gobierno galo contaba a su favor con el temor de los españoles a volver a su país —una opción también fomentada por las autoridades—, lo que amenazaba con hacerles víctimas de la represión franquista. Así lo manifestaba el zaragozano Martín Bernal, quien reconocía que “no nos tocó más remedio que firmar”, en su caso para alistarse en la Legión. Algo similar al testimonio de otro republicano, Germán Arrué, que vivió la invasión y ocupación alemana de Francia desde una CTE en la denominada zona libre: “sabía que si las cosas empeoraban [los alemanes] vendrían a cogernos a todos. Para evitarlo y ver si por lo menos podíamos comer, muchos nos fuimos a la Legión” (Gaspar Celaya, 2022: 98)

Como sucedería con quienes desde 1943 integrarían las filas de la Nueve, el abanico de motivaciones para volver a la lucha fue muy amplio. Sin

duda, la supervivencia individual y la posibilidad de escapar de las duras condiciones en que vivían en los campos, y del destino que esperaba a muchos individuos con un pasado político comprometido en caso de caer en manos alemanas y/o ser devueltos a España, fue una poderosa razón que explicaría el alistamiento en distintas unidades del esfuerzo bélico francés, tanto antes como después del armisticio. Pero no fue la única. También tuvieron su relevancia motivos vinculados a los ámbitos familiares, como los valores de lucha o patriotismo transmitidos en el seno de la familia, así como la voluntad de alejarse de un determinado entorno comunitario; o, de igual modo, para otros fue importante la posibilidad de reunirse con compatriotas españoles en el seno de una misma unidad. Todas ellas, junto con las de índole económica o el aventurismo —que son transversales al fenómeno del voluntariado de guerra, por mucho que, en este caso, el término ‘voluntariado’ esconda realidades más complejas y condicionadas por la falta de oportunidades en el escenario de la guerra mundial—, explicarían esa “recluta histórica”, como la ha denominado el historiador Diego Gaspar.

Sea como fuere, todo este abanico de motivaciones no debe hacernos desviar la vista del eje de este texto, esto es, la dimensión ideológica de las continuidades experienciales entre distintos acontecimientos bélicos de la época. Así pues, el antifascismo fue también una de las claves explicativas de este fenómeno de continuación de la lucha. Como veíamos para el caso de los voluntarios que, a ambos lados de la línea del frente, confluyeron en los campos de batalla de la guerra civil española, un buen número de estos antiguos combatientes republicanos integrados en el esfuerzo bélico aliado, y más concretamente en el de la Francia libre, entendieron su alistamiento y su lucha como una prolongación natural de sus experiencias previas. Así, la venganza frente a la derrota, la persecución, la huida y el exilio fue importante para



La 2ª DB progresa en dirección a París. 23-24 de agosto de 1944. Autor anónimo. ECPAD/DÉFENSE, TERRE 10514-G11.

muchos de ellos, como fue el caso del almeriense Rafael Gómez: “contra los alemanes teníamos el odio de lo que nos habían hecho pasar en España” (Gaspar Celaya, 2022: 198) También, el modo en que esta participación activa en la capitulación de los fascismos europeos podía ofrecer una posibilidad de regresar a España a derribar el régimen de Franco, algo que finalmente no se materializó como seguramente muchos republicanos habían imaginado. En ese sentido se expresaba el santanderino Faustino Solana, al dejar muy claro que “en cuanto termináramos con ellos [con los alemanes] iríamos de nuevo a hacer la guerra a España” (Gaspar Celaya, 2022: 199)

En este marco, y movidos por la confluencia de estas motivaciones, la mayoría de los españoles y europeos antifascistas que habían escapado de la derrota en España combatieron en Europa y África antes de acabar confluyendo en la Nueve, paradigma en la cultura y memoria popular de la contribución española a la Segunda Guerra Mundial. Algunos de ellos tomaron parte en la campaña de Noruega en la primavera de 1940, esto es, la intervención franco-británica que tenía como

objetivo acabar con las importaciones alemanas de hierro sueco extraído de las minas de Kiruna y Malmberget. Franceses y británicos se emplearon a fondo y la ruta quedó comprometida, pero el avance alemán sobre Países Bajos y Bélgica cambió las reglas del juego, haciendo que cesara la actividad en el teatro de operaciones escandinavo. Por otro lado, buena parte de las experiencias combatientes anteriores a la Nueve discurrieron en los territorios coloniales franceses en África central, septentrional (Marruecos, Argelia y Túnez) y en Oriente Medio (Siria y Líbano). Sin olvidar, por supuesto, a quienes abrazaron la clandestinidad y se integraron en diferentes redes, grupos y organizaciones de resistencia, muchos de los cuales pagaron su compromiso en la lucha resistente con la deportación a los campos nazis.

En suma, se trató de un despliegue de trayectorias transnacionales que conformaron un amplio conjunto de largas guerras, cuyo inicio y final se circunscribe a las experiencias personales y de

militancia política de todos aquellos que combatieron voluntariamente al fascismo en España, África y Europa, con y sin las armas en la mano. Para muchos, esa fue la forma de tomar partido en la avalancha de momentos existenciales que se dieron cita en las décadas centrales de la primera mitad del siglo XX, algo que, sin embargo, no debe hacernos perder la vista sobre quienes, por diversos motivos, optaron por no continuar combatiendo. La quiebra emocional provocada por la derrota en España, la falta de identificación con una batalla librada en un país extranjero o la voluntad de no volver a separarse de la familia fueron razones de peso, tanto como las anteriormente mencionadas, para no sumarse a la lucha. Y es que conviene no olvidar que la actitud mayoritaria frente a la guerra, y la constante exposición a la muerte que comporta, es la resistencia, la evasión y la huida. Pese a ello, no pocas de estas personas encontraron otros caminos de lucha igualmente importantes, eso sí, desde otros escenarios diferentes a los campos de batalla.

## Bibliografía

GASPAR CELAYA, D., *La guerra continúa. Voluntarios españoles al servicio de la Francia libre (1940-1945)*, Madrid, Marcial Pons, 2015.

—*Banda de cosacos. Historia y memoria de la Nueve y sus hombres*, Madrid, Marcial Pons, 2022.

GERWARTH, R., *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

MATEO MERINO, P., *Por vuestra libertad y la nuestra. Andanzas y reflexiones de un combatiente republicano (1936-1939)*, Madrid, Editorial Disenso, 1986.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M., y BEYDA, O., (eds.), *Un ruso blanco en la División Azul. Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

RODRIGO, J., y ALEGRE, D., *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

TRAVERSO, E., *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Prensas de la Universitat de València, 2009.

## 3. LA NUEVE

# JOSEPH PUTZ, EL ENLACE

Marine Garnier

Chargée d'études documentaires  
(Département de la Justice et de l'Intérieur, Archives nationales de France)



## JOSEPH PUTZ, EL ENLACE

*Marine Garnier*

*Chargée d'études documentaires*

*(département de la Justice et de l'Intérieur, Archives nationales de France.)*

La Nueve, unidad con un fuerte componente español de la 2ª División Blindada francesa (2eDB, por sus siglas en francés), ha pasado a la historia por ser sus hombres el componente principal de las tropas que, al mando del capitán Raymond Dronne, alcanzaron el París ocupado la noche del 24 de agosto de 1944. Sin embargo, la Nueve formaba parte, junto con otras cuatro unidades que contaban en sus filas con decenas de combatientes españoles, del tercer batallón del Regimiento de marcha del Chad (IIIe/RMT). Unidad que el general Leclerc, mando de la 2eDB, puso al mando de Joseph Putz: el más español de sus oficiales franceses. Su objetivo: lograr un fluido entendimiento entre una tropa de mayoría española y el mando francés.

*Imagen: Retrato de Joseph Putz en Ehl (Bas-Rhin), diciembre de 1944.*

*Autor: André Gander. ECPAD/DÉFENSE, TERRE 373-8888*

### Putz una excepción en sí mismo

Alsaciano nacido en Bélgica que había vivido en España y en el norte de África, era militar, pero también militante de izquierdas. Un líder nato y con experiencia que participó en tres guerras a lo largo de su vida. Aunque sus detractores lo califican de «aventurero», Putz fue, ante todo, un facilitador. Encarnación del respeto y el vínculo entre el mando francés y sus soldados transnacionales, cuyas trayectorias de exilio y lucha vieron reflejadas la figura de Putz. Tal fue el impacto del alsaciano entre sus hombres, y en particular entre los de Nueve, que el propio Dronne lo definió como una figura fundamental para comprender la historia de esta unidad, a quien: “[Los españoles] apreciaban porque, como ellos, era un veterano de la guerra de España, porque era valiente, porque era sonriente, porque era más un guerrero que un militar, porque había buena sintonía entre él y ellos” (Dronne, 2014:545).

Joseph Putz nació en Bruselas el 24 de abril de 1895. Francés de madre alsaciana y padre desconocido, *a priori* alemán, de su infancia solo conocemos algunos fragmentos: el nombre de su madre, Catherine Putz, y el de su marido, el comandante Bischoff, que posiblemente crió al joven Joseph. De sus padres, Putz escribirá -en 1936- que residían en Loir-et-Cher y que eran pobres y obreros, lo que le habilita para auto-presentarse como un ciudadano no burgués.

Putz cursó sus estudios en Francia y, tras obtener el título de estudios elementales, trabajó en una imprenta, al tiempo que asistió a clases nocturnas hasta que se graduó en derecho civil y administrativo. Dicha titulación le permitió trabajar en la municipalidad de varias comunas al noreste de París: primero en Pré-Saint-Gervais, y más tarde en Pierrefitte, lugar donde le sorprendió el estallido de la Primera Guerra Mundial.

En 1914, se adelanta al reclutamiento y, con 19 años, parte al frente como soldado raso. Conocedor de primera mano de la experiencia de guerra en las trincheras, primero sirvió en el 168° Regimiento de infantería (168e RI, por sus siglas en francés) donde se distingue en combate hasta el punto de ser nombrado aspirante y, en octubre del 1917, subteniente. En marzo de 1918 fue víctima de un ataque con gas y, tras un periodo de convalecencia, se incorporó al 506° regimiento de carros de combate (506e RCC, por sus siglas en francés). Al final de la guerra fue desmovilizado y condecorado con la Legión de Honor y la Cruz de Guerra con cuatro menciones. Marcado profundamente por esos cuatro años de guerra, se convirtió, según su hija Geneviève Putz, en un antimilitarista convencido (Mesquida, 2011: 129). Sin embargo, no dio la espalda al ejército, y al término de la Gran Guerra se alistó en la reserva, donde ascendió a capitán en 1934.

De vuelta a la vida civil, Putz puso rumbo a Argelia, lugar al que se trasladó con su esposa, Raymonde Zuccarelli, empleada de Correos. Trabajó como representante comercial y permaneció allí hasta 1921, año en que nació su primera hija -Josette- y la familia regresó a París. Instalados en el número 22 de la rue de Petrograd (8° distrito), Putz reanudó entonces su actividad como empleado en ayuntamientos de la región parisina, primero como redactor y contable en Lilas, Montrouge y Kremlin-Bicêtre y, a partir de 1930, como secretario general del ayuntamiento de Stains. Tiempo este en el que Joseph se involucró en la efervescente vida política y asociativa de las afueras del noreste de París.

Afiliado al sindicato de empleados municipales del departamento del Sena en 1921, su papel en este sindicato, a su vez perteneciente a la Confederación General del Trabajo Unitario (CGTU) —organización cercana al Partido Comunista Francés (PCF)— resulta fundamental a la hora

de pulsar el compromiso militante de Putz en aquella época. Y es que, sin estar afiliado al PCF, era miembro de varias organizaciones afiliadas a él, como la Asociación de Amigos de la URSS, la sección de Stains del Secours Rouge, la Asociación Republicana de Antiguos Combatientes, el comité Paix et liberté-Amsterdam-Pleyel o la Federación Deportiva y Gimnástica del Trabajo (FSGT), para la cual era presidente en la sección de Stains. Es más, entre su círculo más cercano cuenta con varios comunistas convencidos: su viejo amigo Claude Sélaquet, secretario de la célula del PC de Stains y concejal comunista en el ayuntamiento, pero también su segunda compañera, Gisèle Thésée, miembro de las juventudes comunistas del 14° distrito de París.

Sin embargo, el concurso de Putz en el panorama militante del norte de París pronto se vio comprometido pues, a partir de 1936, un grave conflicto lo enfrenta Jean Chardavoine, alcalde comunista de la comuna de Stains. Chardavoine acusó a Putz de haber sustraído 2000 francos de la caja del ayuntamiento, de la que era responsable en calidad de secretario general. Más aún, el ayuntamiento acusó a Putz de mantener contactos con Jacques Doriot, antiguo alcalde de Saint-Denis y disidente comunista que, en 1936, estaba plenamente enfrentado al PCF. Y sí, Putz había tratado con Jacques Doriot, ya que ambos se movían en los círculos del poder comunista del norte de París, y habían sido miembros de las mismas organizaciones de obediencia comunista. Es más, Doriot había sido presidente de la Federación Deportiva del Trabajo (FST) de 1930 a 1934, antes de ser expulsado del Partido Comunista y fundar el Partido Popular Francés (PPF) en 1936, organización que, en sus inicios, no era más que un partido destinado a competir

con el PCF, pero que a partir de 1938 se convirtió en un partido fascista y, en 1940, en un órgano activamente colaboracionista.

Estas acusaciones de robo y relación con un traidor al Partido se publicaron en *La Voix populaire*, un periódico comunista de los suburbios del norte de París. Por su parte, Putz respondió a las acusaciones en *L'Emancipation*, afirmando que el asunto era una trampa tendida por el alcalde, que quería deshacerse de él. Putz, un espíritu libre, mantenía una muy difícil relación con Chardavoine desde su elección, y su perfil presentaba asperezas que sus detractores no dudaban en destacar. Oficial de reserva, se le acusa de ser miembro de los servicios de inteligencia del ejército y de tener contactos en la policía. También se le ataca por su vida privada calificándole de «fiestero», que vive con su amante. Se le presenta como un hombre poco fiable y con un estilo de vida sospechoso que conduce un coche y emplea a una criada para todo en el domicilio conyugal. Esta intromisión en su intimidad y estas acusaciones afectan duramente a Putz, que incluso habla de suicidio<sup>1</sup>. Dimite el 3 de octubre de 1936 y da la espalda a París, instalándose durante unos meses en Marsella, dejando atrás a su esposa y a sus dos hijas, Josette y Geneviève.

En plena ruptura profesional, personal y política, Putz encuentra refugio paradójicamente en un nuevo conflicto: la Guerra de España, y decide reinventarse al otro lado de los Pirineos. Cruza la cordillera en noviembre de 1936 gracias al comité Paix et Liberté-Amsterdam-Pleyel, una organización antifascista dedicada al transporte de víveres y voluntarios a la España republicana. Su contingente de voluntarios estaba dirigido políticamente por André Heussler y Léon Mabillet, ambas figuras destacadas del PCF. Designa-

<sup>1</sup> *La Voix populaire* n. 51 del sábado 7 de noviembre de 1936 (La contemporaine, fondo de las Brigadas internacionales, MFM/0880/30).



Joseph Putz (en-el-centro) el 28 de diciembre de 1944 en Witternheim. DNA. Autor: Georges Songeon, 501<sup>o</sup> RCC.

do responsable militar de este grupo debido a su doble condición de veterano de guerra y oficial de reserva, a su llegada a España, a Putz se le encarga la dirección de una unidad de instrucción: el XIII batallón estacionado, primero en Albacete y luego en Mahora. El XIII batallón se integra posteriormente en la XIV brigada internacional con el nombre de batallón Henri Barbusse y se pone bajo el mando del general polaco Walter (alias Karol Świerczewski).

En España Putz ascendió rápidamente. Se convirtió en comandante de su batallón y luego fue nombrado teniente coronel por el general Walter. En diciembre de 1936, apenas unas semanas después de su llegada a la península, la XIV Brigada Internacional participó en la batalla de Lopera, en el frente de Jaén, donde las fuerzas republicanas fueron derrotadas. El comisario político de la XIV Brigada Internacional, André

Heussler, atribuyó la responsabilidad de este fracaso al capitán Gaston Delassalle, comandante del XII Batallón. Acusado de desmoralización y sabotaje, este último fue llevado ante un consejo de guerra presidido por Joseph Putz, quien intentó en vano que fuera absuelto. Gaston Delassalle fue fusilado en enero de 1937.

La XIV Brigada Internacional se unió entonces al frente de Madrid, participando en los combates de Las Rozas y luego en el Jarama. Putz fue ascendido a comandante de la XIV Brigada en febrero de 1937 en sustitución del general Walter, llamado a dirigir la 35.<sup>a</sup> División del Ejército Republicano, órgano que supervisaba jerárquicamente varias brigadas internacionales.

Bien adaptado a la realidad española, Putz aprendió castellano rápidamente: un idioma que hablaba con relativa facilidad y lograba

escribir de forma básica. En su correspondencia de la época abundan los hispanismos: “Je repars aujourd'hui en profitant d'un coche de hasard [...] *Ademas, je ne sais où je vais*”, escribe, por ejemplo<sup>2</sup>. Nombrado jefe de una unidad mixta compuesta por europeos de diferente origen —franceses, belgas, británicos, etc.— sus cualidades como líder de hombres fueron valoradas y reconocidas. No en vano, la Internacional Comunista, órgano director de las Brigadas Internacionales (BB.II), elogia sus capacidades militares y su carácter aglutinador. Tanto es así que en un informe que alaba su “magnífico valor” y su “conducta ejemplar”, se le califica de “excelente entrenador de hombres”<sup>3</sup>. El propio Putz declara que existe un apego y una confianza inquebrantables entre sus hombres y él. Y en una carta dirigida a André Marty -Inspector general de las BB.II. y miembro del PCF- escribe que los miembros de la XIV Brigada Internacional le muestran su afecto afirmando que quieren permanecer bajo su mando cuando el capitán Jules Dumont es nombrado comandante en sustitución de Putz, en abril de 1937.

Apartado del mando de la XIV Brigada por André Marty en junio de 1937, Putz fue acusado de sembrar el desorden en la unidad, y destituido de sus funciones, fue enviado a participar en las operaciones de defensa de Bilbao, donde destacó al frente de la 1.<sup>a</sup> división. Tanto es así que, el reportero británico George Steer cita a Putz en su libro *El árbol de Guernica*, elogiando su total compromiso con una causa que, sin embargo, estaba perdida (Steer, 1963: 159-1619). Según Raymond Dronne, el propio Ernest Hemingway se inspiró en Putz para crear su personaje de *Por quién doblan las campanas* (Dronne, 2014: 249).

<sup>2</sup> Carta del 10 de marzo de 1938 de Joseph Putz a André Marty (MFM/0880/30).

<sup>3</sup> Informe del Comité central del Partido comunista francés sobre el voluntario Putz (MFM/0880/30).

<sup>4</sup> Carta del 11 de mayo de 1938 de André Marty a Joseph Putz (MFM/0880/30).

Herido tres veces en España, convaleciente, Putz disfrutó de varios permisos en Francia a finales de 1937 y principios de 1938. En ese periodo, sus relaciones con el Partido Comunista en España se deterioraron, y tras verse envuelto en el asunto de Stains, André Marty inicia una investigación contra él, conectando así la historia de Putz con las purgas llevadas a cabo por el Partido Comunista en el bando republicano en este periodo. Para ello Marty pidió testimonios contra Putz a sus detractores en Stains y Saint-Denis; y escribió a sus antiguos partidarios, como Léon Mabile, sugiriéndoles que se retractasen de sus elogios hacia Putz cuya vida privada iba a estar —de nuevo— en el ojo del huracán. Y es que la presencia en España de su compañera Gisèle Thésée, enfermera voluntaria en el bando republicano, fue mal vista, al igual que los viajes de Putz a Francia, considerando ambos sospechosos.

Tal es la presión sobre Putz en este momento que incluso su cercana relación con sus hombres le fue reprochada. De hecho, Marty se dirigió a él en los siguientes términos en mayo de 1938.

“Esa época en la que cada uno elegía a su jefe ha quedado completamente obsoleta, al igual que la época en la que cada jefe elegía a sus soldados [...]. Incluso en el ejército popular español, ningún oficial está autorizado a valerse de los sentimientos de tal o cual grupo de soldados. No ignoro que esa era en parte la opinión de algunos camaradas franceses de la XIV Brigada en febrero de 1937, cuando te conocí en [Torrelodones]”<sup>4</sup>.

Marty intenta desacreditar aún más a Putz escribiendo en 1938 un informe sobre el caso Gaston Delassalle: “mediante su intervención personal, consiguió que Delassalle fuera absuelto de la acusación de inteligencia con el enemigo para intentar salvarle la vida. Una vez ejecutada la sentencia, [...] Putz se encontraba en tal estado que el comandante Walter [...] me pidió que le animara”<sup>5</sup>.

Tras un viaje a Francia, en la primavera de 1938, Putz regresa a España y se encuentra sin destino. Por ello, en mayo de 1938, solicita de nuevo afiliarse formalmente al Partido Comunista Español (ya había presentado una primera solicitud de afiliación al llegar a España) y escribe a Marty pidiéndole que le asignara un nuevo puesto de mando. “Le pido que intervenga para que todo quede claro. Si aquí no hay trabajo para mí, le pido también que me envíe a Francia, o a China, donde usted quiera, pero que me mantenga ocupado”<sup>6</sup>. Todo fue en vano. Días después Marty le comunicó que su presencia en España ya no era bienvenida y, en consecuencia, Putz fue desmovilizado contra su voluntad a finales de 1938. Decidió no regresar a París, ni siquiera a Francia, y se instaló en Argelia, donde ya había residido quince años antes. Allí retomó sus actividades como empleado de la administración colonial, ocupando el cargo de secretario general del ayuntamiento de Beni Saf durante aproximadamente un año hasta que, tras la declaración de guerra de septiembre de 1939 fue movilizado como oficial de reserva en el 6.º regimiento de tiradores argelinos en Tlemcen. Trasladado a Meknes, Marruecos, en febrero de 1940, fue puesto a disposición del 7º regimiento de tiradores marroquíes (7e RTM, por sus siglas en

francés) y posteriormente trasladado al 8º RTM, unidad de la que fue desmovilizado, sin haber combatido, tras la firma del armisticio.

Su trayectoria entre julio de 1940 y noviembre de 1942, fecha del desembarco aliado en el norte de África, resulta compleja de descifrar. Según la periodista Evelyn Mesquida, quien se entrevistó con Geneviève Putz, Joseph Putz trabajó en las obras de construcción de la línea ferroviaria Méditerranée-Níger, en Colomb Béchar, en el Sáhara argelino. Es más, apunta que Putz se habría puesto al frente de un grupo de trabajadores extranjeros (GTE) repleto de españoles empleados a la fuerza en el proyecto, donde las condiciones de vida y de trabajo fueron extremas: calor intenso, enfermedades, falta de agua y comida y malos tratos por parte de los guardias franceses.

Resulta fácil imaginar que Putz pudiera ser reclutado en una unidad que empleaba a españoles debido a su dominio del idioma y su experiencia como oficial. Además, a finales de 1940 y principios de 1941, el régimen de Vichy renueva el personal administrativo en Argelia, en particular en el contexto de la creación de los GTE. Sin embargo, la presencia de Putz en Colomb Béchar sigue siendo sorprendente teniendo en cuenta sus convicciones políticas y sus compromisos pasados. ¿Quería hacer menos dura la vida de los refugiados españoles internados en ese campo de trabajo? ¿Intuyó la posibilidad de desarrollar los inicios de una actividad de resistencia? ¿De favorecer las fugas, muy numerosas en las obras del ferrocarril transahariano? El silencio de las fuentes solo permite, por el momento, formular hipótesis sobre este periodo de la vida de Putz.

<sup>5</sup> Informe sobre Joseph Putz enviado por André Marty al Comité central del Partido comunista francés el 7 de julio de 1938 (MFM/0880/30).

<sup>6</sup> Carta del 10 de marzo de 1938 de Joseph Putz a André Marty (MFM/0880/30).

Siempre según Mesquida, la administración de Vichy recabó información sobre el pasado militante de Putz y su concurso como brigadista internacional, razón por la cual este tuvo que dimitir y retirarse discretamente en Marruecos. Allí pudo haber entrado en contacto con refugiados españoles evadidos de los GTE y/o que habían logrado burlar la vigilancia y represión implementadas por Vichy. Así, en 1941 y 1942, parece que Putz se rodeó de otros antifascistas y perseguidos dispuestos a reanudar la lucha, entre ellos: refugiados españoles llegados a territorio norteafricano en 1939, desertores de la Legión extranjera o de los GTE, muchos de los cuales conocieron de primera mano la realidad que se escondía tras las alambradas de los campos de internamiento norteafricanos.

En noviembre de 1942, tras el desembarco aliado en el norte de África, Putz se mostró inmediatamente dispuesto a reanudar la lucha. Para ello se alistó en el Cuerpo franco de África (CFA) donde organizó el reclutamiento de españoles para esta unidad. Muchos extranjeros se alistaron en el CFA. La mayoría procedían de España, pero también de Italia, Yugoslavia o Europa del Este. Y es que el objetivo del CFA era reunir a los hombres que deseaban luchar del lado de los aliados, pero que el ejército de África aún se negaba a alistar a finales de 1942: comunistas, gaullistas, extranjeros antifascistas, judíos...

Putz fue nombrado jefe del tercer batallón del CFA, fundado en Casablanca. Se trataba de la unidad con mayor número de españoles, los cuales llegaron a ella, convencidos por Putz, principalmente en dos fases: tras la primera campaña de reclutamiento a finales de 1942 y comienzos de 1943. Y en junio de 1943, fecha en la que, finalizada la campaña de Túnez, y tras la apertura de los campos de internamiento argelinos y la disolución de los GTE se desarrolló una nueva oleada de alistamientos. Aunque, cabe destacar que, a

principios de junio, Putz dirigió una nueva campaña de reclutamiento destinada, esta vez, a incorporar voluntarios procedentes de los campos y grupos recién liberados a las Fuerzas francesas libres (FFL).

Las FFL se ganaron la preferencia de la mayoría de los hombres del CFA, que desde hacía varios meses “mutaban espontáneamente”, es decir, abandonaban el CFA sin autorización para alistarse en las tropas gaullistas. De hecho, el propio general Philippe Leclerc, comandante de la 2e DB y su adjunto el coronel Dio, dirigieron en junio de 1943 una campaña de reclutamiento en M'Zaïr, lugar donde habían sido concentrados parte de los efectivos del CFA a la espera de órdenes, antes de que se firmase oficialmente la disolución de la unidad franca y el acuerdo que permitía a sus miembros elegir donde continuar su servicio militar: junto a Giraud o De Gaulle. Tal fue el éxito de esta recluta, que las numerosas incorporaciones individuales fueron confundidas con un alistamiento colectivo que, sin embargo, llegaría semanas más tarde, a consecuencia de la desaparición definitiva del CFA.

Y es que, en el proceso de creación de su división, Leclerc, necesitado de oficiales intermedios y soldados experimentados, nombró a Putz jefe del IIIe/RMT, unidad en la que el alsaciano se rodeó de cientos de españoles, pero también franceses libres de la primera hora que ya habían combatido en Siria, como el capitán Dronne: comandante de la Nueve, y nuevos voluntarios recién alistados. Se trataba entonces de dar coherencia a este grupo desigual y crear vínculos entre hombres que no compartían ni un idioma, ni un pasado común. Fue ahí donde las dotes de liderazgo de Putz se manifestaron plenamente. Paradojas: mientras que André Marty se lo reprochaba durante la Guerra de España, la afabilidad y el afecto que era capaz de suscitar entre sus hombres le eran ahora reconocidos y alentados

por sus mandos y compañeros. Tanto es así que Dronne escribiría sobre su superior: “Putz no tenía un aspecto muy militar, aunque se esforzaba por parecerlo. [...] Era abierto, sonriente, simpático. Sin duda, era el hombre adecuado para dirigir una unidad de este tipo” (Dronne, 2014: 249).

La ecléctica composición del tercer batallón del RMT requería, en efecto, un perfil conciliador al frente. Desde este punto de vista, el pasado de Putz en las Brigadas Internacionales le garantizaba el respeto de los republicanos españoles, al tiempo que su experiencia en la Gran Guerra y en la campaña 1939-1940 lo convertían en un oficial experimentado en combate y que gozaba de la confianza de Leclerc.

Entre el verano de 1943 y abril de 1944, la 2ª DB estuvo acuartelada en Bordj Skhirat, cerca de Casablanca (Marruecos) donde sus hombres

fueron entrenados y tuvieron tiempo para familiarizarse con el nuevo equipamiento estadounidense que armó a la unidad. Pero tras más de nueve meses de reorganización, ejercicios y espera en el norte de África, la División Leclerc partió hacia Inglaterra y, una vez allí, los hombres de Putz fueron acantonados en Pocklington, lugar donde bautizaron a sus vehículos. Momento este en el que Putz permitió que los miembros de la Nueve identificasen a algunos de sus sus semi-orugas con nombres de batallas de la Guerra de España tales como Guernica, Brunete, Santander, Ebro o Teruel.

A comienzos de agosto de 1944, la 2ª DB desembarcó en Normandía con el objetivo de llegar a París, ciudad que Putz había abandonado precipitadamente ocho años antes. Su triunfal a la capital francesa el día 25 de agosto de 1944 al frente del III/RMT es emocionante para él. A las órdenes



Joseph Putz junto a un oficial del 64º Regimiento de artillería de división blindada en Ehl (Bas-Rhin), diciembre de 1944. Autor: André Gander. ECPAD/DÉFENSE, TERRE 373-8887

de Leclerc, Putz se mueve muy cerca del general De Gaulle y recorre durante diez días las calles de París en un ambiente electrizante. ¿Vuelve a ver a su esposa y a sus hijas durante el breve lapso de tiempo que pasa en la capital? ¿Vuelve a saludar a sus antiguos compañeros de las afueras?

No tenemos respuestas, pero sea como fuere, Putz apenas permaneció diez días en París antes de que las tropas de Leclerc se pusieran de nuevo en marcha hacia el este, en dirección a los Vosgos y Alsacia. Esta nueva campaña, desarrollada primero bajo la humedad otoñal, y más tarde en el rigor del invierno, será la última de Putz. Murió a consecuencia de la explosión de un proyectil la noche del 28 de enero de 1945 a las afueras de Grussenheim, días después de la liberación de Estrasburgo. Según Dronne, quien semanas más tarde le sustituiría al frente del tercer batallón, su pérdida supuso un duro golpe para

la moral de los españoles de la Nueve, que asistieron en masa a su funeral en Sélestat<sup>7</sup>.

Nombrado Compagnon de la Libération a título póstumo, Joseph Putz fue al mismo tiempo un hombre de izquierdas y un militar comprometido. Serio pero cercano, y cómodo en entornos transnacionales, su presencia y su mando tanto en el CFA como en el III/RMT facilitaron la adhesión de numerosos combatientes españoles a ambas unidades. Respetado por todos ellos, actuó como enlace entre ellos y los oficiales franceses que los encuadraban. Sin embargo, pese a su compromiso antifascista, a su contribución a la formación de la 2ª DB, a su popularidad entre sus hombres y a los honores militares que se le rindieron, la memoria de Joseph Putz sigue siendo hoy discreta. Es más, aún quedan por esclarecer varias zonas oscuras de su trayectoria: en particular su paso por Argelia entre 1940 y 1942.

## Bibliografía

RAYMOND DRONNE, *Carnets de route d'un croisé de la France libre suivi de L'hallali, de Paris à Berchtesgaden, août 1944-1945*. París, Dacres Editions, 2014.

DIEGO GASPAS CELAYA, *Banda de cosacos. Historia y memoria de la Nueve y sus hombres*. Madrid, Marcial Pons, 2022.

—*La guerra continúa. Voluntarios españoles al servicio de la Francia libre (1940-1945)*. Madrid, Marcial Pons, 2015.

EVELYN MESQUIDA, *La Nueve, 24 août 1944. Ces républicains espagnols qui ont libéré Paris*. París, Cherche-midi, 2011.

GEORGE L. STEER, *El árbol de Guernica*. Caracas, Ediciones Gudari, 1963.

<sup>7</sup> Service cinématographique des Armées, « Les obsèques du lieutenant-colonel Putz à Sélestat », Etablissement de communication et de production audiovisuelle de la Défense (ECPAD), 31 janvier 1945, vidéo, 7:07, <https://imagesdefense.gouv.fr/fr/les-obsèques-du-lieutenant-colonel-putz-a-selestat.html>.

**FEDERICO MORENO Y SUS HOMBRES**

*Robert S. Coale  
Université Rouen-Normandie*



## FEDERICO MORENO Y SUS HOMBRES

*Robert S. Coale*

*Université Rouen-Normandie*

En los últimos lustros se ha popularizado la historia de los republicanos españoles en la División Leclerc hasta el punto de que las hazañas de los hombres de la novena compañía del regimiento de marcha del Chad —la Nueve— son ampliamente conocidas, aunque a menudo esa fama se basa en interpretaciones incompletas o exageradas. Hombres como Miguel Campos o Amado Granell son los más célebres a pesar del hecho paradójico de que ninguno de los dos hizo toda la campaña de liberación de Francia y ninguno entró en Alemania como vencedor. El teniente Granell, agotado física y emocionalmente tras la costosa batalla de Badonviller, fue desmovilizado a finales de noviembre de 1944. Por su parte, el caso de Miguel Campos sigue siendo tema de debate. A pesar de lo que algunos afirmaban, sabemos ahora que no luchó en la Guerra Civil. Sin embargo, parece que compensó esa ausencia con una intrépida participación en la campaña de Túnez dentro del Cuerpo Franco de África (CFA), y es seguramente por esa razón que bautizó su vehículo semioruga en la Nueve con el nombre de “Tunisie 43”. Aun así, sigue habiendo dos interpretaciones sobre su desaparición en diciembre de 1944, la que le considera caído durante una patrulla nocturna y la que se decanta por la desertión. Estos son solamente dos casos emblemáticos entre un grupo de hombres cuyas trayectorias, ya fuesen soldados rasos, suboficiales o mandos, fueron excepcionales.

Imagen: *Retrato de Federico Moreno.*

Autor: desconocido. SHD/GR, 16P 430708.

## I.

El recorrido de Federico Moreno Buenaventura es también singular. Merece ser reconocido, en primer lugar, no solo porque se mantuvo en las filas de la Nueve de forma continua hasta la victoria en mayo de 1945, sino porque también fue el único suboficial español de la Nueve que ascendido regularmente hasta alcanzar el grado de subteniente. Si bien es cierto que hubo otros tenientes españoles, como el ya citado Granell, o el extremeño Vicente Montoya, éstos empezaron la campaña de 1944 ya con los galones de oficial. Es más, si centramos nuestra atención en las tres secciones de combate de la Nueve, veremos que ningún mando de dichas secciones logró completar la campaña en filas: Miguel Campos desapareció en Alsacia, Vicente Montoya fue herido dos veces y Michel Elías fue herido en París, terminando así su carrera militar.

Entre los tenientes que llegaron a las filas de la Nueve para remplazar a las bajas de la oficialidad, uno murió en combate, dos fueron heridos y evacuados, y tres fueron trasladados a otras unidades por no disfrutar de la confianza de sus hombres o del mando. Por su parte, los suboficiales también sufrieron una alta tasa de bajas. Entre los aproximadamente veintitrés sargentos originales de las tres secciones de combate que desembarcaron en Normandía en agosto de 1944, - españoles, franceses o alemanes antifascistas - siete cayeron en combate y otros ocho fueron heridos. De éstos, pocos volvieron al servicio activo. En total, dos tercios de los sargentos originales de la compañía causaron baja. Estas cifras reflejan la dureza del combate de infantería durante la Segunda Guerra mundial que devoraba insaciablemente oficiales y suboficiales de primera línea. Paradigma de ello supone el caso del capitán Raymond Dronne, quien tampoco logró completar toda la campaña junto a sus hombres, aunque en este caso su salida de la compañía responde a otro motivo: su traslado a la plana mayor del tercer

batallón tras ascender al grado de comandante antes de la campaña de Alemania.

Uno de los sargentos originales que sobrevivió al combate fue el madrileño Federico Moreno, nacido el 29 de febrero de 1908 en la calle Delicias, tipógrafo de formación y socialista convencido. Voluntario antifascista opuesto desde el principio a la sublevación militar rebelde, defendió el orden republicano durante toda la guerra luchando en el frente de Madrid. Tanto es así que, en febrero de 1937, ya ostentaba el grado de capitán de infantería, y al año siguiente le fue concedida la Medalla del Deber por su distinguida actuación en campaña dentro de la 67ª Brigada mixta. Casado con María, una joven madrileña, el 8 de octubre de 1936, esto es, un mes antes de iniciarse la batalla de Madrid. Moreno, entonces joven oficial de milicias, y María fueron padres meses más tarde al dar a luz ésta, en 1938, a su hijo José Luis Moreno Zaragoza, quien no conocería personalmente a su padre hasta 1948, año en el que las autoridades franquistas concedieron, por fin, el permiso de salida de España tanto a María como a José Luis, haciendo posible así la reunificación familiar en París, tres años después de que acabase la Segunda Guerra mundial, y nueve desde que lo hiciese la Guerra Civil española.

Precisamente en los últimos días del conflicto español cabe señalar que Moreno logró trasladarse a Alicante, desde Madrid, y embarcar en el conocido carbonero inglés *Stanbrook*, iniciando así su exilio en el norte de África. Curiosamente, el nombre de Federico Moreno Buenaventura figura dos veces en la lista de desembarcados de dicho carbonero compuesta por las autoridades francesas en Argelia, lo que interpretamos aquí como prueba inequívoca de su solidaridad con algún camarada que carecía de documentación. El nombre de su futuro camarada de armas, Amado Granell Mesado, también figura dos veces en la misma lista. A partir del desembarco del *Stanbrook* a finales de

abril de 1939, la trayectoria del madrileño se asemeja a la de otros miles de españoles llegados a las costas argelinas. Pasó por el Camp Morand, las Compañías de trabajadores extranjeros (CTE) y las penosas obras del ferrocarril Transahariano. Sirvió unos seis meses en la Legión extranjera francesa, de junio a noviembre de 1940, alistado por la duración de la guerra evitando así las duras condiciones en las CTE. Desmovilizado del ejército francés tras el Armisticio, fue destinado, como miles de extranjeros que buscaron el cobijo pasajero de la Legión, a los *Groupements de Travailleurs Étrangers* (GTE), es decir, los grupos de trabajadores extranjeros: la versión vichyista de las CTE. Junto a su GTE, volvió a ser desplegado en la misma zona desértica de Argelia donde se encontraba en junio, aunque meses más tarde fue trasladado a las minas de carbón de Kenadsa donde trabajó con cientos de compatriotas parte de los cuales se alistarían más adelante en las Fuerzas francesas libres (FFL). Es posible que en aquellas minas conociera al ex marinero de la flota y mártir republicano Antonio Moreno Ruiz, víctima de la barbarie fascista-vichyista, torturado y asesinado en el campo disciplinario argelino de Hadjerat M'Guil.

El 30 de junio de 1943, meses después de que una Comisión Mixta aliada hiciese realidad, primero en Marruecos y, a finales de abril de 1943, en Argelia, la derogación de las leyes de Vichy, la apertura de los campos argelinos y la disolución de los GTE, Federico Moreno se alistó como soldado raso en el CFA. Una unidad que tenía un marcado carácter antifascista debido a la naturaleza de sus integrantes quienes, con pocos medios y mucho arrojo, participaron junto a las tropas británicas y norteamericanas en la campaña de Túnez meses antes logrando expulsar al *Afrika Korps* de Rommel de territorio norteafricano. Sin embargo, cuando Moreno se integró en el CFA, éste preparaba su fusión con la columna Leclerc para así formar la base de lo que sería meses más tarde el Regimiento de Marcha

del Chad (RMT, por sus siglas en francés), una de las unidades francesas libres más sólidas de la futura división Leclerc. Un dato curioso es que, en el momento de su alistamiento, al ser interrogado por su profesión, Moreno declaró ser militar de carrera. Sin duda debido a esa experiencia, al día siguiente fue ascendido a sargento y destinado a la décimoprimer compañía. El 24 de julio, de igual forma que la totalidad de los españoles que luego sirvieron en la 2ª División blindada francesa (2º DB, por sus siglas en francés), nombre oficial de la también conocida como División Leclerc, Moreno optó por las fuerzas francesas libres para seguir a De Gaulle y no ser transferido a aquellas unidades que quedarían encuadradas bajo mandos vichyistas conversos. Dos días después, fue ascendido al grado francés de sargento-jefe, galones que mantendría hasta el otoño de 1944.

Tras pasar dos meses y medio en la décimo primera compañía del tercer batallón del RMT, Moreno fue trasladado a la Nueve el 12 de septiembre de 1943, quedando adscrito al grupo de mando de la primera sección como suboficial adjunto al teniente Montoya. La sección estaba formada por aproximadamente unos cuarenta hombres distribuidos en cinco vehículos semi-orugas, llamados *halftracks*, bautizados con los nombres *Don Quichotte*, *Madrid*, *Les Pingouins*, *Cap Serrat* y *Guernica*. Moreno hizo toda la campaña europea en esa misma sección, inicialmente a bordo del *Don Quichotte*, y tras la destrucción del vehículo en la batalla de Ecouché, en el *Don Quichotte II*. Durante las arduas operaciones de liberación de Francia, el mando provisional de su sección le fue entregado en dos ocasiones a Moreno al caer herido en combate su teniente. La primera vez a las afueras de París el día 24 de agosto de 1944. La segunda en Chatel-sur-Moselle el 17 de septiembre de ese mismo año. Reconocido por los cuadros franceses de la compañía, ascendió al grado de *adjudant* en octubre de 1944, y a partir de ese momento no se nombró a ningún oficial para



Foto de grupo. Elementos de la Nueve en la localidad francesa de Krautergersheim (Bas-Rhin) el 26 de noviembre de 1944. De izquierda a derecha: Adj. Ch. François Neyret, Cap. Raymond Dronne, Adj. Pierre Valero, Sgt. José Góngora Zubieta, Ad.Ch. Federico Moreno, Sgt. Jefe Antonio Domínguez, Sgt. Xavier Marie D'Aboville, Teniente Dehen, Asp. Gaston Cascaye (Cascaill).

Autor anónimo. PARIS MUSÉES / MUSÉE DE LA LIBÉRATION DE PARIS - MUSÉE DU GÉNÉRAL LECLERC - MUSÉE JEAN MOULIN. OFF/RM3/22032

sustituírle a la cabeza de la sección. Finalmente, en marzo de 1945 le hicieron *sous-lieutenant*, convirtiéndole así en el único español de la compañía a pasar de suboficial a oficial durante la campaña. A pesar de haber participado en todas las batallas que libró su unidad, nunca fue herido. Años después, algunos de sus ex-camaradas de guerra aún estaban maravillados de la buena suerte de Moreno en combate, y no entendían cómo evitó ser alcanzado a pesar su costumbre de mandar desde la primera línea. Eso sí, sufrió como todos en la gélida campaña hibernal en Alsacia, siendo evacuado brevemente por pies helados a comienzos de 1945. Por su actuación en combate y sus dotes de mando le fueron concedidas cinco cruces de guerra y la medalla militar.

## II. Mando nato

De una valentía indudable ante el fuego enemigo, las opiniones que tenemos sobre su manera de mandar difieren ligeramente en función de la posición ocupada por la persona que las ofrece. Los oficiales franceses de la compañía apreciaban plenamente a Moreno. Para el capitán Dronne, el madrileño representaba el hombre tranquilo, lúcido y valiente sin ostentación y, lo que no era un detalle menor, según el capitán, los hombres de tropa lo estimaban y lo respetaban. El teniente francés Roger Dehen, joven militar de carrera y evadido del campo de prisioneros de guerra Oflag IV-C de Colditz, quien sucedió a Granell en noviembre de 1944 tras la toma de Estrasburgo, tenía asimismo una alta

opinión del madrileño. Avalando el parecer de sus compañeros oficiales, Jacques Portères, otro joven teniente que mandó la segunda sección un par de meses antes de ser herido, juzgaba que Moreno tenía garbo de oficial.

Sin embargo, los jóvenes franceses que llegaron a la primera sección supliendo las bajas de los españoles originales veían al madrileño de otra forma. Lo respetaban. Admitían su don de mando y reconocían su coraje ejemplar que inspiraba confianza en la refriega, pero para ellos era de trato difícil. Les separaban unos quince años de edad, además de toda la experiencia adquirida en España y en el exilio, lo que seguramente contribuyó a que muchos de ellos lo percibiesen como un “hidalgo castellano” de personalidad distante y fría.

Tal como indicó Dronne en sus memorias, los experimentados soldados españoles apreciaban a Moreno por su valentía, su forma de mandar y su experiencia en España. Lo que el capitán francés seguramente no sabía, era que sus compatriotas estimaban al madrileño también por su costumbre de no obedecer ciegamente a las órdenes superiores, como por ejemplo en la cuestión de las patrullas: una práctica francesa despreciada por los veteranos españoles quienes consideraban que arriesgaban inútilmente la vida de la tropa.

No obstante, cabe destacar que la mayoría de los españoles que participaron desde el inicio en la campaña de liberación de Francia, tanto al mando de Moreno, como en otras secciones, compartían con él muchos elementos de su biografía antifascista. Procedentes de todas las regiones de España, pero con una fuerte representación de andaluces, valencianos y castellano-manchegos, en su mayor parte, eran excombatientes republicanos que lograron huir de la península en la fase final de la guerra. Arribaron

a Argelia de diferentes maneras, algunos previo un paso por la Francia metropolitana. Sufrieron los campos de internamiento, las compañías y las agrupaciones de trabajadores extranjeras y/o el encuadramiento de la Legión extranjera francesa, en la que muchos sirvieron hasta que la invasión anglo-estadounidense del norte de África se concretó en noviembre de 1942. A partir de ese momento, un importante núcleo de españoles se alistó en el CFA y, junto a ellos, o aún en las filas de la Legión, participaron en la campaña de Túnez, mientras otros permanecieron incorporados a los GTEs hasta que estos fueron disueltos a finales de abril de 1943.

Por su parte, entre las distintas tendencias políticas republicanas dos fueron mayoritarias entre los hombres de la Nueve: socialistas y anarquistas. Los primeros fueron concentrados mayoritariamente en la primera sección del ex carabiniero Montoya, mientras que los anarquistas se concentraron en mayor número en la tercera, la del canario Miguel Campos y del catalán Fábregas. No obstante, estas no fueron fronteras infranqueables, ya que las necesidades militares y las afinidades personales resultaron fundamentales en la distribución de los hombres por sección.

Elogiados por mandos franceses de distinto nivel, diversos testimonios dejan claro que los españoles de la Nueve eran excelentes combatientes. Esa destreza tenía seguramente dos orígenes. En primer lugar, la experiencia de combate adquirida tanto en la Guerra de España, como en la campaña de África del Norte en 1943. Mientras que, en segundo lugar, cabe destacar su profundo antifascismo. Sabían porque hacían la guerra y quiénes eran sus enemigos, y es que la posibilidad de vengarse por lo que el fascismo y el nazismo les habían hecho padecer desde 1936 fue una potente motivación.

### III. La cohesión del grupo

Los españoles sabían que en el combate la confianza entre camaradas era determinante. Por eso se extremaban las precauciones con los reemplazos. Los jóvenes franceses que llegaban a suplir las bajas recordaban como sus mayores tomaban el tiempo necesario para adiestrarles correctamente. Éstos quedaron eternamente agradecidos de la atención recibida y el respeto de sus camaradas experimentados. Los veteranos apreciaban el valor por encima de todo y el que mostraba miedo era desacreditado y despreciado. El novato, ya fuera soldado raso u oficial, que no merecía la confianza era trasladado rápidamente a otras unidades.

De hecho, años después de la guerra, Roger Dehen recordaba entre risas como tuvo que enfrentarse a esa costumbre española al recalar en la Nueve. En diciembre de 1944, tras pasar su primera semana como teniente en la compañía, aparentemente el adjudant Moreno se le acercó para decirle que los españoles, tras observar su comportamiento en el frente y su manera de mandar, estaban de acuerdo para que se quedara. Está claro que como oficial no agradeció el detalle directamente, pero su distinguida carrera a posteriori en la formación confirmó que el dictamen de los más veteranos había sido correcto.



En casa de uno de los soldados de la Nueve. Junio de 1945. De derecha a izquierda: José Castilla, Luis Morales, Marcel Bodiot, Sargento Jefe Antonio Domínguez (Callero), desconocido, Krikor Prilian, S/L Xavier Marie D'Aboville, Lobric, M Dujetelle, mme Dujetelle, Cap. Dehen, Sargento Jefe Moreno.

Autor: Cap. Dehen. PARIS MUSÉES / MUSÉE DE LA LIBÉRATION DE PARIS – MUSÉE DU GÉNÉRAL LECLERC – MUSÉE JEAN MOULIN. FON/RM3,19002

### IV. En el combate

La Nueve formaba parte del tercer batallón del RMT, una unidad de infantería motorizada de la 2e DB armada por la administración norteamericana. La doctrina militar estadounidense estipulaba que las divisiones acorazadas se fraccionaban en tres *Combat Commands*, designados en la 2e DB como *Groupements Tactiques* (GT), o en castellano, Agrupaciones tácticas. La Nueve estaba integrada en el GT Warabiot, (GTV) compuesto de dotaciones de infantería, carros de combate, zapadores, artillería, carros antitanques, grupos de reconocimiento y servicio sanitario. En la mayoría de las operaciones de campaña, el GTV se dividía a su vez en tres subagrupaciones (SB) casi permanentes, compuestas según las necesidades de cada misión. La SB mandada por el teniente coronel De la Horie, conocida como la SBH, contaba con la infantería de la Nueve en su seno. Para ciertas misiones que precisaban mayor libertad de movimiento, esta se dividía a su vez en destacamentos en los cuales los half-tracks de una sección de infantería se hermanaban con una de tanques Sherman todo bajo el mando de un capitán. A este núcleo se le podía también añadir el apoyo de otras unidades en función de las necesidades y las fuerzas disponibles. De esta manera, a partir de la liberación de París, las secciones de la Nueve se encontraban frecuentemente dispersas en diferentes destacamentos de su SB muchas veces sin estar bajo el mando directo del capitán Dronne. Por regla general, las tres secciones de combate de la Nueve se hermanaban con las tres secciones de la tercera compañía del 501º Regimiento de carros de combate bajo el mando del capitán Jacques Brannet, y más tarde del capitán y futuro yerno del General De Gaulle, Alain De Boissieu. Este, cuyo conductor de half-track era un español apellidado Altna, recordaba a los españoles como excelentes combatientes que cooperaban eficazmente con sus hombres y combatían admirablemente bien desde la cubierta de los tanques.

### V. La campaña

El papel de la Nueve en la toma y la defensa de Ecouché en Normandía y en la liberación de París es de sobra conocido hoy en día, con alguna que otra excepción. Por ejemplo, se suele olvidar la primera sección, la de Montoya y Moreno, y el hecho de que no pudo unirse a la columna de Dronne en la tarde del 24 de agosto por estar peleando alrededor de la Croix de Berny. Así, al revés de sus compañeros bajo las órdenes del capitán, entraron en la capital por la mañana del día 25 de agosto en la cola de la División Leclerc, una ubicación que paradójicamente resultó ser más peligrosa, ya que tuvieron que emplearse a fondo para doblegar la resistencia enemiga que intentó cortarles el paso en la puerta de Orleans, mientras que sus compañeros de la columna Dronne habían entrado los primeros en la capital la noche anterior sin hacer uso de sus armas.

Tras un periodo de descanso de dos semanas en París que sería recordado por todos, los hombres de Leclerc pusieron rumbo al este. Los casi seis meses de combates y de maniobras del GTV, y de toda la División, en el largo camino de liberación de Francia son mucho menos conocidos que la entrada en la capital. Por esa razón, creo que merece la pena detenernos en algunos de los episodios menos conocidos para el público no especialista.

Dentro del avance hacia el este de Francia en la persecución del ejército alemán que se replegaba, los hechos del 15 al 18 de septiembre en el pueblo loreno de Châtel-sur-Moselle son relevantes, aunque suelen estar eclipsados por la victoriosa batalla de tanques llevada a cabo por el GT Langlade unos kilómetros más al sur, en Dompaire. En todo caso, fuerzas de la SBH vadearon el río Moselle por la mañana del 15 de septiembre para ocupar el pueblo de Chatel-sur-Moselle. El día siguiente, lo defendieron exitosamente ante un contraataque alemán. No obstante, tras los

combates recibieron la orden de abandonar el pueblo, logrando la maniobra de volver a cruzar el Mosela en plena noche y sin bajas. Unas treinta horas más tarde, sorprendentemente, la SBH recibió una nueva orden de volver a tomar el pueblo, lo que sus hombres hicieron tras una refriega corta e intensa que puso a los alemanes en fuga. En total, la confusa batalla de Chatel-sur-Moselle costó 23 bajas a la Nueve: tres muertos y veinte heridos de diversos grados, incluyendo el teniente Montoya, lo que hizo que el sargento-jefe Moreno tomara el mando de la sección por segunda vez en menos de un mes, responsabilidad que ya no abandonaría en toda la campaña.

Tras los rápidos avances desde París hasta el río Mosela, en octubre de 1944 los frentes en Francia se estancaron debido a diversos factores, entre ellos, los problemas logísticos aliados. Ese periodo de tranquilidad relativa, no significó sin embargo la ausencia de bajas. El 14 de octubre, durante una patrulla de reconocimiento murieron dos españoles. Uno de ellos fue un suboficial, muy estimado por el capitán Dronne e íntimo amigo del *adjutant-chef* Miguel Campos, el sargento-jefe Fábregas, nombre de guerra del catalán David Ramón Estartit. Su muerte afectó al veterano anarquista canario y fue motivo tardío de un replanteamiento del método de las patrullas para toda la división.

Desde que en marzo de 1941 en Kufra (Libia) Leclerc prometiera que no descansaría hasta ver la bandera francesa ondear en la catedral de Estrasburgo, la toma de dicha ciudad permanecía en la mente del general francés. A finales de octubre de 1944, se acercaba el momento. Para lograrlo, era necesario vencer las sólidas defensas alemanas delante de la cordillera de los Vosgos. Los ataques aliados se reanudaron una vez superadas las dificultades logísticas a finales del mes de octubre y las subsiguientes maniobras entre el 30 de octubre y el 17 de noviembre

tuvieron importantes consecuencias para los hombres de la Nueve. El mal tiempo y la falta de actividad ofensiva durante un mes hacía que los hombres no respondieran como era su costumbre y se cumplieron los primeros objetivos con dificultad. Se tomaron varios pueblos entre el 31 de octubre y el primero de noviembre, el más importante de los cuales fue Vacqueville. Sin menoscabo de la importancia de estas acciones limitadas, la clave llegó dos semanas más tarde en Badonviller, un punto neurálgico de las defensas alemanas.

La batalla de Badonviller, ocurrida el 17 de noviembre de 1944, fue a la vez uno de sus mayores éxitos y la refriega más costosa que marcó el comienzo del fin de la “compañía española”. Según una versión, la batalla fue iniciada como una misión de reconocimiento y, ante el éxito insospechado, la única opción era reforzar los primeros elementos y persistir en el ataque para explotar la confusión del enemigo. Al terminar la tarde, el pueblo estaba conquistado y las defensas alemanas rotas, pero el coste para la Nueve fue altísimo, lo que terminó por minar la moral y el estado físico del teniente Granell.

La acción de Badonviller terminó consumiendo a la Nueve, que había sido ya debilitada en Vacqueville. Las pérdidas entre el 31 de octubre y el 17 de noviembre sumaron quince muertos y casi treinta heridos, además de varios evacuados por enfermedad y cinco desaparecidos, considerados desertores. El día 20 de noviembre llegó a la SB un destacamento de 75 reclutas de París con varios oficiales, la mayor parte del cual se integró en la desgastada novena compañía, acelerando su transformación en una unidad que poco a poco iba acumulando un mayor número de elementos franceses en detrimento de los españoles que la abandonaron tras morir o caer heridos en combate. Tres días más tarde, se liberó Estrasburgo. Y si

bien la Nueve jugó un papel secundario en la toma de la ciudad alsaciana, siendo entonces el mando español más veterano de la compañía el *adjutant* Moreno. Pocos días después llegó a la compañía el teniente Dehen, quien tras la salida de Dronne a la plana mayor del batallón semanas más tarde, tomaría el mando completo de la Nueve como capitán.

La siguiente campaña para la División Leclerc, que duró más de dos meses, tuvo como objetivo terminar la liberación de Alsacia donde la progresión fue laboriosa por la resistencia enemiga y las adversas condiciones meteorológicas. Los hombres tuvieron que alternar entre la ofensiva y la defensiva, como por ejemplo en Witternheim en diciembre de 1944, batalla en la cual desapareció el *adjutant-chef* Campos.

Entre el 2 y el 19 de enero la División Leclerc volvió al oeste de la cordillera de los Vosgos para contrarrestar una fallida ofensiva alemana. En esas dos largas semanas la Nueve no entró en combate, aunque las gélidas temperaturas hicieron de este un periodo extremadamente duro. Pocos días después del final de la alerta, el GTV se encontraba otra vez en la zona de Colmar donde pasó a la ofensiva en un campo de batalla cubierto de nieve. Las temperaturas bajaron a menos 25° C, y en ese periodo hubo más bajas por pies congelados que por fuego enemigo. El combate más costoso para la Nueve en este periodo fue el Carrefour 177, un cruce de caminos al noroeste de Grussenheim. Allí murió el 26 de enero de 1945 el cabo Pablo Moraga, un veterano de la campaña de Túnez y precoz miembro de la Nueve. Sería el último español de la Nueve muerto en combate en Europa. En esa misma batalla murió otro curtido antifascista, el teniente coronel Joseph Putz, gran amigo de los republicanos españoles y camarada de lucha en España, en Túnez y en Francia. La toma del pueblo de Marckolsheim, bajo las órdenes del alférez

D’Aboville de la tercera sección a principios del mes de febrero fue el combate final de la campaña para los hombres del GTV.

La campaña de liberación de Alsacia finalizó con la liquidación de la bolsa de Colmar, tras lo cual toda la división Leclerc se desplazó al centro de Francia para un periodo de descanso y consolidación. Las subagrupaciones fueron temporalmente disueltas y la Nueve volvió a unirse bajo el mando del capitán Dehen en el pueblo de Vicq-sur-Nahon, a diez kilómetros al sur de Valençay. Durante casi dos meses la Nueve pasó un apacible periodo de descanso entre la rutina militar de entrenamientos y ejercicios entrecortada por bailes populares semanales. Se concedían abundantes permisos a los veteranos españoles mientras se montó una escuela de suboficiales para los jóvenes franceses prometedores.

Los más cansados de la guerra esperaban que ésta terminara durante el periodo de reposo sin que tuviesen que volver al combate, pero no fue así. El general De Gaulle deseaba que una unidad de abolengo francés libre participara en la campaña de sometimiento de la Alemania nazi, y no había mejor candidata que la División Leclerc. De esta manera, el 23 de abril de 1945 diferentes unidades se pusieron en marcha hacia el Rin. Los veteranos españoles que aún quedaban en filas de la Nueve se alegraron de penetrar en territorio como vencedores de sus odiados enemigos el 26 de abril. El primero de mayo ya se sabía que el objetivo era llegar a Berchtesgaden adelantando a los estadounidenses, pero no pudo ser. En el camino la SBH, ahora bajo el mando del comandante Sarazac, hubo de enfrentarse a varios elementos alemanes en lo que fueron los choques finales de los hombres de Leclerc durante la Segunda Guerra mundial. Dichos enfrentamientos tuvieron lugar del 4 al 5 de mayo en el desfiladero entre el pueblo de Inzell y la aldea de Ramsau.

Así, mientras que otras SB llegaron a Berchtesgaden por diferentes recorridos sin combatir, los hombres de la Nueve se enfrentaron a una fuerte oposición enemiga en su progresión por el valle. En total sufrieron un muerto, diecisiete heridos y siete accidentados. Entre los heridos figuraron varios españoles en filas desde África del Norte como el sargento-jefe granadino Ramón Gualda y el sargento murciano Jesús Abenza.

En los días siguientes, ya rendido el ejército alemán, los hombres de la Nueve tuvieron la oportunidad de visitar el Nido del Águila de Hitler, aunque habían sido finalmente otros soldados del GTV que llegaron los primeros. Tras unas semanas disfrutando como vencedores de descanso en Austria, la 2ª DB volvió a Francia. En meses

siguientes la mayoría de los veteranos españoles fueron desmovilizados. Los hombres, ya como civiles, muchos por primera vez desde 1936, emprendieron la dura tarea de integrarse en la sociedad francesa de posguerra. La campaña de agosto de 1944 a mayo de 1945 costó un total, entre españoles y voluntarios de otras nacionalidades, de 37 muertos, 112 heridos y un desaparecido. Durante largos años este sacrificio de sangre antifascista española e internacional se perdió en el relato de una liberación de Francia acometida por los franceses bajo la tutela del general De Gaulle. Desde hace cierto tiempo, sin embargo, múltiples autores han trabajado para que se conozca en su correcta medida el compromiso de los hombres de la Nueve, una de cuyas figuras emblemáticas fue Federico Moreno Buenaventura.

### Bibliografía

DREYFUS-ARMAND, G., *L'exil des républicains espagnols en France. De la Guerre civile a la mort de Franco*, París: Albin Michel, 1999.

DRONNE, R., *Carnets de route d'un croisé de la France Libre*, París: France Empire, 1984.

—*L'hallali de Paris à Berchtesgaden. Août 1944-1945*, París: France Empire, 1985.

GASPAR CELAYA, D., *Banda de cosacos. Historia y memoria de la Nueve y sus hombres*, Madrid: Marcial Pons, 2022.

PONS PRADES, E., *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Planeta, 1975.

VILANOVA, A., *Los Olvidados. Los exiliados españoles en la Segunda Guerra Mundial*, París: Ruedo Ibérico, 1969.

### 3. LA NUEVE

## MIGUEL CAMPOS DELGADO, DEL HÉROE AL MITO

Carmen Góngora Expert



## MIGUEL CAMPOS DELGADO, DEL HÉROE AL MITO

*Carmen Góngora Expert*

Un hombre corriente en una época extraordinaria, envuelto en la vorágine de la Guerra Civil Española y posteriormente en la Segunda Guerra Mundial. Un panadero convertido en héroe y en mito, luchando contra el fascismo y desfilando por los Campos Elíseos el 26 de agosto de 1944: así es la historia de Miguel Campos Delgado.

La vida de Miguel Campos ha podido reconstruirse en gran parte gracias a los archivos militares españoles y franceses, pero también gracias a la correspondencia mantenida con su esposa. Sin embargo, siguen existiendo zonas oscuras, lo que deja la puerta abierta a todo tipo de especulaciones que darán lugar al mito que lo rodea.

Nacido en Güímar (Tenerife) el 5 de julio de 1912, Miguel era el menor de cinco hijos, de los cuales solo dos llegarán a la edad adulta. Su padre abandonó el hogar familiar poco después para emigrar a Cuba con su hijo mayor y Miguel se quedó a vivir con su madre. En la adolescencia, comenzó a trabajar como jornalero agrícola. A los 18 años, se emancipó de su madre y se instaló en Candelaria como aprendiz de panadero. En esta ciudad conoció a Isabel Piñero Morales, quien se convertiría en su esposa el 3 de junio de 1931. Tras la muerte de su primera hija a los tres meses de edad, la pareja regresó a Güímar, y Miguel trabajó como panadero. Más tarde, Isabel daría a luz a Carmen y a su hermana gemela, que nació muerta, y luego a otras dos hijas, Berta y María Teresa.

*Miguel Campos al mando del HT Tunisie 43 en los Campos Elíseos durante el desfile del 26 de agosto de 1944.*

Autor anónimo. Colección privada Carmen Góngora Expert.

## La cárcel en Tenerife

Entre noviembre de 1933 y noviembre de 1934, Campos cumplió el servicio militar. A su regreso a Güímar, retomó su actividad de panadero. Su caótica trayectoria comienza cuando fue detenido el 15 de septiembre de 1936 tras la denuncia de un vecino por una disputa anterior al golpe de Estado de julio de 1936. Absuelto, fue acusado de nuevo por no incorporarse a las filas del ejército franquista, mientras se encontraba en prisión por el caso anterior. Y aunque fue absuelto de nuevo, no fue puesto en libertad: como muchos de sus compatriotas, sufrió la represión franquista, ya que fue mantenido como «prisionero gubernativo» en diferentes cárceles de la isla de Tenerife. Paralelamente, su esposa Isabel, como «familiar de rojo», fue detenida entre los meses de mayo y julio de 1937, junto con su hermana Carmen. En el momento de su encarcelamiento, su hija mayor, Carmen, fue confiada a su abuela paterna y Berta a su abuela materna, mientras que María Teresa, dada su corta edad (apenas un año), permaneció con su madre en prisión. Las tres fueron recluidas inicialmente en la cárcel de La Orotava.

En agosto de 1938, se abrió la posibilidad de su liberación cuando se pone en marcha el «canje de prisioneros» organizado por la «Comisión Chetwode», la cual consistía en intercambiar prisioneros franquistas por prisioneros republicanos. Miguel Campos, su esposa y su cuñada se inscribieron como voluntarios para este intercambio. Y si bien Miguel no fue incluido en las listas, Isabel, Carmen y la pequeña María Teresa, sí lo fueron. Por ello, las tres fueron trasladadas el 18 de agosto de 1938 a la prisión de Ondarreta, en la provincia de San Sebastián. Sin embargo, el canje no se llevó a cabo y las tres regresaron a una prisión de Tenerife en febrero de 1940.

## El periodo africano

En mayo de 1939, Miguel, que seguía recluido en la prisión de Fyffes en Tenerife, fue trasladado junto con otros 300 prisioneros al campo de concentración de Rota, en la provincia de Cádiz, y luego integrado en el Batallón de Trabajadores (BT 180). Este batallón estaba compuesto por presos estatales sin condena penal, es decir, una reclusión extrapenal.

El 10 de junio de 1939, el BT 180 fue trasladado al Protectorado español de Marruecos e instalado en un campo justo en la frontera con el Protectorado francés. El día 22, Miguel Campos consiguió desertar y entrar en territorio bajo gobierno francés, atravesando el lecho del río que separaba los dos protectorados. Poco después le siguieron otros cinco canarios.

En un primer momento, Miguel y sus compañeros quedaron bajo tutela francesa en el campo de Moqrisset, a unos 20 km al sur de la frontera con Marruecos. Tras un periplo por varios campos, entre ellos el de Missouri, pasó a estar en Bou Arfa, probablemente alistado en una Compañía de trabajadores extranjeros (CTE). Salió de allí un año después al alistarse en la Legión extranjera francesa.

Tras la capitulación de Francia de junio de 1940 fue desmovilizado, a comienzos de octubre, dado que la vigencia de su contrato era por la duración de la guerra. Sin embargo, no quedó libre y fue enviado al campo de internamiento de Colomb Béchar, en el desierto argelino. Aunque su estancia en este campo también fue breve, pues tras ser liberado abandonó el recinto en diciembre de 1940.

A continuación, Miguel Campos pasó dos años sin llamar la atención de la policía francesa.

Sin embargo, gracias a la correspondencia que mantuvo con su esposa, sabemos que tenía libertad para circular y que tenía previsto ir a Orán con una buena suma de dinero ahorrada, ya que creía poder ganarse muy bien la vida en esta ciudad, teniendo siempre en mente poder hacer frente a los gastos que supondrían la llegada de su esposa y sus tres hijas a Argelia.

## El Cuerpo franco de África (CFA)

Por razones desconocidas, sus planes cambiaron. La situación militar se modificó por completo tras el desembarco de los Aliados en el norte de África el 7 de noviembre de 1942 durante la Operación Antorcha. El ejército francés en África, anteriormente bajo la autoridad del régimen de Vichy, pasó al bando de los Aliados, una unidad compuesta por voluntarios de todas las nacionalidades, entre los que los refugiados españoles eran numerosos.

El 17 de diciembre de 1942, Miguel Campos se alistó en el CFA firmando un contrato, por la duración de la guerra, declarando estar domiciliado en Mocta-Douze, distrito de Perrégaux, departamento de Orán, y teniendo el grado de teniente del Ejército español. Grado falso, ya que solo acumulaba un año de servicio militar y no había participado en la Guerra de España, pues fue encarcelado dos meses después del golpe sublevado y permaneció en prisión todo el conflicto. No obstante, pese a no ser reconocido como teniente, fue admitido en el CFA con el grado de cabo. Con este participó en la campaña de Túnez contra las fuerzas del Eje, lo que le valió su primera Cruz de Guerra con estrella de plata.

## Las Fuerzas francesas libres y la campaña de Francia

Una vez finalizada la campaña de Túnez, Miguel Campos optó por incorporarse a las Fuerzas francesas libres (FFL) al mando del general Leclerc en julio de 1943, siendo destinado a la novena compañía (la Nueve) del Regimiento de marcha del Chad, y ascendido al grado de *adjutant-chef*. También en esa época se dedicó a una intensa campaña para reclutar a otros soldados españoles alistados en la Legión extranjera para que se unieran a las tropas de Leclerc.

Al mando de la Nueve estaba el capitán Raymond Dronne, quien, en sus memorias, recordaba a Miguel Campos en estos términos:

“El *adjutant-chef* Campos era un fenómeno. [...] Era el prototipo del guerrillero. [...] Canario, había estado internado durante toda la guerra de España por ser anarquista. [...] Conocía instintivamente el arte de la guerra; poseía las cualidades innatas que caracterizan al combatiente y al líder: una sangre fría que nada podía alterar; el instinto que le permitía evaluar inmediatamente la situación en un momento difícil y adivinar de inmediato la decisión y la respuesta adecuadas.”

Miguel Campos comandaba la tercera sección asignado al semioruga “Tunisie 43”, bautizado así en recuerdo de la campaña de Túnez. Tras un periodo de entrenamiento en Marruecos, Miguel y sus compañeros de la Nueve fueron trasladados a Argelia para embarcar en Orán, el 21 de mayo de 1944, en el transatlántico *Franconia* con destino a Inglaterra, donde completarían una estancia de casi dos meses dedicados, de nuevo, al entrenamiento y adaptación de las

nuevas armas. Tras ese periodo, la 2ª División blindada francesa (2ª DB) embarcó en Southampton el 31 de julio con destino a las costas normandas, donde desembarcaría el 4 de agosto. Comenzaba la campaña de Francia.

Mantenida en reserva desde el desembarco, la Nueve entró en acción en Ecouché el 13 de agosto durante los sangrientos combates que libró la División por la liberación de esta ciudad, los más duros de la campaña de Normandía. Estos se prolongaron hasta el 20 de agosto, y en ellos volvió a destacar Campos, en esta ocasión capturando junto con sus hombres a numerosos prisioneros alemanes, liberando a soldados estadounidenses y confiscando una gran cantidad de vehículos y material. Con esta operación, también se recopiló información valiosa sobre el enemigo.

Tras la liberación de Ecouché, las tropas de Leclerc pusieron rumbo a París, ciudad que alcanzaron el 24 de agosto de 1944 a las 21:22, momento en que una columna dirigida por el capitán Dronne y compuesta por dos secciones de La Nueve, una sección de tanques y una sección de ingenieros, llegó a la plaza del Ayuntamiento. Miguel Campos se encontraba al frente de la 3ª sección. Esa noche no hubo combates en París, la acción de la columna Dronne fue puramente psicológica, en apoyo de la Resistencia parisina, que ya controlaba el Ayuntamiento y que carecía de municiones para seguir defendiendo el lugar. Se trataba de tranquilizar a la población anunciándoles la inminente llegada de toda la División. Pero al día siguiente, el 25 de agosto, toda la 2ª DB y la 4ª División de Infantería estadounidense entraban en París. Ese día, la misión asignada a la 3ª sección de la Nueve de Miguel Campos consistió en proteger el Ayuntamiento, mientras que la 2ª sección se

encargaría de la toma de la central telefónica de la Rue des Archives, ocupada y minada por los alemanes.

Finalmente, y no sin librar duros combates en la capital el día 25, la Nueve desfiló triunfalmente por los Campos Elíseos el 26 de agosto, con cuatro de sus vehículos semiorugas encargados de la protección del general De Gaulle. A continuación, se produjo un periodo de descanso hasta el 8 de septiembre, fecha en la que la 2ª DB retomó el camino hacia el este. En este momento se inició un periodo de combates, durante el cual destacó la acción Miguel Campos, pero también las numerosas bajas que acusó la compañía. Un grupo humano que, poco a poco, fue perdiendo su carácter español, ya que los soldados heridos o muertos fueron sustituidos por reclutas franceses. Tras la batalla de Châtel sur Moselle, Miguel recibió de manos del general De Gaulle la Medalla Militar. La cita que acompaña esta condecoración destaca sus cualidades como extraordinario combatiente y resume todas sus hazañas desde el desembarco en Normandía.

Herido levemente por primera vez en Xaffevillers, Miguel Campos sufrió heridas más graves durante la batalla de Vacqueville el 31 de octubre de 1944 y fue evacuado. Esta herida le valió una nueva mención en la orden del Ejército, con la concesión de la Cruz de Guerra con Palmas.

Sin estar completamente recuperado, huyó del hospital y se reunió con sus compañeros de la Nueve a finales de noviembre, aunque permaneció en reposo hasta el 10 de diciembre. Según el capitán Dronne, estaba feliz porque por fin iba a poder cumplir su ambición: formar un grupo franco con voluntarios aceptados por él.



Miguel Campos al mando del HT Tunisie 43 en los Campos Elíseos durante el desfile del 26 de agosto de 1944.

Autor: Krikor Djololian Arax. Colección privada Carmen Góngora Expert.



Dos fotografías: Miguel Campos al mando del HT Tunisie 43 en los Campos Elíseos durante el desfile del 26 de agosto de 1944.

Autor anónimo. Colección privada Carmen Góngora Expert.

## Su desaparición

Miguel desapareció en la noche del 14 al 15 de diciembre de 1944 durante una patrulla en solitario en la granja de Riedhof. Según Dronne: Campos era «aficionado a las patrullas en solitario [y] debió de ser asesinado o capturado». Declarado «Muerto por Francia» por las autoridades francesas, los documentos españoles relativos a Miguel Campos han abierto una nueva vía de investigación hasta entonces inexplorada al señalar su nombre en un oficio de la Comisaría de Repatriaciones fechado el 9 de junio de 1947. Según este documento Campos habría solicitado su repatriación a la provincia de Almería, a través del consulado de España en Argel, lo que ya resulta intrigante, ya que lo lógico sería que hubiese solicitado su regreso a Canarias. Por otra parte, esta hipótesis choca tanto con el contexto político de la época marcado, en el caso de España y Canarias por la represión franquista, como con la grave crisis económica española que obligaba a muchos de sus ciudadanos a emigrar a América.

Son muchas las hipótesis que tienen cabida para buscar respuesta a los interrogantes que plantea el itinerario de Campos, sin que ninguna de ellas llegue a conclusiones definitivas. Una de ellas está relacionada con su familia: su esposa Isabel y su hija María Teresa se instalaron en Santa Cruz tras salir de prisión en 1940. En cuanto a Carmen, su cuñada, había sido desterrada a Barcelona, donde permanecería hasta 1947 y donde Isabel, con sus tres hijas, había organizado un viaje en 1944, con la esperanza de poder reunirse con Miguel Campos, que ya se encontraba en territorio francés con la 2.ª DB. Pero no fue posible. Desafortunadamente, la falta de documentación posterior a 1947 no ha permitido seguir la trayectoria de Miguel Campos después de esa fecha. Sin embargo, el 25 de octubre de 1949, las autoridades militares

de Canarias recibieron la información de su fallecimiento y la orden de ser eliminado de las listas del Centro de Movilización y Reserva. En base a ello, y sin conocer la fecha exacta, podríamos suponer que su muerte tuvo lugar durante el año 1949. «Muerto por Francia» el 14 de diciembre de 1944 según la documentación francesa, sería declarado oficialmente muerto por las autoridades militares españolas el 25 de octubre de 1949, es decir, casi cinco años más tarde.

## Y el hombre se convierte en mito

Las misteriosas circunstancias de su desaparición dieron pie a todo tipo de especulaciones. Al igual que en el caso de la Nueve, muchas afirmaciones sin pruebas que las confirmen se han dado como hechos probados ante la falta de investigaciones y estudios históricos. Además, algunos autores de novelas han añadido hechos completamente inventados, sin que el lector desprevenido pueda distinguir entre la realidad y la ficción novelística. Por otra parte, algunos hechos relatados por testimonios de antiguos combatientes se han tomado al pie de la letra, sin ser validados por otras fuentes. El personaje de Miguel Campos no escapa a esta construcción idealizada: se convirtió en un mito y en fuente de numerosas versiones sobre su vida y su muerte. Dronne se hacía eco de ello:

“Muchas leyendas han circulado sobre Campos tras su desaparición. Se le ha señalado como participante en la expedición del Valle de Arán. Se le ha señalado en el antiguo Marruecos español. Se le ha señalado en Canarias. Pero nadie le ha visto después de Riedhof. Los supuestos testigos solo han aportado rumores. Campos tiene su leyenda, o más

exactamente sus leyendas. ¿Dónde está la verdad? Estoy convencido de que fue asesinado. Sin embargo, sigue habiendo dudas. Su cuerpo nunca fue encontrado. [...] Con un solitario y original como Campos, todo es posible.”

Así, algunos de estos relatos lo han convertido en un voluntario de la columna Durruti que luchó en Madrid y Barcelona, mientras que las investigaciones realizadas hasta la fecha han puesto de manifiesto que Miguel Campos no estuvo en el frente durante la Guerra Civil Española, estando recluido en prisión. En cuanto a su participación en la expedición del Valle de Arán, resulta completamente imposible, ya que esta tuvo lugar en la última quincena de octubre de 1944, mientras Miguel se encontraba al frente de su sección luchando en el este. Además, no se ha podido confirmar su pertenencia a ningún movimiento anarquista.

El testimonio de un antiguo combatiente de la Nueve, el sargento primero José Cortés, recogido por Eduardo Pons Prades, contribuye aún más a la mitificación. En efecto, Cortés describe a Campos como uno de los primeros en desertar de la Legión extranjera, cuando esta se encontraba en Camerún. Sin embargo, el historial militar de Miguel demuestra que estos hechos nunca ocurrieron: fue desmovilizado de la Legión y se encontraba incorporado al CFA cuando, según este testimonio, se suponía que estaba en Camerún.

Hay otro episodio que se ha repetido sobre la vida de Miguel Campos: el del half-track (HT) —vehículo semioruga— “Kangourou”. El origen de esta historia se encuentra en otro testimonio recogido por Eduardo Pons Prades: Miguel Campos habría introducido en las filas de la Nueve un HT fantasma bautizado como Kangourou y habría añadido cuatro anarquistas para conducirlo,

todos ellos antiguos miembros de la columna Durruti, cuyo objetivo era recoger armas y municiones para enviarlas posteriormente a España con el fin de armar a la resistencia española. La presencia de este HT con su tripulación clandestina habría durado ocho semanas, hasta que Campos decidió ponerle fin por ser demasiado arriesgado. No hay pruebas que respalden estos hechos, pero el mito se repite en muchas obras como un hecho probado, sin que se relativice por falta de evidencias.

Según el material recogido por Pons Prades, Miguel Campos habría participado en reuniones con anarquistas tras la liberación de París. Según ese autor, Campos pensaba que la mejor opción para derrocar al régimen franquista era atentar contra Franco y se hace referencia a discusiones que habrían tenido lugar con diferentes protagonistas durante una reunión en otoño de 1946 en Canarias, a la que solo faltó Campos, probablemente porque se había marchado a Marruecos. Al parecer, otro cómplice habría ido a Canarias y la familia de Campos habría tenido noticias suyas, primero desde Casablanca y luego desde Tánger. Ningún documento ni testimonio ha podido corroborar este asunto, sobre todo porque resulta poco comprensible que Miguel pudiera viajar clandestinamente a Canarias para luego marcharse y solicitar unos meses más tarde su repatriación por Almería.

Una novela publicada en 2020 recoge todos los mitos ya existentes y añade otros nuevos. Entre ellos, describe a Miguel Campos como un músico, veterano de la Guerra Civil Española, cuya familia habría sido asesinada el primer día de la guerra, y que partió hacia el norte de África en el carbonero Stanbrook. Alistado en la Legión extranjera en 1940 en Camerún, tras una serie de acciones rocambolescas en las que mató a

un comandante de la Legión, habría desertado junto con un centenar de legionarios españoles para unirse a las tropas de Leclerc y participar en la batalla de Libreville (Gabón) en noviembre de 1940. Una vez más, estos hechos imaginarios quedan invalidados por la documentación militar, que demuestra que en ese momento se encontraba en Colomb Béchar.

Otro libro a medio camino entre la biografía y la novela, plantea una hipótesis para suplir la falta de información sobre Miguel Campos durante el periodo 1940-1942: la de su pertenencia a un ejército secreto constituido por François Clermont-Tonnerre tras el armisticio de 1940. Hipótesis imposible de verificar, como muchas otras que se han planteado sobre él.

La vida de Miguel Campos se asemeja en algunos aspectos a la de muchos españoles: un simple panadero sin militancia política conocida, víctima de una denuncia y mantenido en prisión sin que se le imputara ningún cargo penal, sufrió una feroz represión por parte del régimen franquista que le afectó no solo a él, sino también a toda su familia, incluida una niña de un año que vivió sus primeros años en la cárcel. Pero otros aspectos convierten a este panadero en uno de los principales protagonistas de la Nueve, con hazañas que le valieron el reconocimiento de las más altas instancias militares francesas a través de menciones y medallas.

Las circunstancias de su desaparición convierten al personaje en un mito, un tema ideal para dar rienda suelta a todo tipo de especulaciones. La memoria de este “combatiente nato”, tal y como lo describe Dronne, ha salido a la luz gracias al minucioso y paciente trabajo de investigación realizado por un equipo de historiadores apegados a los hechos que han podido documentarse, emitiendo hipótesis plausibles cuando la falta de fuentes no ha permitido llenar ciertos vacíos. Es de esperar que estas lagunas puedan ser colmadas por otras investigaciones.

En efecto, tras décadas de silencio sobre la presencia y el papel de los republicanos españoles de la Nueve, esta compañía ha pasado a ser objeto de una exageración desenfundada, que llega hasta el punto de situarla en todos los lugares de París donde se produjeron combates importantes el 25 de agosto y atribuir la liberación de la ciudad únicamente a esta compañía. La realidad es mucho más modesta, pero no menos valiosa: los 127 republicanos españoles de La Nueve participaron en la liberación de París y en la lucha contra las tropas nazis hasta Berchtesgaden. Pretender hacer creer que solo los españoles liberaron París y Francia constituye una exageración que no honra a los propios combatientes. La verdad por sí sola basta para rendir homenaje a los hombres que tanto sufrieron desde el golpe de Estado en España, pero que también dieron tanto por la lucha contra el fascismo y por la libertad.

## Bibliografía

GÓNGORA EXPERT, C.; HERNÁNDEZ ROMERO, F.; LEÓN ÁLVAREZ, A; RODRÍGUEZ DELGADO, O, *Miguel Campos Delgado, Héroe y mito de la Nueve*, Santa Cruz de Tenerife: Le Canarien, 2022.

DRONNE, R., *Carnets de route d'un croisé de la France Libre*, Paris: France Empire, 1984.

—*L'hallali de Paris à Berchtesgaden. Août 1944-1945*, Paris: France Empire, 1985.

## 3. LA NUEVE

# LA NUEVE, UN RELATO PARA EL PRESENTE

Paco Roca



## LA NUEVE, UN RELATO PARA EL PRESENTE

*Paco Roca*

El pasado está vivo y forma parte siempre del presente. Cada nueva generación, cada momento que vivimos, tiene un relato cambiante de lo que fueron unos acontecimientos inamovibles del pasado.

Es una constante a lo largo del tiempo el pensar que vivimos un momento clave, que nuestro presente está en cierto modo enfrentándose a un momento crucial, quizá no puede ser de otra manera, como seres que pasamos por la existencia un breve instante queremos pensar que vivimos un momento relevante dentro de la historia. Las civilizaciones del pasado se guiaban por sus leyendas, sus mitos, relatos que mezclaban las fábulas con los hechos reales. Del mismo modo nosotros buscamos en otros tiempos ejemplos que nos sirvan en nuestra lucha presente. Y en el terreno de los grandes acontecimientos del pasado en los que se mezcla lo real con la exageración y lo simbólico, y que nos sirve de ejemplo para el presente, se encuentra para mí la Nueve.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que oí hablar de la Nueve, sabía que en el desfile de la liberación de París había blindados con nombres españoles, pero nunca me había preguntado por qué y qué hacían allí. En algún momento también leí de la compañía en la novela de Javier Cercas *Soldados de Salamina*, y él creo recordar que en una ocasión me confesó haber conocido la historia en las páginas de alguna revista antigua. En realidad, la historia de la Nueve nunca se olvidó del todo ni se escondió, siempre ha estado ahí para los curiosos.

En mi caso fue, si no me equivoco, a finales de los dos mil cuando conocí con más detalle la historia de la Nueve. Estaba en París promocionando mi cómic Arrugas que hacía poco que se había editado en Francia y España. Mi vida había cambiado gracias a ese libro. Arrugas era una historia sobre la vejez que sucedía en una residencia de ancianos, un tema a priori poco comercial, pero que se había convertido por sorpresa en un éxito en España y se empezaba a traducir a un sin fin de lenguas. A comienzos del dos mil el mundo del cómic empezaba a cambiar debido al formato de la novela gráfica, un tipo de cómic que permite la libertad del autor en cuanto a qué y cómo contarlo, y temas que hasta ese momento no eran habituales conectaban de pronto con un público generalista que nunca había leído cómics.

En aquel momento, y en cierta forma sigue sucediendo ahora, si como autor querías vivir de las viñetas debías trabajar para la industria francesa. Arrugas, que se publicó originalmente en una editorial francesa, curiosamente funcionó muy bien en España, incluso mejor que en el mercado francés. Las reediciones se fueron encadenando sin parar y hasta se adaptó al cine. Me planteé entonces dejar de trabajar para una editorial francesa y dibujar directamente para una española. Entre otras cosas, eso me permitía no tener que pensar en temas al gusto francés, podía buscar

historias que conectasen con los lectores españoles. Cuando viajé a París a promocionar Arrugas trabajaba ya en un nuevo cómic llamado El invierno del dibujante, era la gran apuesta para mí y para mi editorial Astiberri de intentar hacer un producto “español”. La historia rescataba del olvido a un grupo de dibujantes de la editorial Bruguera que a mediados de los cincuenta decidieron luchar por los derechos de autor y formar su propia revista, Tío Vivo. Aquella anécdota del pasado tenía una relectura desde el presente. En primer lugar, mostraba la lucha por los derechos de los autores sobre su trabajo y sus personajes, algo siempre de actualidad. Esa historia además se podía contar como un paso hacia nuestro presente ya que aquellos dibujantes buscaban un nuevo formato más adulto dentro del mundo infantil de la historieta, esquivando en lo posible la censura que imponía la dictadura. Y en último lugar, me parecía necesario crear “héroes”, acontecimientos “míticos” para una Historia del cómic español carente de ellos.

Con *El invierno del dibujante* sobre la mesa de trabajo descubrí la Nueve. Fue el entonces director del Instituto Cervantes de París quien me habló de ella, Enrique Camacho, una persona muy comprometida con la memoria republicana. Recuerdo que me invitó a cenar unos huevos fritos a su casa, y mientras los cocinaba me habló de forma muy general de lo que había sido la Nueve. Me invitó a acudir a un encuentro que precisamente al día siguiente tenía lugar en el Instituto. La periodista Evelyn Mesquida presentaba su libro *La Nueve. Los españoles que liberaron París* y le acompañaban en el acto dos excombatientes, Luis Royo y Manuel Fernández. Escuchar a Evelyn poner en contexto la historia de la compañía y a aquellos ancianos contar sus vivencias en la II guerra mundial me cautivó. La historia de la nueve era una historia llena de épica, una odisea con escenarios exóticos, una lucha sin descanso contra el fascismo... Era una

historia increíble, pero lo que me pareció más increíble aún era que ese episodio no fuese conocido por todo el mundo en España. De haber sido protagonizada por soldados de otras nacionalidades, me los imagino estadounidenses, por ejemplo, habría una decena de películas, libros, documentales... Tuve claro enseguida que contar su historia sería mi siguiente proyecto.

Desde el primer momento supe que la documentación iba a ser el gran reto de este cómic. Lo primero era hacerse una idea general de la historia de la Nueve, su recorrido, componentes... y para ello me fue muy útil el libro de Evelyn. Me reuní con ella en Alicante y me habló muy amablemente de la compañía y de su experiencia con los supervivientes. Con toda esa información me hice una estructura de lo que podía ser la historia que quería contar. Debía reconstruir su odisea, ya no solo todo lo que había ocurrido y estaba documentado, había muchos huecos en blanco en su aventura, detalles que quizá no son de interés para los investigadores, pero que yo necesitaba saber para poder contar mi relato. La ficción habla en general de la vida cotidiana, de los pequeños detalles y emociones de las personas, y eso normalmente no suele aparecer en los libros de Historia. Eché mano de otros libros, otras fuentes y otros investigadores para reconstruir la salida del puerto de Alicante, el exilio en el norte de África... Busqué testimonios de todo tipo que me ayudaran a reconstruir todas esas vivencias que formarían parte del cómic.

Otro de los pilares de esta historia era decidir desde quién lo iba a contar, quién sería mi protagonista. Una de las primeras ideas era usar a alguno de los supervivientes, en aquel momento quedaban tres, además de Luis, Manuel estaba Rafael Gómez. El que más me encajaba era Rafael, que era una persona esquiva, que apenas concedía entrevistas. Parte de eso quedó en mi protagonista. Tenía claro que la historia debía

contarse desde el presente, desde la visión de una persona mayor en el exilio que recuerda con dolor aún el pasado, que aun a pesar de ganar la guerra en Europa no pudo regresar a su hogar en España porque esa batalla nunca se luchó. Pero pensé que me daba una mayor libertad escoger alguien que no estuviera vivo, pero, ¿cómo contar entonces el presente a través de él? Además, no quería inventarme un personaje.

Leyendo los diarios de ruta del capitán Raymond Dronne di con mi protagonista, Miguel Campos. Dronne habla en ocasiones en su diario de él, dice que era un tipo muy comprometido con la lucha antifascista, valiente, con un don natural para el combate... Y además tuvo un final muy novelesco. En un acto de sabotaje tras las líneas enemigas había desaparecido y se le dio por muerto, pero su cuerpo nunca apareció con lo cual se había especulado mucho sobre su destino. Se hablaba de que no estaba muerto, que había desertado, que huyó para algunos a París a unirse a la resistencia, para otros al norte de África para estar más cerca de España cuando llegara el momento en que los aliados decidirían darle una patada en el culo a Franco. Nunca se había localizado a su familia, con lo que todo lo que rodeaba a Campos era un misterio. Así que, por qué no, podría estar vivo en algún lugar. Aunque nunca creí demasiado en esa posibilidad, jugar con ello me permitía ficcionar un encuentro con el Miguel anciano en el que me contase su historia. Eso me permitía por un lado tener un personaje real cuyo pasado estaba documentado, que además era uno de los miembros de la Nueve que entraron la noche del 24 de agosto en París, pero tenía además la libertad de inventarme su presente.

Con esa estructura del anciano Miguel Campos, en un principio reacio a contar su historia, pero que poco a poco se abre a mi alter ego empecé a escribir el guion. Durante esa fase encontré



Arriba: HT "Guernica", 1ª sección de la Nueve, en el desfile de los Campos Elíseos el 26 de agosto de 1944.  
 Centro: HT "Resistance", 2ª sección de la Nueve, en el desfile de los Campos Elíseos el 26 de agosto de 1944.  
 Abajo: Tatra 57K, requisado a los alemanes, en el desfile de los Campos Elíseos el 26 de agosto de 1944.  
 Ilustraciones extraídas de la novela gráfica *Los surcos del azar*, de Paco Roca (Astiberri, 2013).

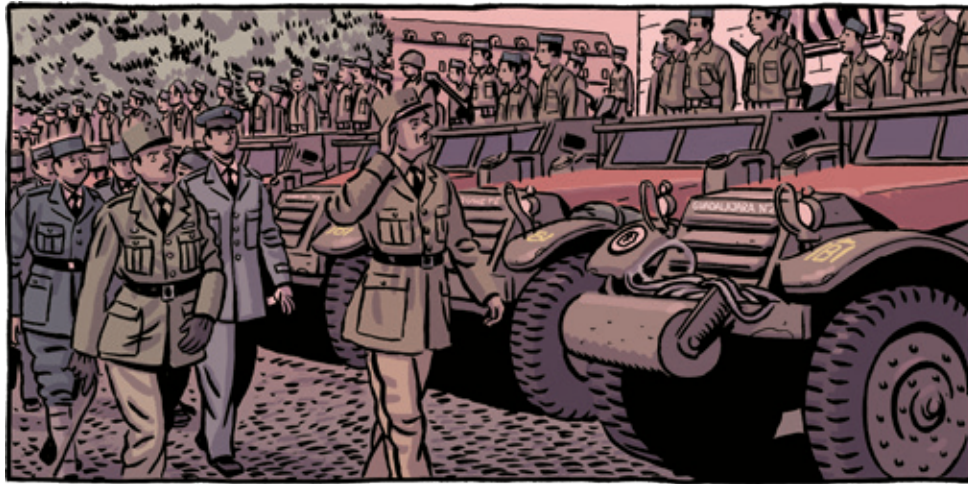
una página web de un grupo de amantes de la historia que recreaba la Nueve. En su web colgaban sus fotos, uniformados con todo detalle, para recordar -imitando- a los miembros de la Nueve. La página llevaba años sin actividad, aun así les escribí a ver qué pasaba. Fue de ese modo como conocí a Juan Rey. Al poco de escribir pidiendo más información sobre el tema Juan me contestó dispuesto a ayudarme en lo que fuera necesario, era además aficionado al cómic histórico del gran Tardí, así que le encantó la idea de que estuviera trabajando en uno sobre la Nueve. Me dijo que su conocimiento sobre la compañía era limitado, "...pero hay un norteamericano que vive en París que es la persona que más sabe.", me dijo.

Robert Coale era realmente un experto en el tema, llevaba décadas investigando, recopilando información en los archivos, entrevistándose con excombatientes... Intentando poner luz sobre una historia que, con el paso del tiempo, se había magnificado y llenado de exageraciones. Como buen investigador intentaba reconstruir de una forma veraz la historia de la Nueve.

Pero para mi desgracia Robert no era lector de cómics, ni tenía una idea muy respetuosa sobre ellos. Para él era un medio infantil y con el que no se podía contar nada serio. Así que cuando le escribí para decirle que estaba haciendo un cómic sobre el tema debió de ser el mayor insulto que se le podía hacer. Supongo que se imaginó una historia como aquellas de los cuadernos de cómic de Hazañas Bélicas repleta de tópicos. Empezamos entonces una larga correspondencia en la que poco a poco fui ganándome su confianza. Mientras acababa de escribir el guion le pregunté dudas y unos meses después ya con todo el cómic abocetado se lo envié para que lo viese y opinase. Como buen profesor que es me lo devolvió lleno de correcciones. De ser un examen y haber tenido que puntuarme creo que hubiera aprobado por los pelos. Sus correcciones

eran del tipo: "...en esa escena que describes no estuvo Miguel Campos, la tercera sección estaba en ese momento en otro lugar.". El problema de usar un personaje real es que debía ceñirme a lo que estaba documentado que hizo. Yo no tenía más idea del tema militar que la que había visto en las películas. En la realidad una compañía no convive junta todo el tiempo, mi idea de la Nueve como un grupo inseparable a lo largo de la guerra era incorrecto. Si no quería hacer la típica historia bélica en la que el protagonista es omnipresente debía descartar muchos episodios emocionantes porque mi protagonista no los vivió. Otra parte con cambios sustanciales era la mítica entrada en París. Para Robert era errónea esa escena de la tercera sección dividiéndose para llegar al Ayuntamiento de la ciudad y dando comienzo a una carrera en la que, a modo de Tour de Francia, competían el teniente español Amado Granell y el capitán francés Raymond Dronne por obtener la gloria de ser el primero en liberar simbólicamente París. Según los comentarios de Robert eso no había ocurrido, la compañía había marchado unida hasta su destino. Así que, si hacía caso a sus comentarios debía quitar de mi historia muchos episodios interesantes, o bien no estaba Campos presente en ellos o bien eran exageraciones o incorrecciones históricas. Debía quitar esa épica carrera por las calles de París, el clímax de mi cómic. Esto me hizo replantearme el tono de mi historia. Con Robert a mi lado tenía la posibilidad de hacer una obra exhaustiva, debía elegir entre una aventura épica, pero poco realista o el relato histórico. Finalmente decidí este segundo camino, ceñirme en lo posible a la realidad y que el tono de mi historia, siendo emocionante, se pareciera más a un documental que a una épica historia de aventuras.

Con el tiempo Robert confió en el proyecto y acabamos siendo buenos amigos. Hacer *Los surcos del azar* me llevó tres años de trabajo, en ese



Los generales De Gaulle y Hoenig pasan revista a dos secciones de combate en Étoile (París) el 26 de agosto de 1944.

Ilustración extraída de la novela gráfica *Los surcos del azar*, de Paco Roca (Astiberri, 2013).

tiempo, cada vez que pasaba por París quedaba con él y me contaba detalles de la Nueve. En más de una ocasión me guio por las calles de París explicándome con entusiasmo la entrada de la tercera sección de la compañía y contándome los combates que tuvieron lugar el día después, cuando el resto de la Nueve y otras compañías ya habían entrado en la ciudad. Me presentó además a familiares de los excombatientes y a la entrañable Colette, la hija del capitán Dronne. Sin duda ese cómic hubiera sido muy diferente sin todos ellos.

Como decía, hacer un cómic es un trabajo largo y laborioso. Escribes un guion, abocetas toda la historia con garabatos... Y después debes dibujarla de un modo más preciso y detallado, fiel a la realidad. El gran desafío al que me debía enfrentar entonces era dibujar unos acontecimientos de los que apenas existe una documentación gráfica. De muchas partes que debía que contar apenas existían unas pocas fotografías, de otras no había absolutamente nada. Este es un reto siempre que afronto temas de Memoria, me resulta excitante a partir de los testimonios o de las descripciones de un libro de historia crear una Memoria visual inexistente.

En todo lo referente a la documentación gráfica de los asuntos militares mi gran apoyo fue Juan Rey y sus compañeros de la asociación. Para cada página necesitaba referencias de uniformes, armas, vehículos... A diario le enviaba un correo con mis dudas, por ejemplo, "Necesito documentación de un uniforme alemán." Al instante recibía una contestación, "¿Un uniforme alemán de qué cuerpo? ¿De la campaña de África o de Europa? ¿Verano o invierno? ¿De qué año?...". Lo que parecía una petición sencilla de pronto se complicaba, pero una vez afinada la cuestión recibía multitud de imágenes, muchas, quizá demasiadas... que eran de gran ayuda para dibujar con precisión este cómic.

Desde el momento que se publicó *Los surcos del azar* funcionó muy bien. La historia de esos combatientes españoles sorprendió a muchos lectores que desconocían la historia. Se han hecho múltiples reimpresiones y a día de hoy lleva vendidos más de cien mil ejemplares en España. Es cierto también que defraudó a muchos de los lectores que había conseguido con mis otros cómics. Hasta ese momento mis libros no tenían en sí una gran carga política, para ser sinceros tampoco pensé que este cómic la tuviera. ¿Qué demócrata no

consideraría héroes a aquel grupo de españoles que había luchado contra el fascismo y el nazismo para devolver la libertad a Europa? Me sorprendió descubrir que muchos. Creo que intentar comprender esta paradoja, la de defender la democracia y al mismo tiempo no condenar la dictadura franquista, es lo que me ha llevado con el tiempo a interesarme por los temas de Memoria Histórica.

En su momento mi mirada al pasado, al episodio de la Nueve, no solo buscaba mostrar esa victoria de los republicanos españoles tras su derrota en España; me interesaba contar a través de ella la devastación y el exilio español provocado por el golpe de estado y su consiguiente guerra civil, y cómo muchos españoles siguieron su lucha contra el fascismo. La Nueve, por estar en el lugar adecuado en el momento adecuado, ha acabado siendo la cara visible de todos esos españoles anónimos que desde diferentes lugares vencieron al fascismo en Europa.

Hace 12 años que se publicó *Los surcos del azar*, en este tiempo apareció la familia Miguel Campos, el protagonista de este cómic. Los investigadores nunca habían dado con su familia, se pensaba que quizá no tenía nadie que siguiera vivo. Y un día, de pronto recibí el correo de su nieta.

### Bibliografía

DRONNE, R., *Carnets de route d'un croisé de la France Libre*, París: France Empire, 1984.

GASPAR CELAYA, D., *Banda de cosacos. Historia y memoria de la Nueve y sus hombres*, Madrid: Marcial Pons, 2022.

MARQUADT, A., *La Nueve ou les oubliés de la victoire*, [vídeo], producción: Point du Jour, France Télévisions y l'ECPAD, 2010

MESQUIDA, E., *La Nueve. Los españoles que liberaron París*, Barcelona: Ediciones B, 2008.

PONS PRADES, E., *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Planeta, 1975.

ROCA, P., *Los surcos del azar*, Bilbao: Astiberri, 2013.

Había leído el cómic y reconocido a su abuelo. Me preguntaba si era real esa entrevista con él y si seguía vivo como yo contaba. Su madre Teresa, que seguía viva, nunca había llegado a conocerlo. En seguida la puse en contacto con Robert y pudimos reconstruir su historia. Teresa nos contó lo que sabía de su padre antes de la Nueve, y Robert le puso al día de su paso por la compañía. Ahora, Teresa sabe que su padre fue un héroe de guerra, y orgullosa asiste a todos los actos que conmemoran la memoria de la Nueve y recibe en nombre de su padre condecoraciones.

*Los surcos del azar* se han publicado en muchos países, y aunque la historia hable de los republicanos españoles, en países como Italia, Polonia, Ucrania, Chile... encuentran en la Nueve un ejemplo de sus luchas presentes o pasadas. Cuando visito los lugares donde se ha publicado este cómic los lectores me cuentan también que la Nueve representa para ellos un ejemplo del combate contra las ideologías totalitarias que en este momento cada vez más ponen en peligro las democracias en todo el mundo. Y es que la Nueve se ha convertido en un icono de la Historia en el que diferentes generaciones y países se miran buscando un ejemplo de lucha incansable contra aquellos que atacan la libertad.

**1945. LIBÉRATION**  
TRAS LAS HUELLAS DE LA NUEVE



MINISTERIO  
DE POLÍTICA TERRITORIAL  
Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

SECRETARÍA DE ESTADO  
DE MEMORIA DEMOCRÁTICA